



TE VI Y
TE AMÉ

POR EL SIMPLE
HECHO DE SER

MINA C. HUBECK

"AQUÍ TERMINA TODO"

MINA C. HUBECK

"AQUÍ TERMINA TODO"

Título original:

TE VI Y TE AMÉ POR EL SIMPLE HECHO DE SER Primera edición: enero, 2019

Te vi y te amé por el simple hecho de ser

© 2019, **Mina C. Hübeck**

© 2019, Dasso Editore.

Calle Roma 137 Miraflores, Lima, Perú www.dassoeditores.com

Ilustración de portada:

Omar Delgado

Diseño y Diagramación:

Paolo Dulanto Vidal

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización por escrito de los titulares del copyright ©, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, mecánico o digital, que abarque la reproducción en cualquier tipo de plataforma impresa o virtual; así como la distribución de ejemplares virtuales de la misma mediante préstamo o.

alquiler público.

Basada en hechos reales

Para David C.S,

El héroe de mi universo.

Para ti, quien lee este escrito; por haberme escogido entre tantos libros y para que el juicio no te abandone durante el transcurso de este relato. Feliz muerte.

“Dos almas no se encuentran por casualidad”

Jorge Luis Borges.

Agradecimientos:

Quiero agradecer a las siguientes personas su colaboración y apoyo:

A mi madre, Alejandra, por ser la alegría que me falta en esos días donde el alma pesa demasiado y sientes ciertas ganas de morir, gracias por permitirme ser, las sesiones de Coaching al pie de la chimenea, las alineaciones de chakras y flores.

de Bach.

A mi familia en Nueva York, Lupe, Sixto y Gino por el apoyo incondicional, les estoy eternamente agradecida..

A La casa del Libro por haber apostado por mí, enseñarme lo que sé y dejarme volar..

Fernando Uribe, por su apoyo incondicional.

A D.C.S por ser el autor indirecto de mis novelas y haberme dado la vida.

A Johan A. y a todos los colaboradores de Dasso Editores, gracias por zambullirse conmigo en este proyecto..

A Mischa, por ver a través de mis ojos.

I

¿Quién soy? ¿Y cómo acabará esta historia?

Pues no lo sé.

En cuanto a mí, no es preciso que me den importancia. La historia realmente no tiene nada que ver conmigo, en lo absoluto, mi vida es demasiado aburrida como para retratarla en un libro. En cambio la suya, la suya es una primicia de diario que nunca fue contada, la verdad narrada desde los labios más puros y sentida en lo más profundo de un corazón herido. Un relato románticamente trágico que sucedió en la ciudad de Nueva York, bajo el invierno, o eso me dice ella, mi personaje locamente cuerdo que me visita cada tarde después de su paseo matutino por el Central Park. Una joven de melena negra, ojos cafés y labios rosados; que viste de bruno hace ya algunos años porque vive llorando una muerte que no sucedió.

Hoy ha escogido un distintivo color para sus uñas, un rojo ocre que resalta sus dedos largos y delgados y opaca a esos tatuajes en la muñeca que solo demuestran dolor y memorias que ella misma me ha pedido olvidar. Lleva un panty de hilo negro y un vestido de algodón del mismo color que cubre su cuello, se amarra el cabello en un moño desgreñado y toma asiento cruzando las piernas en el sillón que está frente al mío.

—¿Como has amanecido hoy? —le pregunto mientras abro su historial sobre mi regazo e intento acomodar rápidamente todos los escritos que realizamos la noche anterior.

—Igual que ayer —se lleva el índice derecho a la boca e intenta mordisquearlo, pero al recordar que no debe hacerlo, lo apoya sobre su labio inferior.

—¿No me dijiste anoche que te sentías mejor.

—Me sentía, sí, solo que durante la madrugada fui empeorando.

—¿Empeorando? —pregunto de manera automática. —¿Es qué sigues pensando en esa noche? —mis palabras retumban en todo el cuarto. No debí de hacer esa pregunta, pero es que tantos papeles y dibujos, tantos apuntes por todos lados, tantas lágrimas que destiñen las palabras, todo eso, todo aquello, me ha desconcertado.

Hay una pausa generada por una lluvia de recuerdos que la ponen

vulnerable. Sus ojos poco a poco se van llenando de lágrimas, arruga los labios, contiene las ganas de llorar y responde:

—Aquella noche es parte de mí. —La tonalidad de su voz es dura, pero existe cierta angustia que delata la frescura de esas heridas.

Se queda mirándome fijamente y no me da tiempo de reaccionar, trago saliva y escribo esa fracesita sobre el portafolio que tiene el nombre de ella tipeado a computadora.

“Aquella noche es parte de mí”

—Usted no sabe la historia.

—¿No la sé?

—No realmente, y no comprendo cómo es que quiere curarme si no conoce mi pasado.

¿Quiero yo curarla?, no me he hecho esa pregunta en el tiempo que vengo trabajando como psiquiatra. ¿Por qué?, seguramente porque curarla me costaría unos cuantos dólares mensuales y una bonita loca a quien observar, así es que antes, ni ahora, ni después pretendo curarla. En verdad no sé ni cómo, mis pastillas calman su ansiedad y aquellas insensibles ganas de morir, pero eso es todo, no podrían curar a nadie. Los anti depresivos son los maravillosos calmantes, ninguno está dirigido para sanarte, simplemente te mantienen vivo, sin dolor, sin angustia, te ayudan a vivir en paz con el mundo, con los demás, controlan lo que haces para que no sigas arruinando al resto, pero estas muerto, casi frío, no tienes sensaciones, eres prácticamente un fantasma, pero qué más da, es mejor que seguir sufriendo por eso que te paso, o que no te paso, pero igual te duele, no lo sé. Los medicamentos no sirven más que para deshacernos de tanto rollo.

—¿Me escuchó? —dice en tono firme, entonces vuelvo la cara hacia ella.

—Te escuché.

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué?

Pregunta tras pregunta, así es el juego, así es ella, así busca contarme su historia, aunque ya la conozco, quizás demasiado, tanto que me han dado ganas de escribirla, porque me gusta, porque siento que al resto le gustará, es como un chisme de alto nivel que nadie sabía, pero de repente alguien tan loco como ella viene a contármelo y la sociedad neoyorquina tiembla ante una mentira terriblemente cierta.

—¿Va a querer que se la cuente?

—Siempre.

—¿Está seguro?

—Sí.

Se inclina hacia la mesa de centro y bebe un poco de café de la taza que lleva escrita las iniciales del consultorio. Se remanga los puños del vestido y me muestra aquellos dibujos que le disgustan tanto, entonces una sensación de ansiedad invade mi cuerpo, como si tratase de una recompensa, nunca antes lo ha hecho, esto debe de significar algo y mientras descifro que quiso decir, interrumpe.

—Quizás te guste... —se apoya en el respaldar del asiento. —Quizás no... —desvía la mirada y continúa. —Pero te aseguro de que la realidad habrá cambiado para ti después de escucharla.

III

Todo comenzó en una subasta de arte. Llegué temprano para poder contemplar con calma las obras que estaban siendo ofrecidas. Llevaba el catálogo en una mano y un lapicero Mont Blanc en la otra. En aquel tiempo tenía afición por las pinturas pop, colores claros, casi chillones, cuadros no muy grandes, pero no tan pequeños, en realidad cualquier tamaño de cuadro estaba bien, si calzaba en mi mente, calzaba en mi departamento. Había desarrollado este gusto insensato por el arte cuando tenía ocho años, mis padres eran parte de la industria, mi madre cruzaba el continente en busca de piezas culturales que se habían perdido en el tiempo. En uno de los viajes donde mi madre me dejó por mi cuenta mientras asistía a una catalogación de libros antiguos, conocí mi primera obra, La Guernica, que en mi interpretación era una especie de última cena donde las cosas no resultaron para nada bien. Actualmente creo que es una lucha entre humanos y animales, mejor dicho, una batalla entre tu “yo” y el “animal” que llevas dentro. Sé que has escuchado esta frase antes, es una frase trillada, sin embargo, es útil; los seres humanos estamos en una constante pelea con la sociedad, con ese yo impuesto por reglas que se han inventado para seguir un orden del que no entendemos. En fin, no voy a detenerme en esto, no terminaría nunca. El asunto es, que desde muy temprana edad mi familia incentivó mi gusto por el arte, así es que era lógico que a los veinte años este visitando subastas, o museos independientes; me gustaba coleccionar arte, de cualquier tipo, aunque entre los diecinueve y veinte había optado por este tipo de arte “outsider” que buscaba revelarse contra esa cultura elitista impuesta por las bellas artes.

Mientras recorría la exhibición apuntaba en mi catálogo lo máximo que ofrecería por las piezas que me agradaban. Mi madre estaba de viaje resolviendo algunos temas pendientes que mi padre dejó al morir. Ella se encargaba de los negocios, por lo tanto, yo procuraba mantenerme de pie y de no molestarla con mi proceso de luto, así es que me dedicaba a comprar hasta sentir que ese hueco vacío estaba lleno nuevamente, o por lo menos lo estaría por unos días.

Una llamada me interrumpió de repente, el timbrado había dejado algunas miradas sobre mí. Metí rápidamente la mano dentro del bolsillo

trasero de mis jeans para responder.

—¿Sí? —dije entretanto me aproximaba a la salida.

—¿Dónde estás?

—En una reunión.

Hubo una pequeña pausa al otro extremo de la línea.

—¿Qué reunión? Tenías que haber llegado hace una hora. ¿Dónde estás?

—No voy a llegar.

—¿Que?! ¡Te has vuelto loca! —exclamó, para luego empezar a cuchichear —Ed te espera.

—No voy a llegar —volví a repetir.

Cortó la llamada. Me detuve sobre el pavimento, con el teléfono al oído, dejando que la brisa me pusiera la piel de gallina. ¿Había hecho mal en dejarlo plantado en su fiesta de cumpleaños? No lo sabía, no entendía cuál era el gran problema, no quería ir, no me sentía lo suficientemente capaz para enfrentar a una multitud solidaria conmigo por la muerte de mi padre; no quería abrazos falsos, ni besos húmedos, simplemente deseaba apartarme de toda esa hipocresía y si el arte era la manera de hacerlo, me hundiría en él hasta ahogarme en colores.

Recibí otra llamada.

—Si has decidido no venir, está bien. No puedo evitarlo, eres libre de matarte socialmente...eres libre de hacer tu vida pedazos, pero no permitiré que hagas con él lo mismo.

—No voy a llegar.

Esta vez la pausa duro más tiempo. Ninguna de las dos dijo nada; hasta que escuché a Eddie por el teléfono

—Amor, te estamos esperando.

El sonido de su voz era distinto, de volumen bajo, casi un murmullo, pero perfectamente audible

—Perdón —susurre

—¿Quieres que vaya a buscarte? —no me dio tiempo para contestar.

—Iré a buscarte.

—Ed.

—Dime —su voz se hizo aún más dulce.

Me quede callada. Era como si escuchara el sonido que produjo su cuerpo al golpear el cemento, las bocinas de los carros, el freno de otros, el grito estridente de una mujer con un coche para bebés, y aquel rostro

horrorizado del árabe que vende perros calientes en la esquina de la cuadra. Una ambulancia intenta llegar al lugar del crimen, pero el tráfico neoyorquino se lo impide, la policía que estaba en la cuadra del frente hace sonar su silbato, las unidades se desplazan alrededor de la zona este del Central Park, y en una de las radios se escucha.

Hombre de tez blanca yace en el suelo. Park Avenue, Park Avenue. Todas las unidades cerca. Todas las unidades cerca.

Hacía más de seis meses que mi padre había caído de un edificio. El mismo día en que Ed y yo habíamos decidido formalizar. Mi madre había organizado una fiesta para comunicarles a los amigos de mi familia y gente que no tenía ni idea de quienes eran, que tenía oficialmente un compromiso con uno de los hombres más distinguidos de la sociedad americana. La familia de él también estaba presente y mientras todos bebían champaña, reían y fumaban puros de la Habana, yo me refugiaba en el salón paralelo que conservaba mi colección de arte, con la esperanza de que mi padre me salvara de aquella tontería. Esperaba que ingresara por la puerta del estudio, que dejara caer sus manos lánguidas sobre mis hombros, y mientras ambos disfrutábamos de esa pintura de óleos azules me preguntara: ¿Por qué tan asustada abejita?, sin embargo, nada de aquello ocurrió, porque él no llegó y nunca más después de ese día volví a verlo, ni si quiera puedo encontrármelo en sueños, es como si realmente se hubiese extinguido.

—Te amo —dijo de repente

—También yo —contesté mecánicamente.

La llamada se quedó en silencio. De pronto me entraron ganas de llorar e inevitablemente las lágrimas fueron cayendo por mis mejillas, en medio de mi catarsis sentimental eché un suspiro ahogado.

—¿Amor? —preguntó. —¿Qué sucede?

Colgué. Cubrí mis ojos con el brazo que sostenía el teléfono, mordí mi labio inferior intentando callar mis gimoteos, empecé a andar hacia algún lado lejos de la puerta de la tienda, la gente me esquivaba y yo no podía parar de escupir todos mis problemas en forma de llanto. Mis piernas perdieron fuerza y caí de rodillas en la vereda, solté el catálogo y llevé ambas manos hacia mi rostro procurando ocultarme de la muchedumbre.

Ed. había sido bueno conmigo; cuando mi padre falleció él se mantuvo a mi lado, venía a verme a diario, cocinaba para mí y me llevaba la comida a la cama. Otras veces, me desvestía, metía dentro de la tina y se quedaba leyéndome hasta que lograra retomar la calma. Él permanecía junto a mí, sin

importar el efecto secundario que tenía estar conmigo. Sin embargo, yo, había desarrollado una especie de amor/odio hacia él; detestaba su estado calmado y sobrio, empecé a sentir que fingía ser así, que buscaba algo más con esas actitudes. Para mí, el mundo se había convertido en un infierno y él era un demonio que pretendía ser un ángel.

De pronto sentí una mano sobre mi antebrazo. Alguien estaba delante mío. Ligeramente separé los dedos para ver quién era.

—¿Se encuentra bien? —un hombre de traje azul, camisa blanca y corbata con puntos del color de la camisa y fondo azul como el traje me miraba fijamente con una semi sonrisa amortiguadora.

—¿Señorita, está bien?

Lentamente fui dejando mi rostro visible; Había dos hombres observándome, uno frente a mí en cuclillas y otro, detrás de él con expresión seria y brazos cruzados.

—Venga, déjeme ayudarla.

Me tomó de la mano y me levantó. Se sacudió el pantalón y regresó la mirada hacia mí

—Necesita un pañuelo.

El hombre que estaba parado detrás de él se apresuró en sacar el de su bolsillo y se lo entregó. Éste lo tomó de una esquina y pasó delicadamente debajo de mis ojos, limpió el maquillaje corrido y después secó la humedad debajo de mi nariz.

—Ahora sí. —devolvió el trapo de seda a su dueño y continuó. —¿Cuál es su nombre?

Me era imposible articular palabra alguna, no solo porque estaba completamente devastada o a principios de un ataque de depresión severa, sino que aquel hombre de ojos penetrantes, entre verdes y azules y más azules que verdes, había hecho que algo en mí volviese a activarse.

—Minerva.

—¿Solo Minerva?

—Sí.

—Soy Thomas.

—¿Solo Thomas?

—No —sonríe. —Thomas Kalman.

III

Ella se queda en silencio. El consultorio parece un iglú, me levanto de la silla para apagar el aire acondicionado y poner agua a hervir.

—¿Kalman? —le pregunto, entretanto me preparo una taza de café.

—¿Kalman? ¿Cómo el escritor?

Se inclina hacia la mesa del centro y vuelve a beber otro sorbo de café. Estoy a punto de volver a repetir la pregunta, pero ella responde.

—Kalman, el escritor Kalman.

La novela da un vuelco de ciento ochenta grados. ¿Es acaso mi paciente la ex amante de Thomas Reginald Kalman? En el tiempo que la conozco nunca ha dicho los nombres, incluso Ed es nuevo en mi mundo, parece que lo que estamos poniendo por escrito no se trata de algo menos que la crónica exacta de uno de las noticias más sonadas entre la elite de Manhattan. Llevo mi taza de vuelta a la mesa de centro, veo que se ha quedado pensativa, le doy su tiempo, bebo un poco de café para calentarme, no más de lo que está historia ha logrado, pero sí para seguirle el ritmo.

—Reginald Kalman también era un hombre de carne y hueso, aunque a veces no lo parecía.

Escribo esta frase sobre el papel. Espero que continúe. Vuelve a levantar la taza de la mesa.

—¿Sabe por qué bebo café? —me pregunta.

—¿Por qué?

—Porque busco desesperadamente despertar de este maldito sueño.

IV

—Thomas Kalman.

Me perdí en el interior de sus ojos.

—Mi nombre es Thomas Kalman. —repitió.

—Lo sé.

—¿Lo sabe?

—Acaba de decirlo.

—Sí.

—Por eso mismo.

—Claro.

—No es difícil no escuchar su voz. —Las palabras se escaparon de mi boca e inmediatamente me ruboricé

—Entiendo —sostuvo mi mirada en la suya.

Nos quedamos allí, en silencio, en el silencio bullicioso de Nueva York, rodeados de edificios, con la brisa congelante que te ponía la piel de gallina y el otoño que acababa de empezar.

—Creo que esto es suyo. —me dijo extendiéndome el catálogo.

—Sí, gracias.

—No hay por qué.

Entonces se escuchó un timbrado. Lleve mi mano hacia el bolsillo trasero del pantalón, y nada, miré dentro del folleto y nada, lo miré a él, ambos inclinamos la cabeza hacia el suelo y el condenado aparato estaba chillando, quise agacharme a recogerlo, pero él se me adelantó.

—Tome.

Recibí el teléfono y sin siquiera mirar la pantalla lo silenció.

—Es una molestia —le dije entre dientes.

—Lo sé —respondió.

—¿Lo sabe?

—Por supuesto. —Se abrió camino y comenzó a andar. No hice más que seguirle el paso. —Lo interrumpen todo, y siempre tienen algo aburrido que contar. En casa no tenemos ninguno, incluso yo, no tengo uno, no lo necesito, son pura distracción. Prefiero una conversación real, una en donde pueda ver a la persona a la cara, donde pueda sentir la situación, no quiero algo

improvisado, no me gusta perder el tiempo.

Volteé la cabeza, quería saber si el otro hombre seguía detrás nuestro.

—Descuida. Es Thompson, él hombre que maneja mi vida. —Paul Thompson me sonrió, una sonrisa tenebrosa, algo sacada de película mafiosa, forzada más que otra cosa. Le sonreí de vuelta.

—He escuchado que las mujeres llevan mejor las cosas, pero no creo que exista alguien que se compare a Paul. Él siempre se mantendrá callado y haciendo su trabajo y eso es lo que importa después de todo —llegamos a la entrada de la subasta. —Adelante —me abrió la puerta para dejarme pasar.

—Gracias.

—Un placer. —Se acomodó el saco mientras caminábamos hacia el salón principal —me gustaría que me acompañaras.

Me quedé callada.

—No soy una persona muy divertida pero quizás podamos tener una conversación agradable más tarde.

Se escuchaba a la multitud dentro de la sala, las sillas acomodándose y el micrófono en estado de probando.

—Podríamos ir por un postre —dije.

—Sí —afirmó. —podríamos... pero solo si tú aceptas.

¿Cómo decirle que no a Kalman? No solo era uno de los mejores novelistas de aquel año, sino que era un hombre naturalmente atractivo, de mirada dulce y presencia desgarradora, una bestia encasillada dentro de un muñeco de torta, una Guernica procreada en Nueva York. Después de papá, era el hombre más emocionante que había conocido y estaba dispuesta a quedarme con él; solo por esa noche, o puede que para toda la vida.

—Me gusta el chocolate —le dije mientras tomábamos asiento en la penúltima fila.

—¿Qué tipo?

—Cualquiera.

—¿Con fresas?

—Siempre.

—Podemos tomar fresas con chocolate cuando salgamos.

—Un cono.

—Sí.

—Ojalá termine pronto.

—Ojalá.

—¿Sabes qué otra cosa podemos hacer?

—¿Qué?

—Beber champaña.

—¿Sí?

—Sí. Una botella completa.

—Bien.

—Al este de Central Park.

—Comiendo fresas.

—Sí... y chocolate.

Recuerdo esa conversación al pie de la letra, porque más tarde ese día nos dimos nuestro primer beso. Fue un tanto apresurado pero sabroso, con pedazos de chocolate derretido y aliento a alcohol. Nos tumbamos en la cama King que estaba cubierta por un edredón de plumas rojo y almohadas forradas en terciopelo, tenía la tercera botella vacía de champaña en la mano y él una copa de fresas a la mitad.

Ambos mirábamos al techo, hacia ese vidrio que reflejaba nuestras siluetas, dejé mi mano izquierda cerca de la suya para que la tomase, a los pocos segundos entrelazó sus dedos con los míos, giró su cuerpo en dirección a mí y me quedó viendo.

—¿Es posible que duermas conmigo esta noche? —me preguntó.

Habíamos pasado de lágrimas a sonrisas, de tomadas de mano a besos, y de una tarde a una noche. Thomas Reginald Kalman había tomado mi corazón como un buen escritor, me había zambullido en su mundo por completo; quería continuar, sin pausas, de corrido, seguir leyendo de eso que no sabía cómo terminaría, pero sobre todo...quería volverme inmortal en su vida.

V

Aquella madrugada estuvimos juntos hasta que salió el sol. Amanecí viendo su rostro sobre la almohada, contando esas arrugas que demostraban tiempo de vida, admirado sus párpados relajados y deseando que sus delgados labios besen los míos. Acaricié sus mejillas con las yemas de los dedos, y fue como penetrar en el interior de sus células, experimente aquella energía condensada que abrazaba cada parte de él, y que me envolvía consigo. Después de mucho tiempo volví a sentirme protegida, volví a acurrucarme en un pecho fuerte que estaba dispuesto a sostenerme y créame, no existía mejor sentimiento que ese. No obstante, como lo ha escrito Kalman en alguno de sus libros que he leído: **“La felicidad no es eterna y el amor a veces permanece mientras otras, duele”**.

Me puse de pie, e intenté olvidar todo eso que había sentido; cortar con ese pedazo de tiempo que me había traído alegría y volver a la realidad. Le di un beso en la frente, tomé mis pertenencias del suelo para finalmente empezar a descender por las escaleras forradas con alfombras perla.

—¿No desayunaras conmigo? —escuché una voz a mi espald. —¿Ibas a dejarme? —sonreí, disfruté ese hecho. —Vuelve a la cama, acaríciame un poco más.

—Debo irme Thomas —continúe avanzando, sin si quiera voltear.

—No.

—Sí.

—Quédate.

—No puedo, me esperan en casa.

—¿Quiénes.

—¡Mi vida Thomas! —Exclamé a medida que dejaba mis cosas sobre el sofá del primer piso.

—Espera —se escuchó que se puso de pie, entonces se asomó a la baranda. —¿Por qué no me haces parte de tu vida.

Levante la mirada. Sus apasionados ojos azules me observaban, su torso aún desnudo imploraba de más caricias, sus músculos marcados sacaban de contexto el momento y me hacían olvidar cualquier diferencia entre nosotros. Sonreí. Terminé de subirme el jean y entretanto lo abotonaba contesté.

—¿Por qué querías ser parte de mi vida? —miré hacia arriba

nuevamente y ya no estaba —¡Thomas! —exclamé. Me puse la camiseta y volví a mirar, nada —¡Thomas! ¡Tengo que irme. —caminé hacia la kitchenette y del refrigerador saqué una caja de jugo de naranja.

—¿Por qué tanto escándalo? —en un santiamén estaba detrás de mí; vestido de traje gris, zapatos azules y camisa blanca que aún llevaba el cuello sin abotonar. Me dio un beso en la frente. —También quiero de eso —dijo señalando la caja orgánica de cítrico.

—Bien. Pásame dos vasos.

—¿Que harás esta noche? —abrió la alacena.

—Recuperar fuerzas.

—Ven —cerró la alacena.

—No puedo Thomas.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Dame eso. —vertió el líquido en los vasos. —Pasaré por ti en la noche. Hagamos algo —bebió un sorbo —Lo que tú quieras.

Caminé hacia el sofá en L que decoraba el Living. Me senté.

—Salgamos.

—Hecho.

—Vamos por comida italiana.

—¿Fuera de casa? —preguntó.

En ocasiones hablaba sobre sus cosas como si fueran nuestras, sobre el tiempo como si fuera suyo, sobre el futuro como si fuera cierto.

—Sí.

—¿A qué hora paso?

. —las seis.

—¿Voy yo? —se apuntó con el dedo hacia sí mismo.

—Claro.

—Puede ir Thompson.

—No.

—Está bien —sonrió.

Se acercó hacia mí y me dio un beso, uno con sabor a jugo sintético de naranja. Pasó su mano detrás de mi cintura, empujó mis labios contra los suyos y entrelazó su lengua con la mía, luego sonriendo entre dientes dijo.

—Gracias. Me soltó y se dirigió hacia la salida.

—Cierra cuando salgas.

—¿Ya te vas?

—Debo irme... —dijo en tono burlón, abrió la puerta, regresó la mirada hacia mí. —Te echaré de menos... pero menos que ayer, cuando todavía no te había conocido. —Cerró la puerta.

Sonreí. Me tumbé un rato sobre el sillón y dejé pasar el tiempo. No quería tener que salir de aquel lugar y enfrentar mi vida; cruzarme con el bullicio de la calle, la inhumanidad neoyorquina, los edificios enormes que trasmitían frialdad, no quería volver a casa porque no era más mi casa, no desde qué mi padre se marchó, no desde que falleció... Yo solo quería quedarme allí, con él, aferrarme a ese hombre que me había devuelto la vida.

—¿No crees que te la quitó?

Me queda mirando, no responde.

—¿No crees que Thomas Kalman te quitó la vida?

—Jamás creería eso —niega rotundamente, agacha la cabeza hacia sus pies. —Thomas Kalman fue mi todo. Yo estaba muerta cuando sucedió lo de mi padre, pero él me revivió, él me hizo sentir de nuevo, me dio el aliento de vida que me faltaba. Kalman no me quitó la vida... mi padre lo hizo.

Vuelve a levantar la cabeza, estira la mano hacia la mesa de centro, arrastra la cajetilla de cigarrillos y extrae uno, lo enciende y le da una pitada.

—Mi padre fue un hombre maravilloso, quizás demasiado, pero estaba enfermo, y como una fruta podrida, podría lo que estaba a su alrededor —vuelve a llevarse el cigarro a la boca —Él me mató antes de morir Doc., y usted lo sabe, mi padre me mató incluso antes de darme la vida y por eso terminó suicidándose.

Su expresión fría se desvanece y empieza a transformarse en una niña de diez años que quiere de vuelta su papi, una niña que recién comienza a entender su pasado —¿Sabe?, lo que Reg. me dijo esa noche, fue la verdad, pero a mí me dolía escucharla, la verdad siempre es dolorosa y aquello me destruyó.

—¿Qué te dijo Kalman esa noche? —me apresuro a preguntar; no me ha contado esa parte de la historia, no le gusta hablar de ello, termina inventando algo y finalizamos la sesión, sin embargo, aparentemente ahora quiere contármelo.

—Ya llegaremos a esa parte Doc.... todavía falta.

Termina de fumarse el cigarro, lo apaga en el cenicero, y seca el par de lágrimas que han brotado sin conciencia de sus ojos.

Aquella noche volvimos a vernos. Él me esperó en la entrada del edificio como acordamos. Vestía un traje gris con delgadas rayas blancas,

camisa azul y zapatos negros. Era más atractivo de lo que lo recordaba, o quizás así quería verlo yo, no lo sé.

—Hola —le dije mientras me detenía frente a él.

—Hola —contestó.

—¿Has estado aquí por mucho tiempo?

—¿Importa? —sonrió.

—Me importa.

—No.

Di un paso hacia él.

—Cambiaste de ropa.

—Sí.

—Me gustaba la otra.

. —mí también.

—¿La usarás de nuevo?

—Tengo mejores... —me tomó de la mano y atrajo hacia él, sus labios golpearon contra los míos, cerré los ojos.

Llevé mis manos hacia su rostro e intenté mantener mi cuerpo lejos del de él; tomó mis manos con la suyas; separé nuestros labios para poner mi nariz contra su nariz, mi frente contra su frente, y me quedé allí, apoyada en la punta de mis pies, inhalando su aliento y digiriendo su energía.

—Tengo que hablar contigo —dijo de repente. Era como si el infierno nos esperaba antes de haber muerto.

—¿Por qué?

—Porque es mejor.

—Es mejor no hablar.

—Quiero decirte la verdad. —Se alejó de mí. Abrí los ojos.

—¿Qué verdad? —la noche se había hecho ligeramente más oscura.

—Ven. —Me tomó de la mano y empezó a caminar —dime algo Minerva.

—¿Qué?

—¿Sabes quién soy?

—Kalman —contesté.

—No, eso no. Quiero saber si sabes quién soy. Mi vida, mi mundo, ¿lo conoces.

—Eres Thomas Kalman, el escritor.

—Sí —se detuvo en la esquina de la cuadra. —Soy Thomas Kalman, pero me dicen Reg.

—Ok...Reg. —sonreí.

—No, no sonrías.

—Está bien.

—Minerva, no sé quién eres, y no quiero saber.

—¿Cómo?

—No quiero preguntas, no voy a preguntarte; no quiero respuestas, no voy a responderte. —Tragué saliva, sostuvo mis manos en las suyas —Pero quiero verte y quiero tenerte.

—No entiendo.

—Minerva, escucha.

—Sí, te estoy escuchando.

—Pero escúchame bien, porque solo lo voy a decir una vez, no voy a repetirlo. Después de eso puedes preguntar lo que quieras, solamente después. No más tarde, no de noche, y tampoco mañana.

En ese momento no supe que decir. Arrugó los labios; y entonces llevé mis dedos hacia ellos, los acaricié, deseé tanto poder arrancárselos y no dejarlos pronunciar palabra alguna.

—Minerva.

—No —contesté. —No sé lo que vas a decir, pero tampoco quiero escucharlo. —Las yemas de mis dedos empezaron a deslizarse por su quijada. —Quiero enamorarme...

—No —negó con la cabeza.

—Sí —tragué saliva. —Quiero poder enamorarme...quiero conocer al hombre que ayer levantó mis piezas, las juntó y me armó de nuevo; pero no quiero saber nada de éste, que pretende contarme una historia.

Tenía miedo que lo que él iba a contarme me dañara tan profundamente que el suicidio inevitable sucediera, y no porque no quisiera morir, porque eso era lo que realmente anhelaba; sino porque en realidad vivir era mejor que morir y seguir consciente en ese infinito que nadie conoce. Uno quiere morir para apagarse y no recordar más, uno se suicida para dejar de sufrir y olvidarte del alma...sin embargo, imagínate morir y permanecer consciente de que alguna vez exististe, pero ya no lo haces más. Que horrible morir y recordar, eso no puede llamarse muerte, morir significa olvidar y el olvido es muerte. En fin, volviendo a esa noche, tenía miedo, pero algo en mí me decía que él era el hombre que necesitaba; así es que lo besé de nuevo, lo amarré entre mis brazos y me aferré a su cuerpo.

El brillo de la ciudad de Nueva York resplandecía sobre nosotros, la

calle nos resguardaba, y su mano apoyada en mi espalda descubierta solo me producía más ganas de tenerlo junto a mí. Fue la primera vez que probé la textura de la mentira, ese sentimiento adrenalínico que recorre tus venas, haciéndote más fuerte y evita culpas; fue aquella noche en donde entendí que era mejor encarnar un rol y dejar al humano a la distancia.

VI

Regresé a casa, después de incansables besos que habían empezado un nuevo mundo. Cuando volví era todavía de noche, él no podía quedarse conmigo porque no era mío, y yo no podía quedarme con él porque no era suya. Bebí champaña mirando la tele sin volumen mientras los parlantes de la radio retumbaban en la habitación, dejé que el maquillaje se corriera por mis mejillas, y limpié con la blusa de seda color perla mis labios pintados de guinda. Me quedé allí por unos minutos, disfrutando de esa tristeza generada por mí, deseando a ese hombre como si deseara que mi padre volviese a la vida, esperando que el champan tocara mi estómago y lo retorciese en ácido porque no había consumido nada más que eso. Las imágenes del televisor irritaban mi visión y el humo de la soledad atontaba mis sentidos. Me tiré sobre el suelo forrado en alfombras beige, dejé mi mejilla acurrucarse sobre esa superficie blanda mientras mi mente divagaba; pensé en lo que me sucedía tantas veces que no podría negarte que mi cuerpo necesitaba de un descanso, que gracias a tanta cabeza algo dentro de mí, me decía: ¿por qué no levántate, tomar el cuchillo y atravesarlo por este estómago? o ¿por qué no caminar hacia las ventanas y saltar?... ¿por qué no? Sin embargo, mi miedo hacia la muerte y aquel limbo indeseado era más grande. Después de llorar un rato, me puse de pie, tomé mi chaqueta y salí del apartamento. Caminé una incontable serie de cuerdas, algunas oscuras, otras iluminadas; los caminantes de la noche pasaban alrededor mío y los fantasmas más cerca todavía. Mi pelo se llenó de sudor, mi rostro estaba empapado por lágrimas, y mis piernas andaban en zigzag.

Llegue al edificio millonario ubicado en la calle veintidós del este de Nueva York. El portero estaba dormido tras el mostrador y la calefacción en el lobby encendida. Llamé al ascensor. Mientras esperaba a que llegara, saqué la botella naranja con etiqueta, la abrí, extraje dos pastillas y las tragué. En esa época ya tomaba los medicamentos, me era muy difícil respirar, sentía como si mi corazón se hinchara tanto que el tórax fuera a explotarme y acabaría con todo lo que lo rodeaba; la cabeza me daba vueltas y los insomnios aniquilaban mi lucidez, el Xanax y el Rivotril eran mis mejores amigos...lógicamente ninguno de ellos me curaba, pero eran las ruedas de mi vida. El ruido avisando que el ascensor había llegado despertó al conserje,

volví a meter el recipiente en el bolsillo de la casaca. A medida que el elevador subía mi cuerpo se volvía de goma, cada segundo que pasaba era menos capaz de dominar mis acciones y eso me gustaba porque me quitaba peso de encima. Recuerdo que estaba tan anestesiada esa noche que las lágrimas caían sin consciencia por mis mejillas, como si de un envase mal cerrado se tratara. Las puertas del elevador se abrieron, la luz daba directamente en mis ojos, el corredor que daba hacia su apartamento se me hacía infinito, una de las puertas estaba junta; de igual forma me apoyé en la manija dorada y entré.

Estaba sentado en el sofá que daba hacia la entrada, leía un libro. Las luces de noche que iluminaban el piso del minimalista Pent House le daban cierto toque de calidez. La puerta hizo ruido al cerrarse, se quedó mirándome y entonces bajó el libro hacia su regazo. Me apoyé en una de las columnas de la entrada para poder sacarme los zapatos, mientras él dejaba el ejemplar sobre la mesa de centro y se ponía de pie.

—¿Qué sucedió? —Intentó acercarse hacia mí, pero me le adelanto.

—Amor —Me quité la casaca y la dejé sobre el sillón contiguo. Lo bese, bajé mi pantalón, lo saqué totalmente con ayuda de mis pies; le quité la camiseta. —Amor... —dijo entre dientes. —¿Qué pasa?

Lo tomé del cuello mientras lo besaba intentando controlar mis lagrimas que humedecían nuestras mejillas. Quería evitar escucharlo, su voz me generaba remordimientos. Lo llevé contra el sofá, bajé sus pijamas y me puse encima de él; apoyé su rostro en mis pechos, cerré los ojos...su genital tocó hasta la última parte del mío, gemí, quería sentir algo, quería venirme sobre él, quería amarlo tanto como lo hice cuando nos conocimos; metí las manos en sus cabellos, llevé mi cuello hacia atrás, bajé el ritmo, presioné mi cuerpo sobre el suyo, utilicé todas las fuerzas que tenía, inhalé, exhalé, ingresando en un ambiente de meditación absoluta donde solo podía pensar en eso, en eso que quería tanto...pero realmente no sabía en qué pensaba porque no sabía que quería.

—Espera —intentó salirse de mí

—No —dije entre jadeos.

Volví a acelerar el proceso y sentí su liquido caliente ingresar. Abrí los ojos hacia el techo e inmediatamente los ojos azules de Reg. se conectaron con los míos, los labios, las yemas de mis dedos sobre ellos; el beso, ¡oh no, ese beso!, y fue como si por un momento él estuviese debajo mío, deseándome tanto como yo lo deseaba a él, agujereando a mi matriz,

haciéndose parte de mi vida.

—¡Vamos! —exclamé.

Su mano yacía sobre mi espalda. Gemí aún más fuerte. Sus pies junto a mis pies sobre esa cama

—Oh... —susurré.

Apoyé ambas manos en el respaldar del sillón. El pañuelo sobre mis mejillas, secando esas lágrimas incesantes y apaciguando el dolor de una muerte. Aligeré el movimiento, presioné aún más y de repente; ese brazo extendido ofreciéndome ayuda mientras Dios me daba la espalda. Me vine sobre Ed y caí rendida en el resto del sofá.

Cerré los ojos solo para recordar tu boca...su boca. Estiré los brazos por encima de la cabeza, sonreí con los labios cerrados, soñando aún con el humor de su piel, el olor de su fragancia impregnada en mi ropa y el resto de situaciones que me devolvían con él. La calefacción en el apartamento adormecía a mis pezones, los cubrí con ambos brazos mientras intentaba esconder a mis genitales entre las piernas, Ed tomó mis pies entre sus manos y comenzó a acariciarlos.

Me di media vuelta y quedé mirando al respaldar del sofá, dejé los glúteos descubiertos en dirección a la barra de granito, su mano se deslizó por mi pantorrilla y subió hasta el muslo, con la yema de sus dedos acarició mi piel sutilmente.

—¿Min...? —murmuró.

—Ed.

—¿Puedo preguntarte algo?

Con las manos alrededor de mis senos también cubiertos por la blusa de seda, abrí los ojos y regresé la mirada hacia él.

—Dime.

Llevó sus manos detrás de la nuca, su cabello cobrizo brillaba con ayuda de la luz amarillenta y se hacía insoportablemente perfecto.

—¿Qué pasó esta noche? —dijo sin mirarme.

—¿De qué?

—¿Que fue todo esto? No entiendo... —metió las manos dentro de sus cabellos.

—Ed.

—Espera.

Me quedé callada.

—Primero huyes de mí, no contestas, voy a buscarte a casa y no estás,

llamo a tu madre y dice que no sabe nada de ti —mordió su labio inferior, tragó saliva e incrementando la voz continuó.

—Desapareces... así como sin nada y no recibo noticias tuyas, antes era una cosa, ahora es una locura. Estoy aquí, quiero apoyarte, quiero que compartas esa tristeza conmigo, quiero que me entregues el sufrimiento para que no sufras más, pero no puedo hacerlo, porque no solamente es teóricamente imposible sino porque no me dices lo que está pasando por tu cabeza. Empiezo a pensar que te aburríste de mí y lo de tu padre es una excusa para alejarte.

Se detuvo. Llevó sus manos a la cara. Apoyó ambos codos en sus rodillas, arrastró las palmas por sus mejillas hasta llegar a la boca y exhaló.

—Realmente no sé qué sucede contigo. —Tenía las pupilas dilatadas y los ojos llenos de agua. —He pensado en terminar esto, lo he hecho, lo he pensado tantas veces que se ha vuelto rutinario. Pero es algo que no puedo, no porque no lo desee, sino porque te amo demasiado...y lo siento tanto, lo siento tanto por mí, porque sé que al final del día encontrarás a alguien que te haga feliz de verdad, pero yo, aunque busque en todas partes no podré encontrar a alguien como tú jamás —se quebró y echó unas lágrimas.

Puse mi brazo sobre el respaldo del sillón para poder levantarme. Lo tomé de la quijada, quería que me mirase, pero él no podía hacerlo; no sé si porque sabía que lo que él conocía ya no estaba o porque no quería darse cuenta que me odiaba tanto como para amarme demasiado.

—Ed, por favor.

Sus labios temblaban sin cesar, no podía articular palabra. Las gotas en sus mejillas cubrían sus pecas, y la nariz se le congestionaba cada vez más.

—Ed, mi amor... por favor. Le quité las manos del rostro, y lo forcé a regresar la mirada hacía mí, sus ojos pacay con el borde marrón oscuro miraban directo a los míos, inundados por lágrimas y completamente entristecidos. Apoyé su frente contra la mía.

—Te amo. Te amo desde el momento en que te conocí y te amaré hasta el último día, eso no lo olvides nunca.

Sequé sus lágrimas con mis dedos, dejé ambas palmas sobre sus mejillas y me quedé así por unos segundos, deseando realmente amarlo. Pero que sabía yo del amor, que sabe uno del amor a mi edad, el amor es un sentimiento tan profundo que cuando uno es joven, no sabe diferenciar entre la pasión y el deseo con el amor, sin embargo, mentir era siempre mejor que encarar la verdad.

—¿Entendiste, Ed?

Asintió con la cabeza. Sonreí

—Espera —Entretanto corto el relato, me inclino hacia la mesa para tomar mi teléfono celular —¿Puedo grabar.

Me observa. Mete las manos entre sus piernas, agacha la mirada, y con cierto disgusto responde.

—Bueno.

Enciendo la grabadora. Ella permanece en esa posición.

—¿Sabe por qué mentir es siempre mejor que encarar la verdad?

—No.

—Por qué lo prohibido sabe mejor que lo permitido —alza la vista, y una sonrisa maliciosa se dibuja en su rostro— Kalman era mi mentira y yo era la suya, éramos la excusa para llegar tarde, el propósito de sonrisas... él casado y yo veinte años menor, éramos la mentira perfecta y eso se sentía bien.

Enciende otro cigarro, apoya la espalda en el sillón, muerde su labio inferior, vuelve a sonreír.

—¿Doc.?

—Minerva.

—¿Por qué le interesa mi historia? —le da una pitada, sopla el humo —
¿Por qué no la de otro paciente.

—Minerva.

—Ayer después de la sesión que tuvimos me quedé pensando —vuelve a fumar—. Esa noche de la que le hablé... ¿recuerda?

—Sí.

—Aquella noche —exhala. —¿Y si esa noche no fue más que un producto de mi...nuestras mentes? ¿Por qué no pudo ser una mentira más.

Se me queda viendo y veo como el iris en sus ojos empieza a desviarse, su mirada se profundiza y es como si otro yo la encarnara.

—Minerva —me inclino hacia ella y extendiendo las manos, traga saliva, pasa la lengua sobre sus labios. —Minerva, mírame.

—¿Doc?

—Minerva, te necesito aquí, conmigo.

—Doc.... —apoya ambas manos en los brazos del asiento, siento como los latidos de su corazón se aceleran. Su mirada se pierde sobre la nada que yace detrás mío y... —¡Doc.! —exclama desde el estómago.

—¡Minerva! —me pongo de pie e intento acercármele.

—¡Basta! —grita nuevamente—. ¡Basta! —se lleva las manos a la nuca, recoge las piernas —¡Ya lo sé! ¡Basta! ¡Por favor para! —las lágrimas caen por sus mejillas desenfundadas. —¡No! ¡No lo hagas! ¡No, por favor, no!

—Minerva. Escucha. Minerva. —Tomo sus manos entre las mías e intento buscarle la vista.

—¡No! —se suelta de mí, se pone en cuclillas sobre el sillón —¡Pa, no, por favor, no, te lo pido! —Aquel último pedido de auxilio ha quebrado la armadura de profesional que me protegía y ha hecho que mis huesos tiemblen.

La secretaria entra al estudio y detrás de ella la chica rubia de ojos anormalmente grandes.

—Suficiente —dice en tono firme, se aproxima a nosotros y me quita del camino —Minerva. —La toma de la quijada y la fuerza a mirarla —Min, vamos. —La respiración de minerva poco a poco va decayendo, la chica mete las manos en sus cabellos, y junta su frente contra la de mi paciente. —Min, acá estoy.

—Lo sé —susurra.

—Ya terminó. Vamos.

—Vic.

—¿Qué?

—Mañana vienes conmigo.

—Minerva.

—Vic, por favor.

—Necesitas descansar. Vamos.

Se pone de pie, toma la cartera que está en el suelo, coge la mano de su amiga y me mira con el rabillo del ojo.

—No supe como.

—Psiquiatra.

—Perdone. No quise.

—Psiquiatra es su profesión.

—Pero es que ella.

—¿Ella qué? —frunce el ceño —¿Ella no le sirve más cuando está medicada? ¿No es suficiente la información que le da para ese experimento que está haciendo.

—No. Ella...usted no entiende.

—¿No entiendo qué? —presiona los dientes, su mandíbula se tensa.

—No vendrá mañana —la toma fuertemente del brazo. —Quizás no

venga más. —Camina hacia la puerta. —Usted no vive con ella, usted no tiene idea.

Sale del dormitorio y tira la puerta.

VII

Empiezo a pensar que hago mal en recordarle el pasado, pero al mismo tiempo sé que es necesario, es una manera de dejar ir, es la única forma que encuentro para hacerla soltar esa cuerda de la que tanto se aferra y la hace sangrar.

Esa tarde me quedé en la oficina, con las luces encendidas, los papeles sobre la mesa, la taza de café tatuada por sus labios, y escuchando esos gritos que retorcían el corazón. Ella ya no estaba en ese consultorio, pero su espíritu no me había abandonado, la energía de su alma seguía allí y poco a poco me consumía, el tiempo que pasaba con ella sentía que me arrastraba consigo a ese mundo tan infernal que llamaba sueño.

En parte mi mente entendía eso que dijo Victoria antes de irse <<**Usted no vive con ella, usted no tiene idea.**>> yo no la tenía conmigo las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana; en cambio ella sí, ella era la buena amiga que se quedó, la que a pesar de tener motivos para irse estuvo allí, ella era la mujer detrás del teléfono el día de la subasta, la gran amiga de Ed y Minerva, la que con sabias palabras dijo a través del auricular: **Si has decidido no venir, está bien. No puedo evitarlo, eres libre de matarte socialmente...eres libre de hacer tu vida pedazos, pero no permitiré que hagas con él lo mismo.** Aunque más tarde evitó que el país de las maravillas donde Min vivía se tragara a Ed, ella no pudo no dejarse seducir por la criatura que me visitaba pidiendo auxilio.

VIII

Los siguientes días, recibí un correo de Minerva:

De: Min.

Para: (...) Doc. 01:50 am, enero.

Si me permite...solo si es capaz de permitirme un tiempo, solo un poco, quizás nada, pero necesito, usted entiende, es mejor.

Y si quiere, los dos sabemos, es probable, que él, no lo sé, puede ser, que él. Bueno, es posible, que él. Sí, él, se atreva a contarle lo que resta...no es que no quiera, pero usted sabe, el tiempo, los tiempos, y la historia está allí y se oxida.

Lo lamento, no me encuentro...no debo, seguir así, lo veo pronto...o luego, algún día.

M.

¿Era posible que en ese correo terminase la novela que estábamos escribiendo? ¿O qué aquel escándalo se fundiera junto a los fantasmas del pasado? Sin embargo, a pesar de que no estaba segura de poder continuar, me estaba pidiendo, en pocas palabras y casi en código, que fuera en busca de él, de aquel personaje que sabía la otra mitad de la historia, o de aquellas personas quienes habían sido participes.

¿Sería posible que Thomas Reginald Kalman se atreviese a narrar aquello que ocultó por años? ¿O era favorable que Ed., quien se había logrado librar de ella se empapara nuevamente con su pasado? ¿Capaz Victoria podía contarme lo que realmente sucedió.

Esos días pasaba más tiempo en mi oficina que en casa, incluso empecé a soñar con Minerva, sus cabellos negros y los labios gruesos, pensaba en lo mucho que amaba y odiaba a ese padre suyo que había muerto, y lo entregada que fue con Kalman, y a veces la imagen de Ed y ella haciendo el amor en el sofá se repetía en mi cabeza, pero siempre era interrumpida por la noche a la que ella le temía. Empecé a entender porque Minerva estaba tan loca y porque no buscaba ayuda, y era quizás porque su historia era tan buena, que resultaba deseosa de revivirla.

La semana siguiente, recibí otro correo:

De: Mi.

Para: (...) Doc. 00:15 am, ener.

Las almas más tristes están despiertas pasada la media noche.

¿Lo buscó ya? El sueño continúa y usted no conoce la mejor parte.

Estoy recuperándome. Sola. Como debe ser.

M.

Imaginaba la expresión de su rostro mientras escribía aquel correo; una

media sonrisa melancólica, los ojos hinchados por el insomnio y los pómulos sobresaliendo gracias a la falta de apetito que seguramente tenía en esos días. Era probable que llevase un cigarrillo en la mano, una taza de café en la mesa y algunas lágrimas chorreadas por su escritorio. La luz del dormitorio apagada, la radio encendida, alguna botella de champaña cerca por si le entraban ganas de beber, y esas cartas todavía guardadas dentro de una maleta con candado, esos escritos no enviados y sentimientos encontrados, toda ella envuelta en sabanas y Kalman mucho más escondido en su memoria, pero tan a flote como los demás objetos que la rodeaban.

De: (...) Doc.

Para: Mi.

00:30 am, enero.

Descansa Minerva... que las almas más puras están despiertas de madrugada.

...

Cerré el computador y esa noche, como no muchas, regresé a casa.

IX

Por la mañana me dediqué a ubicar a ese contacto que me narraría el resto de lo sucedido. Llamé tantas veces como pude, pero no encontré respuesta, era imposible conseguir hablar con él. Las llamadas entraban, alguien contestaba, cortaban, se cortaba; la voz de un hombre viejo al auricular: **¿Con quién quiere hablar?** Buscaba dialogar y la señal se iba, devolvía la llamada, alguien diferente al teléfono y así sucesivamente. Me pasé la tarde entera intentando hablar con Thomas Reginald Kalman, alias Reg., fue tan agotador que para el día siguiente me había olvidado de seguir tratando, me había resignado esperar, esperar hasta que Minerva tuviera las ganas de volver a sentarse frente a mí y continuar con la historia. No obstante, aquella noche, mientras tomaba una crema de champiñones viendo el noticiero de las diez, una llamada oculta interrumpió mi cena.

—¿Sí? —contesté

—Recibí una llamada de este número.

Me detuve un segundo, dejé que la cuchara se hundiera dentro del tazón.

—¿Es usted Reginald Kalman? —pregunte, con cierta emoción oculta.

—¿Para qué busca a Reginald Kalman? —contestaron.

—¿Es usted?

—¿Con que propósito busca usted al Sr. Kalman.

—Ninguno. —Tragué el resto de hongo que tenía en la boca. —Es un viejo amigo.

Y entonces: << **¿Sabe por qué mentir es siempre mejor que encarar la verdad? Porque lo prohibido saber mejor que lo permitido.**>> Las palabras de Minerva vinieron a mi mente, el sentimiento que generaba la mentira en mí era tal que el estómago empezaba a hacer sonidos raros, la sangre hervía en mi cuerpo y el ritmo de mi corazón se aceleraba, como si se tratase de un niño pequeño que acaba de hacer una travesura, estaba encantado con aquel “valor”. Mentir era algo más que mentir, mentir era un arte.

—¿Cuál es su nombre?

—Paul Thompson.

—¿Qué?

—¿Es usted Paul Thompson? —la persona detrás del auricular se quedó

en silencio—. ¡Paul Thompson! —exclamé. —¿No se acuerda usted de mí?

—No... —se apresuró en contestar.

—De la subasta.

—¿Cuál subasta?

—Necesito hablar con Reg.

—El señor Kalman está muy ocupado.

—Dígale que es sobre la subasta —me puse cómodo sobre el sofá. — Tengo el catálogo por adelantado, a él le gustará verlo primero.

—¿Para que galería trabaja usted?

—Thompson... amigo, esto es importante para él y usted sabe bien que no puedo comunicarme directamente. Esa insensata creencia sobre los celulares, así cualquier se volvería loco, ¿cómo es que puede? Me refiero, andar incomunicado. —Apoyo mi codo en el brazo del sillón. —En fin, dejemos de perder el tiempo Thompson y dígame que mañana lo buscaré temprano —tomo un respiro. —A las nueve, para ser más exactos.

—Perdone, pero el señor Kalman no está disponible a esa hora. Tendrá que venir luego.

—¿Luego?

—Sí.

—Bien. A las 12:30p.m., pasaré a buscarlo.

—¿No dijo que tenía un catálogo?

—Por eso, pasaré a buscarlo para mostrarle el catálogo.

—¿Usted entiende que es más sencillo enviarlo por correo?

—Mejor es explicarle al cliente en que consiste cada pieza de arte. — sonrío, una sonrisa extraña que solo yo puedo sentir y ver. —Thompson, déjeme hacer mi trabajo.

—Las 12:30p.m., ¿verdad?

—Sí.

—¿De que galería dijo que era?

—¿A dónde quiere Reg. que vaya?

—641, Quinta Avenida.

—¿Olympic Tower?

—¿No era usted un viejo amigo? —las 12:30 en la Olympic Tower — trago saliva —lo veo ahí Thompson. —Corté la llamada.

De: (...) Doc.

Para: Mi.

22:30pm, enero.

Querida Minerva.

Camino al Olympic Tower pasaré por la catedral de St. Patricio y pediré por ti.

Después de enviarle el comunicado a Minerva me quedé imaginando el encuentro con Kalman; con ese hombre del que sabía tanto, pero él que no sabía nada de mí. ¿Sería posible ver lo que Minerva vio en él cuando lo conoció por primera vez? ¿Acaso sería tan amable conmigo como lo fue con ella? ¿Sería verdad la historia de amor que me contaba Min, o es que descubriría que ese romance era un invento más de su imaginación? Suponía que lo vería en traje como era usual verlo en las revistas, probablemente repitiese alguno de los que vestía cuando estaba con ella...o tal vez solo tuviera puesto un pijama.

En medio de la densidad de mis pensamientos, cuando la sopa ya estaba fría y la televisión se había convertido en la música de fondo, mi teléfono vibró y el nombre de ella apareció en pantalla, al lado de ese símbolo de sobre que indica que es un correo.

De: Mi.

Para: (...) Doc. 22:50 pm, enero.

Pida por mí...y por él e imagíneme dentro de sus ojos entre azules y verdes, como si fueran sábanas y mi cuerpo el iris.

Le deseo una buena charla, Doc.

M.

Me puse de pie, tomé el tazón y lo llevé al lavadero. Llené una tetera con agua y la coloqué sobre una hornilla, fui por los folios que llevaban el nombre de Minerva escrito y empecé a leer, a releer palabra por palabra, letra por letra y a digerir aún mejor la historia. De vez en vez hacía apuntes en una hoja en blanco, elaboraba preguntas para el día siguiente e intentaba pensar que respondería Kalman. Vertí el agua en una taza, eché dos cucharaditas de café instantáneo, dos de azúcar y un chorro de leche entera; saqué un portafolio nuevo y en letras separadas y en mayúsculas escribí “R E G”. La madrugada pasó rápido, me quedé despierto, entretenido por el escritor, leyendo esa novela que había publicado justo después de que se le involucrara sentimentalmente con alguien; con esa identidad desconocida que ahora estaba en mis manos. Entonces quedó impregnada en mi mente esa última frase que leí antes de meterme en la ducha: Las alarmas están hechas para despertar... pero, ¿cómo despertar si sueñas despierto? —Kalman.

De pronto sabía para quien iban dirigidas esas palabras, porque las había oído antes... ambos pensaban igual, que lo que tuvieron fue un sueño, un sórdido sueño.

X

¿Las alarmas están hechas para despertar, pero cómo despertar si sueñas despierto? —LaSoledadTieneSusVentajas, Kalman.

Había cruzado la quinta avenida. El edificio de vidrio y aspecto minimalista me daba la sensación de vértigo, mis ojos se llenaron de agua mientras intentaba llevar la mirada hacia el último piso. Una sensación a causa de la energía detenida allí me asustaba, de repente estaba contagiado de la locura de Minerva, o era que si por este lugar y Kalman, Min no se hubiese vuelto loca nunca.

—Lo veo —me dijo una voz a mis espaldas —es usted muy obvi. — prosiguió.

—¿Sí? —regresé la mirada.

—Paul Thompson —estiró la mano para estrechármela.

El hombre de mirada de piedra, sin ninguna expresión clara en el rostro y con arrugas hasta por los cabellos apretó mi mano fuertemente entre las suyas; el corazón se me detuvo y fue como si con solo tocarme me volviese igual que él.

—¿Es usted el de la galería?

—¿Galería? —(en esta respuesta se pudo ver mi falta de habilidad para mentir).

—La galería de Arte.

—¿Cómo es que me reconoció?

—No lo reconocí. En mi vida lo he visto.

—¿Y entonces cómo sabía que era yo?

—¿Es usted el de la galería de Arte?

—¿Dónde está Kalman? —(¿Qué viejo amigo lo llamaría por su apellido cuando sabe que le dicen Reg.? Imbécil.

—El señor Kalman lo espera. —Mete las manos en los bolsillos. — ¿Trajo el catálogo? —dirige la mirada al maletín que cuelga de mi hombro.

—Sí.

—Bien. —Se adelanta —sígame —sin mirarme ingresa en el ostentoso edificio.

Me deja entrar en el ascensor. Me da la espalda y se cruza de brazos.

—No quiere ver bocetos, ni autorretratos.

—Bien.

—Está buscando Óleos —hace una pausa. —Estos últimos meses le dio por los óleos.

—Entendido.

—Entiéndame bien porque es lo único que va a comprar, si trajo algo diferente puede irse ahora

—¿No gusta más del arte pop?

Thompson contrae la mandíbula y entre dientes responde

—No compra arte pop hace ya un tiempo...

Salimos del ascensor. Abre las puertas del apartamento, la tensión queda dispersada por el lujoso piso en donde hemos ingresado.

—Tome asiento. —Paul Thompson se aleja, entretanto me instalo en el sofá.

La vista que se tiene en el lugar es poética; los contrastes de colores, los relieves diferentes. Como si fuera una obra de arte y fueses el pintor. Empiezo a entender a Kalman, toda esa elegancia que irradia en los medios, ese romanticismo que tiene con el dinero en sus novelas, el departamento es tal como los que describe en sus escritos: estantes de libros, pinturas de colección, sillones forrados con tapices mandados a fabricar, muebles tallados con sus iniciales y cortinas con caída de vestido de novia.

—Imagine lo que es levantarse mirando aquello. —La simple energía de este personaje había hecho a mis vellos erizarse. —Coja un pincel e intente dibujar esto y se habrá convertido en mi pintor preferido. —Sus pisadas apenas hacían ruido, pero el peso de su alma gritaba. Llevé la mirada hacia dónde provenía la voz.

Los ojos apuntaban a la vertiginosa vista, ambas manos dentro del pantalón de traje, camisa rosada, corbata sin atar alrededor del cuello; labios delgados, la nariz roja como si estuviese enfermo, los ojos verdes, pero al mismo tiempo azules, y cómo diría Min, más azules que verdes, ligeramente cristalinos, con esa imagen del cuerpo de Minerva todavía impregnada en el iris. Ella lo había descrito casi tan bien como era en la realidad; el cabello dorado, peinado con cierto toque inglés, crema y seguramente gel.

—Señor Kalman —le dije queriendo acercármele para estrechar su mano.

—Espere —aún sin dirigirme la mirada. —Contemple el paisaje un momento más.

Tragué saliva. Ambos admiramos Nueva York, apreciamos esa ciudad matizada en grises, iluminada por los rascacielos, prostituida por sus gobernadores. Nueva York, tan honesta y desnuda antes sus visitantes, mostrándose tal y como es, generando un ácido en el estómago, llorando en otoño y nevando en invierno. Nueva York, un lugar donde la vida tiene sentido, pero al mismo tiempo no. Empecé a flotar ante la imagen que observábamos, a perderme entre los relieves y a imaginar cosas frente a ese paisaje. De pronto, Reginald volvió a hablar.

—¿Por qué no está bebiendo nada? —me dijo mientras se sentaba en el sillón de al lado.

—Señor Kalman —mi voz se quebró.

—¿No le ofreció Thompson algo para beber.

—No —negué.

Hizo una pausa. Las cortinas, como por telepatía se cerraron y las luces se encendieron.

—¿Quiere algo de tomar?

—Señor Kalman, descuide.

—Un café. Me parece que usted necesita un café.

Se levanta nuevamente y se dirige hacia la puerta que colinda con la barra.

Ella está presente en cada nuevo trastorno de Kalman. Lo puedo ver, lo siento cuando habla; esas pausas, las frases, la espectacularidad, las ganas de satisfacción, la culpa... Ambos se destruyeron, pero quieren volverse a armar, solos, o inconscientemente juntos, pero ese romance, ese primer beso, el espumante y las fresas los han dañado demasiado. Pensé que era ella, pero habiéndolo conocido, habiéndolo solo sentido puedo ver que también es él.

Vuelve a entrar en el ambiente. Se da la vuelta y se sienta en un sofá diferente.

—Señor Kalman —repito por cuarta vez.

—¿Ha venido por la subasta, cierto?

—Señor Kalman.

—No sé si Thompson le comentó, pero estoy comprando óleos.

—Lo dijo, sí.

—Bien. Muéstreme que tiene.

—Señor Kalman —busco su mirada, me la da; de pronto, un escalofrío recorre mi espina dorsal. —No he traído nada, señor Kalman.

Sus ojos que protagonizan su rostro, se abren y cierran sutilmente;

frunce el ceño, junta los labios, y cuando está a punto de hablar, una mujer que trae café lo interrumpe, deja ambas tazas sobre la mesa de hierro y pone en el centro un plato cargado de fresas cubiertas en chocolate...Min, Minerva.

—Puedo explicarlo. —Me inclino hacia él colocando mis manos en las rodillas. —He venido por algo un tanto distinto; pienso que están relacionados, no le he mentado del todo, el arte puede compararse, pero esto es más parecido a un sueño.

Sigue mirándome y eso me indica que aún no quiere echarme, o por lo menos tiene algo de interés en lo que le voy a decir.

—El sueño me lo contaron y yo no pude creerlo, porque ha eso que ella llamaba sueño, yo le llamaba engaño, sin embargo, ella me dijo que mentir era un sueño, porque la mentira da placer y el sueño también, y que ambos, usted y ella vivieron esa mentira.

El calor en el piso se esfumó, la luz amarilla que iluminaba el departamento no servía más, las sombras del pasado eran muy grandes para dejarlas brillar. El rostro de Reginald Kalman había empalidecido, sus labios reseca, las pupilas de sus ojos dilatado y la maravilla en ellos muerto.

—Yo he venido para que usted coja el pincel y termine de pintar el cuadro, para que me cuente que piensa de ella... porque hermosa es, mas tenebrosa también.

La dirección en su mirada se pierde, y casi sin voz contesta.

—¿Usted la conoce?

—Sí.

—¿La ve?

—Sí.

—¿Como está ella?

—Siendo ella.

—Bien —se apoya en el respaldar del asiento. —¿Por qué ha mentado?

—¿Por qué querría hablar usted conmigo si voy a hablar de ella?

—Porque quizás yo también piense que puedo dejar mi novela en manos de otro escritor.

—¿Y si le digo que no lo soy?

—Nadie que se atreva a contar esta historia puede no ser escritor.

—Toma un respiro, un respiro ahogado. —Respóndame algo.

—Sí.

—Su respuesta decidirá si le cuento la historia o no.

—Es justo.

—¿También se enamoró de ella cuando la conoció?

Paul Thompson entra en la sala; lo mira, él también, se hablan, se entienden, él lo comprende. Y esa pregunta, tan poco sensata, pero tan válida como mi presencia en ese lugar y esa respuesta que no quiero dar, por miedo, y más miedo por mí que por él... porque la mujer del consultorio es una combinación de miedo, mentira y sueño.

—¿Se enamoró de ella?

—Sí —digo en susurro.

—Es por eso qué la novela le gusto más de lo que debería. —La vitalidad empieza a volverle al cuerpo. —El amor no es para todos, mejor debe temerle qué quererlo, así es que escuche bien, porque ella no le va romper el corazón, sino el alma.

Hay algo de agresividad en la frase, en sus gestos, en esa presencia omnipotente que irradia. Thompson se queda de pie cerca de mí, comiéndome con los ojos y odiándome con el cuerpo.

—¿Qué quiere saber? —Agarro el maletín para sacar los apuntes.

—No. Quiero que me pregunte sin un papel ni grabadora. Quiero que recuerde, como quiere la mente que recuerde.

—Señor Kalman.

—Esto que le voy a contar y que usted va a escribir no tendrá pruebas para comprobarse y si lo publica, yo lo negaré y si no, también.

—Y.

—Usted. Thompson. Ella. Yo —se acerca a las fresas cubiertas con chocolate amargo, come una. —¿Sabe por qué me fijé en ella? —niego con la cabeza. —Porque era el sentimiento en una ciudad sin color. Esas lágrimas que brotaban de sus ojos en una tarde de grises iluminaban el cuadro, sus labios irritados por el daño que le habían infringido sus dientes al morderlos, esa alma ahogándose dentro de un vaso colmado de hielos, ese pasado que yo conocía antes que ella supiera qué yo sabía de él; esas cosas, simplemente complejas conforman el romanticidio que vivimos juntos.

—¿Conocía su pasado?

—Sí.

—¿Y aun así...?

—¿Aún así, qué? Ella era un rompecabezas desarmado y necesitaba de alguien para armarse. Ese pasado suyo, ese pasado que no le pertenece, pero que la crucificó de por vida, me hizo quererla aún más. Usted que la conoce,

debe entender que Minerva es las cicatrices que tiene.

XI

“Mejor morir de amor que de deseo. Mejor hacer el amor que tener sexo. Mejor creer en Santos que abrazar los pecados. Mejor rendirme ante la culpa por un beso más de ella...” —Thomas Reginald Kalman (en algún libro que quizás aún no escribió).

Kalman era mejor hombre de lo que me imaginaba, aunque tal vez solo fuese la imagen preestablecida que tenía de él, tal vez no lo fuese en lo absoluto y solo estaba viendo lo que yo quería ver.

—Estoy seguro que ella le habrá contado sobre la noche en que yo intenté explicarle mi situación, sin embargo, Minerva no entendía razones, no quería más dosis de realidad —agacha la cabeza y con cierto nerviosismo sonrío, sin mostrar los dientes, casi en privado. —Ella solo quería soñar con fantasmas y despertar en camas hechas de pluma, así que era lógico que quisiese negar mi verdad; incluso se podría decir que disfrutaba de esas lágrimas que la invadían después de haberse mentido.

El día subsiguiente de ese día la volví a ver y recuerdo que estaba mejor que el día previo. Vestía jeans ajustados, remangados en los tobillos, zapatillas blancas con plantillas altas, y si me preguntasen qué era lo mejor de ese vestuario, sería capaz de afirmar con los ojos cerrados y las memorias al descubierto que lo mejor que vestía aquel día, era una blusa transparente que dejaba ver sus senos levemente caídos, con los pezones alerta; Mi madre tenía unos así cuando era joven y yo amaba esos senos.

Se aproximó hacia mí y me saludo con un apretón de manos. Estábamos frente a la concurrida juguetería FAO Schwarz ubicada en la 5ta avenida; ella me quedó mirando, mordió su labio inferior, parpadeó y casi sin dudarlo me rodeó con sus brazos y me besó...uno de esos besos con sabor a nicotina y a alcohol; quisiera poderte decir con que licor había decidido borrar sus memorias, pero en ese momento solo pude concentrarme en su lengua jugueteando con la mía, y en el perfume con aroma a canela y miel que tenía impregnado en su cuello. La apreté contra mi cuerpo y sentí su cuerpo dejarse ir entre mis brazos; tiró la cabeza hacia atrás, sus cabellos bailaban al ritmo del viento, su cuello descubierto tatuado de moretones infringidos por alguien más imploraba que lo cure, que lo limpie y que me apodere de él. Aunque ella no me lo decía, yo sabía que existía él, sabía que aquel otro hombre

quería salvarla tanto como yo, pero también sabía que no podía salvarla, porque estaba eternamente condenado a vivir en la sombra de ese pasado con el que ella vivía disgustada.

—Perdone.

—¿Qué sucede?

—Es que...

—¿Qué?

—Entonces.

—Sí.

—Pero.

—Así es. —me mira directamente. —Yo sabía sobre él. —Junta ambas manos delante de las rodillas, y con cierta frialdad continúa. —Yo conocía todo sobre ella.

—¿Ed sabía de usted?

—Ed sabía de mí, pero Ed no quería saber. Él la amaba demasiado como para dejarla

—¿Le disgustaba qué Ed estuviese cerca?

Se relame los labios, por si quedase algo del chocolate amargo que rodeaba las fresas que se ha ido comiendo una por una, casi en forma de píldoras y de las que ya no quedan más que restos. Desliza sus dedos por las mejillas, llevándolos por el mentón y con una sonrisa amarga responde.

—No. Edward me interesaba casi o un tanto más que Minerva. —Se lleva las manos detrás de la nuca y las entrelaza, sus codos apuntan en direcciones diferentes y su pecho sobresale ligeramente. —Verá, yo no lograba descifrarlo, un tipo educado, atento, criado a las afueras de Nueva York, pero mudado a temprana edad a esta ciudad de lobos. Egresado de una de las mejores universidades del mundo, heredero absoluto de la fortuna de su padre, un distinguido caballero de la sociedad americana...de esos que prácticamente ya no existen, y aun así perdidamente enamorado de ella. —Deja caer sus codos sobre sus rodillas, ladea su torso hacia delante y bajando un grado la voz prosigue. —Ed era una especie animal no descubierta; decía querer sacarla de esas inminentes caídas que tenía cada cierto tiempo, quería arrancar de su mente esas voces que escuchaba cuando estaba sola. Esconder el alcohol que bebía hasta vomitar junto a todos esos paquetes de cigarrillos que enfermaban sus pulmones. Él quería deshacerse de toda esa pornografía que ella acumulaba, de los juguetes sexuales con los que lo provocaba, pero que no terminaba de usar; él quería sacar a Minerva de la promiscuidad, pero

no podía. Él aparentaba detestar esas etapas de Min, pero eran las que más disfrutaba, esos arranques de furia causados por sus penas que la hacían enloquecer y de los que él se beneficiaba. Esos deseos no satisfechos que ella guardaba y los que resolvía en una noche de excesos junto a él. A veces imaginó esas noche. —su mirada se pierde. —Las botellas de champagne rodeando el departamento, el ron añejo goteando sobre la alfombra perla, su ropa desgarrada cubriendo la escena del crimen, las pastillas en la barra de granito de la kitchenette, los porros sin terminar divididos en dos ceniceros, la música clásica a todo volumen, la televisión encendida e imágenes de sexo que se reproducen en la pantalla, y mientras avanzas te encuentras con los juguetes lubricados que manchan uno de los sofás que identifican el lugar, y entonces solo puedes pensar en dónde estará ella, pero como es habitual tienes que buscar los restos de cenizas que te dirigen hacia el pilar de la sordidez y mientras subes esas escaleras recién enceradas, escuchas los gemidos que acompañan la melodía del compositor; el olor a nicotina es cada vez más intenso, una copa partida en mil pedazos te recibe en la entrada del dormitorio principal, y cuando te adentras, la oscuridad empieza a invadir tu ser, las sábanas manchadas con restos de múltiples orgasmos están desordenadas sobre la cama, pero ella sigue sin aparecer y entonces te fijas a los lados y sigues encontrando pastillas; las luces del baño al interior del lugar están apagadas y no hay signos de Minerva. Vuelves a salir de ese dormitorio, en el corredor encuentras más cenizas y colas de cigarrillos, dos botellas de Dom Pérignon y una botella de vino a la mitad que debe habersele subido hasta la cabeza; hay huellas de sangre, el vidrio partido tiene que haberle hecho daño; continúas caminando y la puerta entre abierta del despacho te indica que algo ocurre allí adentro. Las luces encendidas, la energía que se desborda forma una barrera entre nosotros; ella está sobre él, le da la espalda, sus senos me miran y yo a ellos. Siento que no son míos, pero me gusta, porque sé que él no es suficiente y que más tarde es mi turno. —Su mirada se pierde, y sin pensarlo, en susurro, cierra este relato ensordecedor. —Ella estaba tan loca como una Diosa, ella estaba tan muerta como un suicida.

Bebió un trago frío de café.

—Aquella tarde entramos en la juguetería, lo primero que hizo fue agarrar una caja de caramelos y empezar a comérselos de cuatro en cuatro, saciando esos espacios en blanco de ella misma; la boca masticaba y masticaba, sin detenerse, sin respirar, ella iba primero mirando los peluches

que quería y poniéndolos todos en los brazos de Thompson. Estaba inmersa en ese universo que había creado, viviendo fuera de tiempo, a veces tan niña, jugueteando con los dedos sobre las repisas, y después tan adulta. —Hace una pequeña pausa y con cierta molestia comenta —¿sabe?, a veces la naturaleza de la vida te hace detestable.

—¿Por qué lo dice? —interrumpo de repente.

—¿Por qué quedarme callado?

—¿A qué se refiere?

—Yo no arruiné a su paciente Doc., yo no lo hice. —Kalman baja la mirada entre sus piernas, abre y junta los pies, la energía en el ambiente golpea mi cuerpo, la oscuridad de la tarde empieza a manifestarse en el salón y poco a poco las sombras del pasado comienzan a aparecer. —No sé si la amé, o solo fue un deseo; no sé si la tuve, o siempre fue un trofeo, no sé si la culpo o me miento, sin embargo, a pesar de la rabia que le tengo, no le deseo la muerte inminente, ni si quiera la vida que tiene. —Frota sus manos en el sastre. —Sepa usted que Minerva no es culpable de su locura, la vida lo es.

Un leve escalofrío recorre mi espina dorsal y hace temblar a mis extremidades, una presencia sub humana ha ingresado en el espacio y se siente casi y más que la del propio Reginald Kalman, que con esta visión de las cosas se ha consolado a sí mismo y este juicio lo ha ayudado a mantenerse cuerdo.

—Fue un genio —la sonrisa que se ha dibujado en su rostro es preocupante. —Fue realmente un genio. —Vuelve a repetir. —Y ella lo amaba por eso. —El gesto decae. —¿Sabe usted su historia?

—Niego con la cabeza y gesticulo con los labios. Sus ojos se encienden, respira hondo. —¿No sabe usted del Anticuario?

<<El Anticuario>> Ojalá fuese una obra de Bram Stoker, pero no y aunque quisiera decir que es una leyenda urbana tampoco puedo, porque aunque socialmente improbable, mis investigaciones señalan que existió y que aquel hombre todavía vive a través de los ojos de su hija; la luz que lo guió durante su tiempo en el purgatorio. Aquella mujercita que a pesar del miedo prefiere cambiar los roles y cumplir su condena por no escucharlo sufrir.

—Él la amaba Doc. —hace una pequeña pausa. Niega con la cabeza.

a medida que se deja caer nuevamente sobre el respaldar. —Estoy seguro que nunca existió amor como aquel. Era la obsesión por la vida, por un traguito de agua pura, de agua fresca, como un paisaje virgen, una melodía

jamás tocada; ella era la oportunidad de remediar su pasado, de ser uno con el universo y devolverle lo que le había quitado... —su mirada se pierde, se pierde entre las decoraciones del apartamento y entonces un aroma a chocolate envuelve el ambiente. —Él devolvió a la tierra, el alma que él había robado.

La mucama sale de la cocina con una bandeja de plata colmada de más fresas con chocolate amargo y waffles holandeses decorando los lados.

—El mundo reclamó lo que era suyo y eso lo implicaba a él o a ella..

—Muerde un pedazo de fresa y limpia sutilmente sus dientes con la lengua. —Imagine, ese hombre dio la vida por ella, ese hombre se condenó por no verla sufrir y aún así... —niega con la cabeza—, nadie lo perdonó, nadie se atrevió a adorarlo como debían y fue ella quien cargó con su cuerpo. Era ella la eterna enamorada del vestido perla, descalza, rodeada por una multitud egoísta y entonces Doc., solo yo podía armarla de nuevo; por ello me acerqué y la retiré de esa escena y no me separé de ella hasta la noche en que... —los ojos se le ponen como platos, se pierden en el brillo que ilumina el lugar, y entre dientes dice—: ya llegaremos a “esa noche” Doc. por ahora solo queda recordar su cuerpo sobre el cemento, la sangre alrededor y a esa mujercita llorando sin receso, sangrando desde lo más profundo y sosteniendo los huesos fríos entre sus brazos. —Termina de meterse una fresa a la boca y mastica con lentitud hasta deshacerla entre su lengua y el paladar.

—No comprendo.

—¿No comprende?

—No, no comprendo, ¿cómo es que usted la conoció el día en que su padre murió y ella no lo recuerda?

—Yo la conocía desde mucho antes Doc.

—¿Y la subasta?

—Ella me conoció en la subasta.

—¿Cómo?

—Así como lo oye.

—Explique.

—Calma Doc. Minerva no ocultó nada. Ella le contó hasta lo que pudo, hasta lo que su consciencia es capaz de recordar.

—¿Me explica?

—Su padre.

La expresión en mi rostro lo hace sonreír; sus ojos penetran en los míos y siento que conoce mis intenciones sin habérselas dicho, desviste a mi alma

con amargura, intentando no odiarme por amarla.

—¿Su padre?

—Usted sabe.

—¿Su padre qué?

—Por favor Doc., no me diga que no sabe.

—¿Qué?

—Su padre era el hombre del momento, en la universidad hablaban de él todo el tiempo. —Se toma un segundo, traga saliva, llama a Thompson con la mirada y pide otro cigarrillo. Lo enciende, le da la primera pitada. —Decían tantas cosas... desde una maleta hasta un auto, desde un cuchillo a un revolver, desde testigos hasta un descampado. Imagine...una muerte estridente, un romaticidio que trate de imitar, un par de copas de cava, tal vez fresas con chocolate, una mañana mirándose la cara; A veces desearía haberle quitado la vida a ella también —sonríe.

De pronto, la conversación ha tomado otro rumbo, el lugar se congela y lo ultimo que ha dicho ha despertado ese lado que Kalman intenta ocultar; Una especie de humo negro deja su cuerpo, una silueta se fusiona con la atmósfera transformada en un ser que camina hacia mí con pesadez —debo haberme vuelto loco, porque mi racionalidad no cree lo que ve. —El cuadro está paralizado y tengo miedo de eso otro que no conozco y prefiero no conocer. Se aproxima jalando de los tobillos algo parecido a dos grilletes y con la boca que no tiene hace sonidos mudos tratando de hacerse entender. Me han hablado de demonios, pero éste no es, hay cierta ternura en su alma, aunque no me deje articular palabras, ni mover un solo hueso de mi cuerpo, su presencia ha logrado paralizar el tiempo y el sentido de la conversación. Ladea su silueta adolorida hacia mí y sopla dentro de mi boca.

Un disparo, un grito ensordecedor, una casa antigua en tierra de nadie, ventanas rotas, un jardín opaco y doy el primer paso hacia aquel lugar que me atrae por razón ninguna. Entonces otro disparo, se mueve la cortina del segundo piso, hay un Volvo con las puertas abiertas y luces intermitentes encendidas. Doy dos pasos más, las flores que se encuentran cerca de mí empiezan a caerse, entonces sigo caminando y escucho otro disparo sin sentimiento, un llanto amargo proviene desde esa habitación. Empujo la puerta de la entrada; me encuentro con ropa en el suelo de madera, un reloj de acero, unos anillos y desde el tocadiscos en el recibidor se puede oír la quinta sinfonía; las pinturas barrocas penetran mi alma, siento miedo. Subo lentamente las escaleras porque mi cuerpo recibe órdenes directamente de ese

soplido helado que he recibido allá en la otra dimensión. Los escalones se estremecen y entonces unas pisadas livianas se hacen escuchar; un joven limpia un revolver con un pañuelo de seda, las lágrimas se desparraman por sus ojos, su ropa está plagada de sangre. Empieza a descender. Atraviesa mi cuerpo, guarda el arma dentro del gabán azul oscuro que lleva puesto y cae sentado en la última grada; se toma la cabeza, rompe en llanto agudo que hace temblar a mi alma: “Y si te atreves a quitarle la vida, que sea por amor y no por odio, porque cuando el amor es la razón del asesinato sabe mejor”. — Kalman en un libro que escribió, pero que guardó hasta el día de hoy.

En el piso de arriba hay botellas de tequila barato desparramadas en el suelo, maderas rotas en una esquina, la puerta abierta del clóset, una cama deshecha, casquillos regados sobre la colcha, una mesa de noche con la lámpara encendida, preservativos al costado; un hombre robusto está sentado en la esquina del dormitorio, tiene las rodillas recogidas contra el pecho y la mirada sin fondo frente a una escena que todavía no tiene mucho sentido. Hay unos cigarrillos encendidos en la repisa cerca al baño que está abierto de par en par, mientras te aproximas, el olor a hierro invade el cuarto: “La escena del crimen es un lugar sórdido en donde el sexo sabe bien”.

—Kalman en esa novela que Minerva llevaba en la cartera hasta esa noche.

Alguien más está en esa habitación, pero no con vida y sus pies salen por debajo del otro lado de la cama; la madera ha intentado cubrir a ese cuerpo culpable, las piernas abiertas, los genitales inflamados y si te agachas a verla, sus brazos buscan ayuda, pero el cobarde sin ropa solo ha atinado a llorar y a esconderse. Sus senos están mirando al piso y su espalda tiene la marca de un hombre dolido: “Para amores eternos, muertes fulminantes”. — Kalman sobre la piel de Minerva.

- Park Avenue, Park Avenue. Todas las unidades cerca. Todas las unidades cerca.

La radio policial. Nueva York a plena luz del día. Lejos, pero no tan lejos de ese pabellón en donde ha muerto alguien y el pasado ha repercutido en el futuro.

- Hombre de tez blanca yace en el suelo. Hombre de tez blanca yace en el suelo. Park Avenue, Park Avenue. Todas las unidades cerca. Todas las unidades cerca.

Esta vez los cuadros son el resto de edificios que rodean la escena, autos policiales impidiendo la entrada, una ambulancia se aproxima a lo lejos y un camión de bomberos le hace competencia. Los taxistas inmigrantes tocan los claxons, uno que otro se ha bajado a mirar, una camioneta negra que venía a toda velocidad ha sido detenida por el tráfico; los peatones hacen fotos, otros

solamente miran, alguna madre le cubre los ojos a su hijo y una mujer con un coche para bebés grita desesperadamente. El árabe que vende perros calientes en la esquina de la cuadra demuestra temor en su mirada rasgada; aquel ser venía escapando del horror, pero ha encontrado la miseria en una ciudad ajena a la sensibilidad. Es una ostentosa locura de invierno en donde los sucesos se acercan a la ficción que Hollywood aparenta crear, pero que verdaderamente existe.

La puerta de un coche se abre, me doy media vuelta, era el mismo auto negro que se había quedado detenido por culpa del interminable tumulto de autos. Unos tacones rojos tocan el suelo, ella se deja ver con el vestido perla que termina antes de la rodilla, los cabellos atados en un moño y aretes largos. Veo como alguien la sostiene del brazo y este tiene zapatos de traje negros. El joven de cabello cobrizo sostiene una pequeña bolsa de joyería celeste en la otra mano. Las bocinas de los autos continúan sonando, un policía sale de su carro para colaborar con el tránsito y permitir que empiece a fluir por el otro lado de la vía. La ambulancia por fin puede acercarse, el camión de bomberos está ubicado prácticamente detrás de ella y hace sonar su sirena para poder pasar, él le pide que vuelva a ingresar, pero ella ni se mueve. Un carro policial pide paso y en la radio vuelve a escucharse.

- Park Avenue, Park Avenue. Todas las unidades cerca, todas las unidades cerca. Hombre de tez blanca yace en el suelo, hombre de tez blanca yace en el suelo.

La chica arranca los zapatos de sus pies y empieza a correr, es como si el mundo se fragmentara frente a sus ojos; su mirada se pierde en el charco de sangre que rodea al cuerpo del que solo se ve parte del brazo, un reloj de acero con los vidrios descuartizados y unos lentes de botella.

Amor mío,

Si estás leyendo esta carta es porque pasé a la cárcel de un infierno que no perdona. Porque a pesar de las promesas que te hice no pude lograr convencer al jurado de mantenerme con vida.

Hoy es un día en donde el sol resplandece, pero aún corre viento y se aproxima una fuerte nevada. Es una especie de estación mezclada, casi como tú...seguramente las lágrimas les ganan a tus ojos y se desparraman con desenfreno por esos pómulos que heredaste de tu madre. También sé, que tu pecho se ha contraído y no ha dejado ingresar el oxígeno que te mantiene con vida...pero calma, esto es un suceso más de los que la vida goza de otorgar, una pausa a la alegría y sazón para el artista. Recuerda: "la muerte es una desdicha maravillosa que siempre sirve para fabricar algo bueno".

Pequeña mía, perdona a mi ser que no entiendo de sentimientos, perdona a esa mente corrompida por eventos desafortunados y olvida eso que mi corazón no te pudo dar; perdona a tu padre hija mía que no fue hecho para ser tuyo en esta vida. Es probable que el viento agite esos cabellos negros que cubren tu rostro adolorido, y temo que tus rodillas estén ensangrentadas por el golpe que han tenido al tocar el cemento. Seguramente tus manos están manchadas de sangre por culpa de ese cráneo roto que ha fallecido al estrellarse contra el suelo, y el vestido perla que compré de regalo por tu aniversario con Ed ha perdido su color original. Descuida, no te molestes, tu madre comprará otro y volverás a sonreír de nuevo.

Alma mía, el mundo no es tan bueno como los cuentos de hadas, sin embargo, no es tan malo como las pesadillas; así es que, respira, sobrevivirás a mi muerte y pronto la olvidarás. El olvido es nuestro mejor aliado ante el suicidio inevitable, así es que olvida para que no me vuelvas a ver nunca más... No quiero que cargues con estas heridas que a ti no te pertenecen. Deja pequeña, deja, no lles más esta cruz que no te mereces, aléjate vida mía de esos que no te aman con la locura que lo hago yo y hazte de aquellos que den la vida por ti, porque mi mujercita, no hay alma más pura que la tuya y si no las sabes complementar la terminaran ensuciando. No llores amor mío que me retuerzo al verte sollozar.

Vuelve a casa Minerva, este no es tu lugar, y recuerda siempre que este suicida te amaba, y nunca te dejará.

Un abrazo a la distancia para la reina del panal de abejas... Abejita linda, amor eterno.

te amo a la distancia.

tu muerto.

Papá.

Sus rodillas han crujido en la pista que acaba de llevarse parte de su ADN. Se arrastra en el suelo hasta llegar ante ese cuerpo inerte que está bañado en sangre. Sus lágrimas caen desenfrenadamente por las mejillas, y entonces intenta tocar con la yema de sus dedos un poco de ese hombre que no quiere despertar, y al momento en que sus dedos rozan su piel, los vellos se le erizan y se queda observándolo.

La gente alrededor está en silencio. Nueva York queda paralizado por un segundo. El sol empieza a descender, el viento sopla, la nieve llega, y aquella mujercita empieza a perder color; veo como se desplaza con dificultad hasta el pecho aún cubierto por la camisa blanca del muerto mientras sostiene entre sus dedos partes de ese pedazo de algodón, sus esfuerzos son tales que empieza a romper los botones mientras se sigue aproximando y cuando llega a sentirlo, se deja caer por completo sobre ese cemento que ambos han utilizado como colchón.

—¿Entiende usted lo que intento explicarle? —Sobre el cenicero hay unas cinco colillas de cigarrillos.

—Entiendo —respondo casi por compromiso, suspirando tratando de reubicarme en entre el espacio y tiempo que estos personajes están acostumbrados a mutar.

—Bien.

Las cortinas vuelven a abrirse, la función parece haber terminado, la noche ha caído y la ciudad se ha encendido como una antorcha.

—Ella lo amaba... —digo en susurro.

—¿Perdón? —quita la mirada de su cuadro nocturno y la pone nuevamente sobre mí.

—Ella lo amaba a pesar de todo... —repito.

—Lo amaba más de lo que se amaba a ella misma Doc.

—¿Pero y él?

—Él había perdido la cabeza. Sin embargo, lo que él sentía le desbordaba el alma, y eso querido amigo, no puede ser cualquier cosa.

—Kalman.

—¿Sí?

—Usted y ella... —tomo un respiro—. ¿Por qué lo hizo?

—Ya llegaremos a ese momento Doc. —se ladea hacia delante y con las manos en las rodillas se pone de pie. —Ahora será mejor que descase. —Camina hacia el pasadizo. —Vaya a casa Doc., encuentre consuelo entre las sábanas, tome una copa de cava en la madrugada, fume un cigarro y vuelva a dormir que mañana será otro día.

XII

Dios dame mente para seguir escribiendo esta historia. He llegado a casa y todavía estoy intentando descifrar como lo he hecho. Mis piernas dejaron de recibir órdenes de mi cerebro que empieza a enfermar, mis dedos de las manos no consiguen escribir nada de lo que me han contado y pronto mis ojos empiezan a expectorar sentimientos acumulados. Pobre de mí que terminaré muriendo a causa de estos eventos relacionados a ella, la oscuridad no puede ser más grande y absoluta que esto. No puede existir más fondo en este universo, y cómo no suicidarse con ello, si es demasiado líquido oleoso en una botella diminuta.

Me he tumbado en el sofá de la sala donde recibí la llamada de Thompson. Enciendo la tele para despejar mis ideas, quiero atiborrarme de banalidades, quiero deshacerme en una taza de café caliente, quiero salir sin heridas de este accidente morfológico del que no había tomado consciencia. Enciendo la calefacción del apartamento, el calor se esparce por cada rincón, y es en estos momentos en donde debería contarle a mi mujer (que no tengo) sobre mi día, lo difícil que ha sido, lo cansado que me siento y de las ganas que tengo de un caldo de pollo caliente como los que prepara ella; probablemente me daría un beso, se acercaría al refrigerador, y marcaría en su teléfono el número del restaurante chino de la esquina que prepara de las mejores sopas y una vez más me engañaría qué es hecho por ella, sin embargo, esto no puede ser posible, porque ella no existe. Lucho por unos minutos contra el sueño inminente, la realidad que conozco se fragmenta delante de mí, los colores de cada objeto empiezan a derretirse, y entretanto los estantes se vuelven uno con los pisos, mi cabeza empieza a dar giros de trescientos sesenta grados, una y otra vez, y voy perdiendo lo último de cordura que me queda.

“Y cuando los locos te persigan, piérdete con ellos”. —Es simplemente una frase que viene a mi mente, una que me transporta dentro de un pasadizo de luces psicodélicas, y entonces ella me mira, con esos párpados encapotados, con la imperfección en sus dientes. Está bailando con una melodía arcaica, una música de tambores indios; modela su vestido de seda perla, sus senos ligeramente caídos se mueven al compás de sus pies con uñas rojas, y sus cabellos están peinados; los brazos sobre su cabeza reclaman

atención, y ves como poco a poco se va alejando de mí. Camina hacia un laberinto de colores estridentes, el volumen de la música va subiendo, y su vestimenta empieza a mancharse con gotas de pintura que caen del techo, o con el mismo techo en forma de témperas que ensucian su ropa, y ésta se va deshaciendo con cada mancha que penetra en ella. La mujercita me sonrío, con la boca cerrada y cómplice de mi existencia. De pronto, se mete una mano en el corazón, atraviesa ese cuerpo que se evapora con ayuda del químico que la baña, y con cierta dulzura en su expresión, tira la cabeza hacia atrás como si de un orgasmo de tratara y mueve con habilidad sus dedos, abre la boca de par en par, produce sonidos que son cubiertos por la melodía que aumenta cada vez más, sus caderas se ladean y ella se apodera del cuadro. Vuelve la mirada hacia mí, penetra en mis ojos, recorre con su energía cada parte de la mía, y con fuerza tira de su brazo, un extracto de papel sale de ella, y extiende el brazo hacia mí.

Duerma tranquilo que yo lo cuido. Duerma tranquilo que las pinturas se desparraman lentamente, y el mundo por fin parece tener sentido. Acuérdate. Acuérdate que no hay nada más horrible que el miedo. No lo tenga, no es tan mala la muerte, después de todo. Sueñe, sueñe tanto como pueda porque mañana puede ser el día que no despierte más. Ámeme, ámeme mucho, porque nunca nadie me amó realmente y escuche, escuche esa melodía que lo acompaña en esta noche de infiernos en invierno.

Imagine lo que cuesta escribir una carta cuando estás muerto.

No deja de bailar un segundo, no importa que las sombras ya la hayan alcanzado; sus pisadas cada vez se hacen más fuertes y el líquido cremoso que cae mientras el techo de ese pabellón sin salida se desmorona empieza a devorársela sin piedad. De pronto, solo quedan parte de fotografías de la bailarina frente a mí, y luego ya no queda nada, las cenizas caen sobre el condensado suelo y como en una licuadora empieza a mezclarse todo.

Sabes que estás locamente perdido, cuando ni en tus sueños te deja.

Me he levantado al lado de una mancha enorme de saliva que ha dejado marcado el mueble que me sirvió de cobijo la noche anterior. El televisor sigue reproduciendo imágenes faranduleras de mujeres con tetas grandes y maquillaje florar. Me pongo de pie, me ladeo hacia la mesa de centro, tomo el control entre mis dedos que han vuelto a recuperar sus fuerzas y dejo al sonido morir para por fin poder lidiar conmigo mismo. Camino hasta la cocina por un café cargado, las luces están encendidas, y de repente hay dos copas de cava sobre la barra, tabletas de chocolate amargo, un par de marcas

de zapatos en el suelo y .

—Buen día. —Me dice el loco escritor que está frente a mí. —No he querido levantarlo, pero necesitaba un poco de alcohol para resistir a la mañana. —Hace un ademán con la copa en mano y toma un sorbo. —Veo que se ha recuperado muy bien. Ha sido una noche difícil, pero tengo ganas de contarle lo que sigue. —Vuelve a tomar otro poco. —Va a disfrutarlo.

Se va caminando hacia la sala en donde estuve acostado y toma asiento sobre uno de los sillones que conforman parte de la media luna que familiariza el lugar. Agarro, como por obligación la otra copa de cava y camino con cierto recelo hacia al hombre que me acompaña esta mañana.

—No se sorprenda, Thompson lo ha dejado aquí anoche, así es que me he tomado la libertad de conocer donde vivía, es simple reciprocidad. —Está cruzado de piernas ojeando una revista que ha encontrado.

—¿Quién lo ha dejado entrar?

—Usted. —responde a medida que la bebida burbujeante entra por su boca.

—¿Disculpe? —Junto las manos y apoyo los codos sobre mis muslos.

—Me acordaría de algo como aquello.

—Lo ha hecho.

—Dudo.

—No tengo por qué explicarle como he ingresado, usted me lo ha permitido. —Mete la mano en uno de sus bolsillos. Los choques de unos metales generan un sonido familiar, extrae un par de llaves y las lanza sobre la mesa. —Escoja, una debe ser suya. —Claramente puedes darte cuenta del llavero con adornos neoyorquinos que resalta en medio de los otros pedazos de metal.

—¿Qué le sucede?

—De nada.

—¿Qué?

—De nada —cierra la revista. —He encontrado su llave, mejor dicho, Thompson lo ha hecho y le ha salvado, le ha salvado de poder haber sido asaltado. —Deja a un lado la copa de cava. —Es un hombre afortunado, ojalá no se le acabe la fortuna nunca.

—Parece disfrutar eso último que ha dicho, como si deseara lo contrario.

—Tiene que ser una broma.

—Tendría que estarme riendo.

—Oiga.

—¿Sí?

—No puede hacer este tipo de cosas, no puede simplemente traspasar cualquier barrera como si la vida le perteneciera, usted tiene que dejar de creerse el dueño de todo. —Las palabras han escapado de mi boca, mis labios empiezan a temblar después de la pérdida de conocimiento que he tenido, pude haber lanzado mi trabajo a la borda, la novela podría tener fin ahora...y entonces Kalman.

—Salimos de la tienda. Ella llevaba bolsas de regalo repletas de juguetes innecesarios, dulces de colores y disfraces de niños que no podría usar.

Se recostó sobre mi pecho durante el camino de vuelta a casa. Se aferró a mi brazo y se quedó dormida. No hubo mucho tránsito, pero aproveché esos minutos en donde había perdido lo fantasmal y había recuperado lo humana para contemplarla. Los jeans chorreados por su cadera, un espacio entre la tela y la piel descubrían sus bragas rosas, la delgada blusa traslucía sus senos, que por la gravedad miraban hacía el suelo; tenía el cuello doblado, y los labios entre abiertos, las delgadas mejillas resaltaban sus pómulos bronceados, mientras que sus cejas marrones enmarcaban esa obra de arte que yo veneraba. Aquella mujercita y las cicatrices invisibles en su alma se habían vuelto mi cuadro favorito para observar y mientras su historia competía con grandes como Picasso o Klint, siempre la elegiría a ella.

El auto se estacionó debajo del edificio; la tomé entre mis brazos, esperé a que Thompson me abriera la puerta y la llevé cargada hasta el piso en donde nos escondíamos. Juro que a veces me arrepentía de no haberla conocido antes. Añoraba tener unos años menos, ella unos más, de amarla incluso antes que Ed, sin embargo, tenía que contentarme con poder ponerla en la cama a dormir, sacarle los zapatos, desabrocharle el pantalón, retirar su blusa y vestirla con algún pijama mío. Esa noche me recosté al lado de ella y dejé que durmiera; rodeada de regalos y yo admirándola desde el otro lado de la cama, escribiéndola en mis memorias, plasmándola en letras y viéndola en librerías. Esa madrugada ella se volvió una de mis pinturas y lamento que eso haya sucedido, lamento haberla convertido en un libro mío, lamento realmente no tenerla conmigo... sin embargo, debo asumir la culpa; porque el día en que escribí la primera frase sobre Minerva, sobre nosotros, se acabó el futuro que pudimos haber tenido. No hay nada peor que hacer inmortal a alguien con quien no quieres un final, porque las mejores novelas no terminan bien, así es que, desde ese día, supe que lo nuestro sería el mejor romanticidio que había existido en siglos. Aquel día, yo le di la bienvenida a

mi mundo.

—Oye, oye, oye. —Me besaba por todos lados mientras me obligaba a levantarme. —Despierta, despierta, se acabó el sueño.

—¿Qué sueño? —con los ojos entre abiertos me fijé en el reloj sobre la mesa de noche: tres y media a.m. —vuelve a dormir.

—No quiero... —se puso encima de mí y dejó caer su mejilla sobre mi espalda; sus cabellos despeinados me hacían cosquillas. —Hagamos algo; vayamos por unos perros calientes.

—Mañana —volví a cerrar los ojos.

—Ahora. —Jugueteaba con sus dedos sobre mi espalda, recorría cada parte con sus yemas, luego alzaba el elástico de los shorts y acariciaba suavemente manipulando mis sentidos, para así, obligarme a levantar y quererla abrir en dos con ayuda de mis genitales.

—No me tientes Minerva.

—No lo hago.

—Basta.

—¿Por qué? —Paró de moverse y se quedó estática. —Vamos por esos perros calientes —susurró en mi oreja y deslizó la punta de su lengua por el cartílago. —Vamos por esos perros calientes y luego tengamos sexomurmuró.

Se apresuró en levantarse de la cama, tomó sus jeans que estaban doblados sobre una de las repisas del Walk in clóset y se los colocó. La observe entre pestañeos, hasta que ella volvió la mirada hacia mí.

—Estás despierto, ya te vi —se quita el camisón y deja sus senos al aire. Se acerca hacia la cama y se pone en cuclillas. —Vamos Reg., no arruines la noche. —Me da un beso en la mejilla, y se da media vuelta para seguir vistiéndose.

Observo como se ladea de puntitas, al compás de una música que no existe, alza sus brazos y como sabe muy bien que la estoy mirando me provoca con sus pezones en punta que la identifican.

—Me gustaría que mis tetas fueran así. —Lleva ambas manos sobre ellas y las coloca hacia arriba. —Parecen bolsas de agua que están muy pesadas, tienen la forma de una lagrima. —Se pone pensativa, la alegría la ha abandonado y pronto siente vergüenza —capaz dejaron de sentirse bien... así como yo.

Se sienta al lado de los cajones, apoya su cabeza fuertemente contra la madera. Las ganas de dormir se han ido, no quiero verla llorar.

—¡Ay Minerva! ¡Me traes loco Minerva! —exclamó al momento en que me pongo de pie.

La mujercita apenas me mira, está enfocada en la carne que conforma su busto.

—Debería ponerme siliconas. Quiero ser como esas modelos de revista, quiero tener pechos grandes, no quiero estos. —Las mira con cierta repulsión y las mueve como gelatinas.

—A mí me gustan esos —tomo asiento frente a ella. —Son tuyos... y eso los hace bellos.

—No seas cursi. —Continúa mirándolos —sé que desearías que estuvieran bien sujetos, así cómo se ven cuando me pongo el sostén.

—Me gustan así, tuyos. —Me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla. —Porque son tuyos y nadie más los tiene igual. —Empiezo a besar su cuello, desciendo por sus pechos y me centro en ellos; sus pezones nuevamente alerta, se hacen más hermosos porque les falta amor y entonces, ella empieza a reírse.

—¡Mentiras! —intenta escaparse de mí, pero no lo consigue.

—Me encantan así.

Su cuerpo se va dejando caer sobre la alfombra, su cabeza pronto toca el suelo y estoy prácticamente sobre ella

—Son tuyos y eso me basta.

Recorro la areola derecha con el labio inferior, hago que se estremezca, mi lengua hace su trabajo y siento como sus genitales se estrujan de ganas; se sostiene de uno de los muebles que está detrás de ella y succiono lo que es mío por derecho. Siento como si volviera a la infancia, el biberón, el chupón, el seno de mi madre y el sabor de la leche que se pierde entre el paladar y la lengua. Los gemidos contenidos empiezan a escucharse. Muerdo, muerdo sin hacer daño, pero buscando ese punto que la haga venir; siento, siento cada comisura que conforma al círculo alrededor del pezón y con mis labios húmedos me encargo de estremecer su piel. De pronto toma mi cabeza con ambas manos y la empuja hacia abajo. Paso al siguiente lado, y es como si ya estuviera preparado, vuelvo a empezar, mis labios humedecidos están deseosos por un poco más de ella. Manipulo el otro que ha quedado solitario y sigue requiriendo de mí. Arquea el cuello, me envuelve con las piernas y presiona mi sexo contra el suyo, sus dedos del pie tocan mis pantorrillas. Minerva no se resiste más y gime desde lo más profundo.

Nos detenemos, nos quedamos en esa posición por unos minutos, ella

acaricia mi pelo con sus manos, apoyo mi cabeza sobre su estómago, escuchó los sonidos de sus órganos en el interior.

—¿Sabes?

—¿Qué?

—No concibo aún la idea de tenerte conmigo. —Enrula mis cabellos en su índice. Re acomoda algunos detrás de las orejas —¿Cómo es que alguien puede unir las piezas de otro tan fácilmente. —acaricia con ambas manos mi cuello, presiona con los pulgares los omoplatos. —¿Cómo es posible que quiera gritarle al mundo que lo quiero y apenas lo conozco.

Durante una declaración de amor como está, nadie puede ser infiel a su verdadero yo. Porque es aquí donde el alma no puede negarse ante la pureza de otro ser humano igual que tú, uno de esos que no anda con tanta facha y se muestra tal cual es. Es entonces cuando eres capaz de convertirte en héroe por hacer sonreír un corazón.

—Siempre hace falta estrellarnos contra el mundo para poder ver a las estrellas brillar. —Giro la cabeza y beso su ombligo, levanto la mirada hacia ella. —Te hizo falta quedarte verdaderamente sola para encontrarte conmigo. —Me levanto con ayuda de mis brazos. —Y créeme pequeña; La soledad tiene sus ventajas. Descuelgo una camisa blanca, saco unos pantalones y me preparo para cumplir con lo mandados que hasta ahora no han sido resueltos y que estoy seguro Minerva aún quería cumplir. Ella también se pone de pie, coloca la blusa que utilizó en la tarde, y envuelve a sus cabellos en un moño desordenado.

—Hay que aprender a vivir en soledad, pero nunca acostumbrarse querido Kalman, sino dejaremos de querer compañía real y no hay peor error que alejar al humano que hay en ti.

Recoge sus zapatos que están debajo de la cama y empieza a descender por las escaleras.

Desde esa noche comprendí que es mejor no precipitarse, no se debe escribir sobre el futuro antes de que suceda, no puedes pronosticar lo que vendrá, porque si tan solo lo piensas, el universo comanda y el pensamiento se vuelve una realidad. Por ello, considere lo que quiere en la vida antes de escribir lo que sea; y si bien los amores que nos rompen el corazón nos sirven para inmortalizarlos sobre papel, es mejor dejar que el tiempo pase, darnos cuenta que no volverá, para luego poder escribir sobre ellos.

—Se arrepintió —afirmo.

—Lo hice —la mirada perdida sobre mi hombro genera una sensación

de aislamiento —pero ya era muy tarde, había empezado una novela que no tenía vuelta atrás.

—¿Pero por qué no re escribir esa historia.

—No existe atracción sin perversidad. No existe pasión sin dinero. No podía decirle que no a la publicación del siglo... —toma un respiro ahogado. —La hija del anticuario querido amigo, ella era la hija del anticuario y aunque el sentimiento me jugara en contra, no podía fallarle a mi universo y eran las letras que me pedían que relate la otra parte del cuento.

—Pero, ¿y ella?

—Seguiría siendo ella.

—Pero la quebró.

—Ella ya estaba quebrada Doc., y no tenía reparo.

—Un poco de amor tal vez.

—No —niega con la cabeza. —Ella ya había enloquecido. Yo solo retrasé el proceso. —Termina de beber la copa con champán.

—Usted la terminó de enloquecer.

—¿Y por qué no puede ser al revés?

—Porque usted llevaba las riendas.

—Se equivoca.

—Basta de tanto cinismo, de tanta basura que escupen sus labios, basta de negarse ante la única verdad. Entienda Kalman, no estoy jugando el mismo juego que ella, yo no quiero vivir entre mentiras.

Niega con la cabeza, sonrío, vuelve a inhalar y se pone de pie. Camina hasta la cocina y me deja a esperándolo como un animal amaestrado. Trae la botella de cava que acaba de sacar del refrigerador, vuelve a descorcharla y se sirve más, esta vez no me ofrece. Toma asiento nuevamente.

—¿Cómo puede querer liberarse de la mentira si me conoció gracias a una? ¿Cómo puede querer escribir sobre una vida cuando no tiene idea de lo que es una? Fíjese con atención cada paso que da querido amigo, a veces el infierno no parece tan cercano, pero está más cerca de lo que parece. —Se bebe de un porrazo lo que se ha servido. —Y no olvide, Kalman no volvió loca a su paciente, porque si así lo cree, entonces estará cometiendo un grave error.

Se ha llamado así mismo por su apellido. Un espasmo recorre mi espina dorsal, hace vibrar a mis huesos, y un nudo en la garganta no me permite articular palabra alguna.

—Usted no entiende de amores Doc., usted no sabe lo que significa estar

enamorado. —Agarra la botella de champán que había dejado en el suelo y vuelve a servirse otro poco. —Si fuera sencillo, si tan solo fuera simple amar... —bebe, con los labios temblorosos, de ese licor que lleva calmando a su mente durante años. —El mundo disfrutaría de un placer inimaginable, los corazones rotos volverían a estar completos, la literatura se habría extinto y el escritor muerto.

—¿Se enamoró de ella, verdad Kalman?

—No se apresure Doc., no hemos llegado a esa parte todavía. —El líquido rosado toca el fondo de la copa y la botella empieza a quedarse sin suministro; sé que pronto tendremos que salir a conseguir más. —Esa noche no durmió conmigo —su mirada se pierde y pronto sus sentidos decaen. — Esa noche ella durmió con alguien más.

Después de hablarme de amores y eterna soledad, me pidió volver a casa, así es que acote sus órdenes; me comuniqué con Thompson y comandé que la llevase a donde ella pedía ir. Se despidió con un beso agridulce en la puerta del edificio, soltó mi mano y sonrió. El resplandor en sus ojos café mostraba un pasadizo de luces estridentes y entonces ella bailaba en medio, aquella imagen me provocaba náuseas, un líquido cremoso como la sangre se desprendía del techo y deshacía su cuerpo.

—El sueño... —interrumpo en susurro.

—¿Qué sueño.

—Un sueño.

—¿Cuál sueño.

—Luces psicodélicas en un corredor sin fondo, pintura densa que cae sobre ella, la masturbación de su corazón frente a mis ojos, la fotografía que se mueve como una balsa sobre olas y la música conformada por una mixtura de cánticos arcaicos. —solo cuando no puedas dejarla ni en sueños, sabrás que estás perdidamente loco por ella...

Es como si Reg. pudiera ver dentro de mí. Se sirve el último trago que queda en la botella y observa como las burbujas se sientan al final de la copa; aparentemente el frío lo ha perdido, pero el sabor intenso del Moet & Chandon Brut lo ayuda a sobrevivir ante la dosis exuberante de pasado.

—Se fue con él...y fue como si lo presenciara en carne propia. —coloca ambos codos sobre sus muslos, cruza los dedos, y apoya su mentón sobre ellos. —Pero por favor, no quiero aburrirlo con supuestos, usted debe conocer de aquel día mejor que yo.

—Pienso que Reginald Kalman podía hablar con la mirada, sus palabras

realmente valían nada para lo que decían sus ojos. Así es que, por obra de ellos, decidí contar lo que sabía y con cierto temor empecé.

—Lo vio a él, de eso no se equivoca. Entró en ese apartamento que ella había convertido en suyo. Subió las escaleras, y buscó la habitación donde volvía a ser Min. Se escabulló entre las sábanas que cubrían al joven de cabello cobrizo que dormía en pijamas de rayas celestes. —La imagen invade mis pensamientos..

—Se echó sobre él, de la misma forma en la que lo hizo con usted, apoyó su mejilla sobre la espalda y jugueteó con sus uñas debajo del algodón que lo cubría.

Lo acarició suavemente con la yema de sus dedos, su piel era suave casi como terciopelo y le recordaba a un bebé recién nacido

—Te amo. —susurró en su oído.

Metió sus manos dentro de los pantalones a rayas, llevó ambas delante, y jugueteó con los genitales del chico.

—Min... —dijo entre dientes.

—Voltéate —le pidió ella entretanto sentía placer con hacerlo erizar. —Vamos —dijo jadeando, pegando su sexo contra los glúteos de él.

—Min... —volvió a repetir. —Tengo que entregar un proyecto mañana, no puedo hacer esto —continuó un tanto más despierto.

—Eddie... —Llevó las manos a su espalda, se acercó nuevamente a su oído. —Si pudiera metértelo lo haría, lo haría tantas veces que sangrarías más que yo.

En aquel momento Ed. se dio media vuelta y la tumbó al otro lado. Sus brazos la acorralaban, pegó su frente contra la de ella y dejó un espacio entre sus bocas.

—¿Dime cómo hago para no desearte más?

—¿Por qué me pides que te enseñe algo que no vas a poder cumplir? —sonrió, con esa sonrisa tentadora que la caracteriza.

Alzó la cabeza para poder besarlo, sus lenguas se entrecruzaron. Juntó sus genitales con los suyos, sintió cada singularidad de ellos y le bajó los pantalones con ayuda de los pies. Sus manos se encargaron de los jeans, mientras él resistía su peso sobre los brazos para no perder de vista los labios carnosos de la mujercita.

Aquella madrugada dejó ingresar al miembro de Ed en el suyo, y sintió como atravesaba su cuerpo como una flecha. Abrió sus piernas aún más y dejó que entrase hasta donde nadie lo había hecho aún, a ella le gustaba que

él sea el primero, el primero para todo. Retira su genital lentamente, deseando venirse en ella, pero aguanta hasta el segundo menos esperado.

—¿Puedo? —Toma sus piernas con ambas manos y lleva su rostro cerca de la entrada de la vagina de la Diosa, recorre con la nariz los labios externos y poco a poco va arrastrando su boca más cerca. —Podría vivir de ti. —Lleva las manos próximas a sus glúteos y desliza la lengua hasta lo más profundo que el universo le permite y como un habilidoso maestro, pide permiso a ese útero adolorido por las corrompidas actitudes que ha venido sobreviviendo. Ella gime, gime tanto que se moja desconsoladamente y lo moja a él también, jadea sin fuerzas y su vagina empieza a responder sin necesidad de su dueña. Cierra los ojos, se lleva los brazos por detrás de la cabeza y se sostiene del respaldar de la cama, arquea su espalda y siente como la tensión se libera a través del sexo. Sin embargo, mientras las últimas arcadas del orgasmo se dejan ir, la muerte invade su vida, y el charco de sangre vuelve a aparecer, el cuerpo sobre el cemento y pronto Minerva se cierra ante la posibilidad de seguir siendo amada, cubre con sus manos su rostro y rompe en llanto, junta sus piernas y apoya su peso sobre un único hombro. Ed la mira, aún más acongojado que usted y yo. Puedo verlo, sus ojos, las mejillas pálidas, las pecas ensombrecidas, los labios entre abiertos, el sabor de ella en ellos. Su corazón se estruja. Se echa a su lado y la sostiene, la ama, la envuelve con su cuerpo e intenta regalarle el alma para no verla sufrir más y entonces el amor del que ella no conoce se hace presente, en esa media luna que han formado. Él sabía darle lo que ella tanto buscaba y le faltaba, pero su humanidad estaba demasiado corrompida para poder verlo, por eso lo encontró a usted, porque su energía vibró con una como la suya, una en donde solo existe usted y nadie más que usted.

—Habla como si lo conociera. —Sostiene la botella vacía de licor en su mano, sirve lo que no hay en la copa.

—Desearía poder hacerlo, sin embargo, no creo que aquel jovencito siga con vida. No él, capaz otro, pero no él, porque ella mató su esencia el día en que todo acabó. —Thomas Reginald Kalman se conecta conmigo por una extraña vibración de tiempos, por fluidos que no son nuestros, pero que creemos compartir.

XIV

Hemos salido en busca de alimento para mantenernos en pie. Caminamos en silencio por las calles iluminadas de una ciudad que nunca duerme. Puedes ver a los turistas con las cámaras, las excéntricas tiendas, el negocio de la vida y todo lo que uno puede imaginar está en Nueva York. Saca de su bolsillo oculto una cajetilla de cigarrillos y un encendedor tatuado con sus iniciales.

—Lo magnífico solo les sucede a aquellos que pueden contarlo. —dice entretanto saca un pitillo y lo enciende. —Siéntase afortunado amigo mío, esto de lo que usted va a escribir no va a ser un simple sin sabor, esto de lo que la gente va a leer va a trastocar las almas, y quizás, solo quizás hayamos revolucionado a la sociedad.

“No es necesario viajar para escapar de la realidad, a veces solo basta estar con la persona correcta “. —Kalman en una novela que está escribiendo.

—Me gusta Nueva York —sigue fumando. —Es de esas ciudades en donde tienes que vivir para detestar lo suficiente a la humanidad, es de esos lugares en donde si mueres no te recordarán, y en donde no debes llorar porque las luces no te dejarán. Seguimos deambulando.

—Me gusta Nueva York porque se parece a ella. —Traga saliva y lanza en pitillo sobre la cera, lo pisa y continúa. —Cuénteme Doc., cuénteme sobre él y ella.

Verlo tan ansioso por conocer la verdad, dejaba abierta la posibilidad de que una parte de él quería reivindicarse con la vida. Posiblemente los años no le alcanzarán para ello y tendría que reencarnarse algunas veces más, no obstante, si él deseaba acercarse a la verdad, yo estaba dispuesto a contársela. Si bien la verdad no es siempre como la mentira porque trae más dolor que el engaño, es necesaria para seguir humano.

—¿Qué quiere saber?

—Todo.

—Todo no es suficiente.

—Quiero saber que sentía ella cuando estaba con él, quiero saber quién era ella lejos de mí, quiero entender si fui yo quien terminó de matarla.

—Kalman... ella siempre amará aquello de usted que le devolvió la

vida. No puede negárselo a sí mismo, lo destruirá —hice una pequeña pausa. —Si usted quiere yo le cuento de ella y él, pero quiero que usted termine de contarme de usted y ella. —Saca otro cigarrillo, lo lleva entre sus labios y con éste en la boca, dice.

—La mañana siguiente volví a casa. —Enciende el pucho. —El ascensor se abrió y lo primero que vi fue la mesa del recibidor. Los tulipanes en un jarrón de vidrio, el olor a panadería que se esparcía por el interior, las velas de adorno; me quité los zapatos y los dejé en la entrada; los muebles habían sido renovados, la sala de repente daba la sensación de guardado. Seguí caminando, el comedor había sido remplazado por una mesa barroca con pintura descascarada, las seis sillas que lo acompañaban ya no estaban. La puerta de la cocina entre abierta: se veían las vajillas sucias, botellas vacías sobre el granito, el piso sin barrer y las chicas de la limpieza conversando mientras comían de los postres que seguramente mi mujer había mandado a preparar. Me quedaron viendo, una se agachó, la otra se levantó y de repente se dispersaron en el ambiente. Las escaleras de madera manchadas con pintura blanca, un pintor repasando las esquinas de la casa, empecé a subir por ese caracol que desembocaba en un pasadizo que conllevaba a la habitación. El chofer estaba esperando en la pequeña sala de reposo en el segundo piso, el hombre parecía caerse de sueño, me saludó con un gesto y yo simplemente seguí avanzando; los tacones aguja retumbaban contra el piso enfermo por ese sonido y su voz chirriante combinaba con las cerraduras de las puertas.

No sé si era el hecho de estar atado a alguien para la eternidad o el aburrimiento que había atestado a mis sentidos, pero volver a ese hoyo era suprimir al artista en mí. Las palabras se encapsulaban, los libros se apolillaban y la sensatez me convertía en uno de ellos. Llegué a mi habitación, la tele encendida, el olor a perfume de caramelo impregnado en el ambiente, zapatos regados alrededor de la cama, vestidos en los sillones, neceseres de cosméticos yacían sobre las colchas y la puerta del walk in closet que había mandando a hacer especialmente para ella estaba abierta.

—¿Vas a salir? —le pregunte.

—¿Tom?

—¿Vas a salir? —dejé sus maquillajes sobre el tocador, me desabroché la camisa y busqué en aquel desorden algo mío.

—¿A qué hora has llegado?

—¿Vas a salir? —volví a preguntar mientras mi pantalón caía por mis

piernas.

—Te hemos guardado comida por si tenías hambre.

—Ya comí.

—¿Dónde has estado?

—¿A dónde iras?

—Es el cumpleaños de Vic.

—¿Hoy? —me recuesto sobre la colcha.

—Sí.

—¿Irás? —volteo la cara hacia la almohada y pretendo morir ahogado.

—Iremos.

Mi mujer sale echándose rubor en el rostro. Tiene los cabellos dorados atados en un moño, las uñas brillando por el color que ha elegido, lleva un vestido que le cubre las rodillas y tacones negros que dejan ver la frase que lleva tatuada desde que empezamos a salir, una que encontró en el único libro mío que leyó:” Te vi y te amé, por el simple hecho de ser”. Voy a abstenerme de mentir y voy a contarle que esa frase no fue inspirada en ella y la verdad sería, que no recuerdo en quien pensé cuando la escribí.

—Te alisté la ropa. —Vuelve a meterse entre las perchas. —Me gustó ésta. —Vuelve hacia donde estoy y deja un terno negro, camisa blanca y corbata guinda a mi lado. —Vas a combinar con tu hermano. Me gusta cuando los dos se visten parecido. —Se acerca a la repisa en donde guarda sus joyas, saca unos aretes de oro y se los empieza a enganchar, ¿acaso Min usa aretes?, en ese momento mi mente divaga y vuelvo a estar en ese apartamento con ella. —Vic dice que tienen un parecido a los gemelos Kray. —Mi mujer y mi sobrina no pueden haber estado hablando más seguido. Si bien es verdad que un cumplido como tal no se lo dan a cualquiera, y posiblemente a mí me enorgullece más que a mi hermano, ya que dentro de mí hay un hombre a quien le hubiese gustado ser parte de esa banda, también sé, que ser uno de los Kray no me hace el mejor entre otros.

—¿Compraste lo que querías?

—Sí.

—¿Por qué no me avisaste antes?

—Porque tu teléfono lo lleva ese guardaespaldas tuyo.

—Thompson. Paul Thompson —le digo con cierta molestia.

—Bueno...aquel. —Termina de colocarse el pendiente y toma de la cama un bolso en forma de sobre que llevará. —Aquel hombre me dijo que estabas ocupado, que no volverías en un par de días, que habías vuelto a

zambullirte en esa novela que llevas tiempo sin conseguir acabar —acomoda el chal sobre sus hombros. —No volví a comunicarme desde entonces, pensé que no querrías saber de mí. —Sale de la habitación y el chofer que la espera se pone de pie. Escucho las llaves del Mercedes que antes era mío y a sus tacones descender por las escaleras.

Me levanto de la cama. Lo hago solo porque de Victoria se trata. Tomo en cuenta ese traje que ha escogido, lo vuelvo a dejar en la cama y me meto en la ducha. Soy de esas personas que cuando se duchan sienten que el día aún tiene chance de mejorar, que utiliza esos remojones de agua fría para un nuevo comienzo, el champú lava tus pecados y el agua escurre tus miedos. Termino de enjabonarme y me quedo bajo el chorro que sale con fuerza hacia mi cráneo. ¿Utiliza Minerva aretes? la pregunta vuelve a vibrar en mi interior; Min no usa aretes, pero me gustaría que lo hiciera, y alguna vez en uno de nuestros recorridos por el Central Park la imagine con ellos.

—¿Ha visto esa perla que cuelga de su cuello?

—La que esta sujeta a un colgante de plata esterlina... —suspiro. —Inspirada en el gran Gatsby, Long Island y los años veinte.

—Prefiero a los hermanos Kray nacidos en mil novecientos treinta y tres; los criminales más temidos de Whitechapel y sin duda el antes y el después de Inglaterra en versión Al Capone. —Enciende otro cigarrillo. —Ciertamente mi padre se inspiró en ellos para crearnos a nosotros y me bautizó con el nombre de Reginald Kray solo por fanatismo; tal vez solo quería poder verme ligeramente mejor, y no odiarme por el amor desenfrenado que mi madre tenía hacia mí. No obstante, puede ser cierto eso que dicen los videntes, el tarot y la astrología.

—¿Qué dicen? —interrumpo.

—El nombre es más que solo un nombre —. Continúa fumando. —El nombre es más que eso. Es el destino del ser humano escrito en la tierra, ¿cómo llamarle a tu hijo como uno de los criminales más temidos en Londres? Un hombre enriquecido con el sufrimiento de los demás.

—Un hombre destruido por el único veneno que mata sin dolor: La fama —agrego.

—Entonces mejor hablar de Gatsby, y esa colección de Tiffany's inspirada en los años veinte, en las fiestas organizadas por él a las que no asistía y sobre todo escuchar el Jazz mientras lees ese libro de Fitzgerald que te habla acerca de la sociedad estridente en aquella época.

—¿Le gusta Gatsby?

—Me gusta el mundo de Gatsby, y el amor por ella.

—No me gusta Kray —sonríó. —No sé si asesino a su mujer o en realidad fue suicidio...pero no creo en que los gemelos Kray hayan sido más que figuras convulsas con suerte de estrella pop.

—Ya veo —tira el pitillo —pero estábamos hablando de Gatsby y la colección de joyas basada en su historia.

—Así es.

—Aquel collar le recordaba un pasado fabuloso, uno que su padre se había encargado de crear, pero que luego, fue marcado por el inminente suicidio causado por una depresión que arrastraba con muertos en sus manos. Esa perla criada en agua dulce que colgaba de su cuello había sido arrancada de su pureza y olvidada en los recuerdos desafortunados de una mente enferma, sin embargo, yo quería devolverle la dulzura, y fue en aquel momento bajo el chorro de agua, donde decidí por ella y solo por ella, en un mundo profanado, pero con ella.

Salí del baño en un impulso y me sequé rápidamente porque quería llegar cuanto antes a la tienda. Quería tener tiempo de encontrarle esos pendientes que hacían juego con aquel collar. Rocié la loción sobre mí y me vestí con el traje que alimentaba a mi ego; pronto iba a jugar a ser uno de los mafiosos retratados por el mítico fotógrafo David Bailey, y quien dijo en más de una ocasión haber sido el causante de su fracaso.

Salí de la habitación y descendí por los escalones por los que la mujer que prácticamente ya ni me conocía había recorrido. Llamé al ascensor, olfateé un poco más de ese olor a pan que me recordaba a este lugar que alguna vez llamé hogar, pero que no lo era más y finalmente me marché.

En la puerta del edificio estaba Thompson.

—Tiffany's —le dije mientras ingresaba en el coche nuevo; es plateado y no se parece nada al que utilizamos para recorrer las calles de Manhattan con ella. Presiento que quiere persuadirme de cualquier idea sobre Min. Por momentos pienso que Paul está en complot con esa mujer que odia a mis libros pero que vive de ellos.

Por primera vez el tránsito en la quinta avenida parece ser parte de mi deleite, espero atento por esa estatua de Atlas que carga el reloj, y las banderas americanas con esas letras sutilmente talladas que caracterizan a la joyería insignia de la ciudad. Empecé a dudar de mis intenciones con ella, porque las cosas que hacía se parecían a esas cosas que haces por amor y fue entonces cuando el auto se detuvo.

Allí estaba ese lugar que dice hacer los sueños realidad. Me bajé del carro, y caminé hacia las puertas de acero inoxidable, el viento golpeó mi rostro y volví a verla. Ella era parte de ese sueño hecho realidad que la vida me ofrecía. Crucé la entrada y caminé entre las mesas de vidrios buscando aquel escaparate en donde creí haber visto los pendientes. Un vendedor me intervino por mi nombre.

—Sr. Kalman, un gusto verlo nuevamente —dijo.

—Buenas tardes —contesté sin mirarlo.

—Ayer su esposa visitó la tienda; llevó un collar para Victoria, uno de esos que usted estuvo mirando la otra vez que vino.

—Entiendo.

—¿Viene usted por algo para ella? —sonríe —sé de algunas joyas que separó, las iba a comprar en partes, pero ya que usted vino antes...quizás pueda regalarle algunas.

—Deseo ver los aretes de perlas. —Sigo sin mirarlo directamente a los ojos. —Los de la colección de Ziegfeld. —Me queda viendo y después de unos segundos entiendo que no estoy interesado en lo que ha dicho y espero por lo que le he pedido. Se va. La joyería lleva a mi vista hacia diferentes lados y es entonces cuando una joya en particular me jala hacia sí; Un diamante en forma de corazón engastado en grano yacía dentro de una pequeña caja de vidrio.

—Éste es un anillo de compromiso, le hubiera encantado a la señora en ese entonces. Todavía recuerdo cuando usted vino buscando uno para ella, pero no se preocupe, que si quiere uno, hay otros por aquí que le quedarían bien —me quedo en silencio.

La imagino a ella, allí mismo, conmigo; probándose ese brillante en su dedo anular, mostrándomelo mientras sonríe con los ojos brillantes por las lágrimas de emoción y de pronto tengo veinte años menos y estoy sobre una rodilla pidiéndole que sea mía para la eternidad. Hay jazz como música de fondo, la gente aplaude, y Tiffany's es nuestro, sin desayuno, pero con una propuesta que quiero recordar. Lo tiene en su mano izquierda, se pone de cuclillas frente a mí, agarra mis mejillas con ambas manos y me besa... ¿Cómo no amarla así? Pega su frente contra la mía, me mira, yo a ella, y su alma se descubre, ella está igualita, más alegre, su padre a su lado, su madre al otro, y yo no tengo marcas en el rostro, mi cabello es de un solo color y todavía el chico que soy quiere enamorarse. No obstante, esto es solo un supuesto, una fantasía que nunca sucedió, ellos no existieron y el cielo gris

del invierno de Nueva York declaró una tormenta para nosotros y no un matrimonio.

—Lo amaría... —digo en susurro.

—¿Perdón? —me contesta el dependiente de la tienda que lleva dándome servicio desde antes de haberme casado con la mujer que vive bajo mi techo, pero a quien no amo.

—¿Trajo los pendientes.

—Aquí están. —Me los enseña sobre una almohadilla perla. —Puede ver los detalles Art Decó. —Apunta con su índice donde se enganchan las perlas. —Es clásico, no sé si le gustarán mucho a la señora, pero creo que pueden combinar con lo que tiene.

—Un segundo. —Hago un ademán con la mano y me detengo a contemplar los aretes, imaginándolos en las orejas de mi mujercita, viéndola danzar y de repente una carcajada infantil suena en mi mente: “sería feliz con ellos”. —Los llevaré —me apresuro a decir. —Los quiero para regalo, estaré en el carro esperándolo, no se demore.

Camino hacia la puerta pero entonces, el niño vuelve a escogerme y de puro ímpetu digo:

—Cargue también éste a mi tarjeta y téngalo listo para mi siguiente visita.

¿Quién puede decir realmente que no la ame? Si incluso pensé en casarme con ella...El mundo no es perfecto, la vida no es como quieres que sea, los tiempos son lo que son, la gente es lo que es, el camino va transformándose, y los planes no pueden ser planeados, porque no hay un plano para la vida. Yo no pedí nuestra muerte Doc., yo no escribí sobre el fin de nosotros hasta que sucedió, aquella noche no fue decidida por mí, fue estrictamente su culpa; las mentiras, las pastillas, la sobredosis de alcohol y ese infierno del que ella hablaba como si fuera el cielo. Minerva buscaba morir para encontrarse con ese padre que perdió hace años, pero quien parece haber muerto hoy, y es ella quien buscaba su final. Por eso me buscó a mí, porque soy bueno en destruir lo que amo para luego convertirlo en libros; perdoné a mi don, es algo trágico.

Las puertas de acero se abren. El vendedor sale detrás mío con la bolsa celeste y me la extiende

—Fue un gusto volverlo a ver Sr. Kalman, lo esperaré pronto. —Hace un gesto sumiso y se da media vuelta hacia la tienda.

—Espere que el anillo lo recoja yo, nadie más —finalizo para

adentrarme en el coche, y abandono el lugar.

Una vez más, mi corazón se estruja porque no identifica lo que está sintiendo. Una gama de sentimientos se dispara en mi interior: ¡feliz muerte Kalman!, dice una voz en mi cabeza, ¡feliz muerte.

XV

“Te vi y te amé por el simple hecho de ser” —Kalman en esa novela que leyó su esposa cuando se conocieron.

La frase tiene mucho sentido. Es esa la base de cualquier amor. Enamorarte a primera vista, con ese orgasmo al oído y esas alas de libertad. —El alcohol parecía haber dejado a su cuerpo hace ya horas, pero la nicotina todavía marcaba sus pasos. —Posteriormente a la compra me dirigí a donde estaban todos reunidos. Entregué la bolsa vacía a Thompson, metí la cajita dentro del bolsillo del pantalón y bajé del auto. El portero me saludó con un gesto y me dejó pasar. No traía nada para Victoria pero sabía que mi mujer había comprado algo lo suficientemente costoso como para que significara que era de parte de ambos. A medida que el elevador se acercaba al onceavo piso, se escuchaban las risas, el choque de las copas al momento del brindis, música contemporánea, la estridente voz de mi mujer y la amplitud del espacio.

“Si no te les pareces, destrúyelos”. —Kalman en una novela sobre la sociedad.

El timbre del ascensor declaró mi ingreso. El apartamento estaba repleto de gente. Apenas y conocía a algunos de los invitados. Fotografos en cada esquina, alcohol por doquier, las ventanas abiertas del balcón y mi mujer alardeando de su vida con las amigas alrededor. Me acerque a la barra.

—Una copa de cava al nombre de Reginald Kalman, por favor.

El barman asintió con la cabeza, descorchó la botella de Dom Perignon y me sirvió en la vajilla para la familia.

Me quedé allí, bebiendo, esperando que nadie más notara mi presencia. Mi hermano estaba reunido con otros profesores cerca a la ventana; bebían whisky en las rocas, articulaban las palabras con dificultad, reían cubriéndose la boca y éste parecía haber adoptado la edad de aquellos que lo rodeaban; me hacía sentir acabado de tan solo verlo. Desvié la mirada, un grupo de niños sentados en uno de los sofás mientras su cuidadora intentaba leerles una historia para mantenerlos entretenidos, incrementando la voz para hacerse oír a través de la multitud, empobreciendo a la música ejercida por parte del pianista; Gracias a Dios no tengo hijos, gracias a él no tengo tantas cosas, sin

embargo, agradezco no tener hijos, no porque no los quiera sino porque no los tengo con ella...En fin, eso no lo definía yo, eso lo dictaba el tiempo, así es que rápidamente me enfoqué en otro lado, donde estaban los amigos de Victoria, que observaban con ínfulas de carniceros a las chiquillas con vestidos cortos y cabellos bien peinados. A todos ellos les hacía falta sexo, pero también coraje. Más allá, había otro conjunto de chicos que de brazos cruzados dialogaban sobre...¿la vida? ¿la muerte? ¿la vida después de la muerte?, qué se yo, es pura adivinanza, simple hipótesis basada en sus gestos, en las palabras que creía escuchar o descifrar por sus labios, todos con sastré, pañuelos en los bolsillos, relojes costosos y gel en el cabello, sumergidos en un mundo paralelo, viviendo entre figuras inexistente, en ese universo tan efímero como la juventud, entonces de repente una voz angelical acompañando el piano rompió el vidrio invisible que había construido para no ser visto, logrando envolver el ambiente en un tono romántico, acentuando la iluminación sobre nosotros, transportandome entre esas palabras de una canción que debía llevar su nombre: ¿Me seguirás amando cuando ya no sea hermosa? ¿me seguirás amando cuando el alma me duela?.

Volví a beber champaña, cerré los ojos, para estar allí, con ella, tomé los pendientes de mi bolsillo e imagine el momento en el que caminaría a su lado, con el mismo traje negro que tenía puesto, me embriagaría con el olor de su perfume mientras desabrochaba los aretes, para poder embellecer a los pendientes colocándolos en ella como maniquí y disfrutaría esa melodía que nos fundía entre sueños. La miraría a los ojos, embelesado con el movimiento de sus pestañas, el brillo en su mirada, con sus labios entre abiertos, por lo tanto, la tomaría de la mano, la invitaría a bailar conmigo, sonreiría, se quitaría los tacones, me llevaría hasta el centro del espacio, entrelazaría sus dedos por detrás de mi cuello, pondría su mejilla sobre mi pecho, sus pies descalzos sobre mis zapatos mientras deslizo la palma izquierda por su espalda hasta la altura de la medula y nos quedaríamos así, frente al mundo... pero no. Se ha acabado la canción y hemos vuelto a ser mi copa de champaña y yo, las joyas siguen en el mismo lugar de antes, la cantante empieza otra canción, vuelvo a buscar personajes y de pronto, Victoria me encuentra.

—¡Pero si eres tú! —exclama desde la lejanía. —¡Reginald Kalman, como te he extrañado!

Adquiere la atención de los asistentes, un fotógrafo aprovecha el momento y se aproxima rápidamente. Abre los brazos casi golpeando al resto de chicas que están a su lado, camina tambaleándose por la cantidad

desmesurada de combinaciones alcohólicas que lleva consumiendo, se detiene previamente a llegar a la barra y se quita los zapatos, vuelve a querer caer de bruces sobre el suelo, pero quizás es demasiado afortunada para hacerlo y en cuestión de segundos unas manos delgadas con uñas rojas la sostienen.

—Aquí estoy, Vic.

Si ella entendiera lo que causa en mí escuchar su voz... Ay si Minerva comprendiera lo que su presencia significa. Sus cabellos largos recogidos en una cola, el maquillaje sutil, las orejas sin pendientes y los brazos soportando el peso de su amiga pero su vista enfocada en mí causan efervescencia, le sonrío, casi sin darme cuenta y ella me devuelve la sonrisa.

—Gracias Min... —se recompone y continua su camino hasta donde estoy yo, sin embargo, no puedo evitar quitar los ojos de la mujercita. Un muchacho de pelo cobrizo le entrega de vuelta su copa de cava dejándome entender que esta noche ella es suya.

—Feliz cumpleaños pequeña. —Agacho la mirada.

—Te he extrañado tanto. —Es un abrazo reconfortante, tanto para él como para mí, ya no estoy viéndola y puede volver a tomarla de la cintura, mientras que yo, recibo algo de compasión por no poder tenerla.

—Vic.

—¿Cuándo volviste?

—Nunca me fui. —Contesté en voz baja.

—¿Pero si...? —se alejó de mí pensativa y sosteniéndose con la palma de sus manos en mis hombros. —No importa.

—¿Te han dado mi regalo?

—¡Sí!, me han dicho que te has tardado en escogerlo, pero que finalmente lo has logrado.

—Muy poco.

—Lo he puesto en mi cuarto, es encantador. Tendrías que ver como combina con los colores de la habitación.

—¿Sí?

—¡Ven! —me lleva de la mano por el salón, saludo de lejos a aquellos que no he querido saludar pero que lastimosamente me han reconocido.

Ingresamos a su dormitorio y señala un cuadro de Andy Warhol proveniente de la última subasta a donde he asistido, uno de los que tenía reservado para recoger.

—Te dije que se ve increíble. —Mi mandíbula se tensa, los dientes

rechinan, me comienza a doler la cabeza; el cuadro que he escogido con Minerva yace en el lugar equivocado. —Gracias. —Vuelve a apretujar mis huesos.

El toc, toc, toc... me saca de contexto y llevó los ojos a la chica de vestido dorado que nos contempla desde la cerradura de la puerta abierta con los zapatos de mi sobrina en mano.

—Este es el cuadro del que te hablaba Min.

—Buenas noches —dice seguido de un gesto con la cabeza. Deja los tacones en una esquina, se acerca lentamente hacia el arte pop que ella había escogido. Desliza sus dedos por el marco. Cierras los ojos, cierra los ojos para digerir el momento. —Me encanta Vic. —Retrocede sin quitarle la mirada al juego de colores frente a ella. —Es maravilloso.

—Sabía que te gustaría.

Esta parada a mi otro costado y con el rabillo del ojo me vigila; pasa la lengua por sus labios y muerde el inferior con los dientes, sonrío sutilmente y dirige la mirada hacia mí.

—Minerva —me dice entretanto me entrega la mano para estrecharla.

—Reg., un placer. —Su palma besa a la mía y sus uñas se clavan en mi piel.

—El placer es mío. —Me suelta.

—Él es Thomas Kalman, Min, el novelista del que te hable.

—Lo sé... —dice en susurró.

—Es mi tío Min, puede ayudarte con tus escritos.

—¿Puede? —me mira con dulzura, con la misma mirada que tenía cuando quería esa pintura.

—Seguro que sí.

—Estoy bien así Vic, lo mío no es material de editorial.

—Déjame leerlos —interrumpo.

—Quizá algún día.

—Podemos tomar un café, así me cuenta de que escribe. Uno nunca sabe, tal vez su historia pueda ser escrita. ¿O es qué alguien ya esta escribiendo sobre usted.

—No lo sé, puede que sí, pero a veces creo que él no sabe bien la historia, aunque quizás sí.

—¿Quién es él.

—Yo o tal vez no. Debí ser hombre y aprender a jugar como juega usted.

—Déjeme ayudarla.

—¿Ayudarme? —interrumpe. —¿Quién le dijo que necesitaba ayuda?.

—Victoria nos mira con expectativa, como si de una película se tratara.

—No se confunda Sr. Kalman, no quiero ayuda, quiero escribir, y ciertas historias no necesitan de ayuda para ser escritas. Usted entiende, tanta vida en pocos años y tanta risa en un corazón roto, es la combinación perfecta para ser escritor.

—No quise ofenderla.

—No lo hizo.

—Lo siento.

—¿En verdad?

—Sí.

—No sabía que ciertos demonios podían sentir.

Se queda en silencio. Regreso la mirada hacia ella, casi y le doy la espalda a mi sobrina. Del bolsillo interior del saco extraigo una cajetilla de plata donde llevo unos cuantos cigarros, pongo uno entre mis labios y con un ademán le ofrezco a ella otro, cierro el cofre y antes de que pueda sacar el mechero ella continúa.

—Desayune conmigo... —le enciendo el pitillo. —Le contare sobre lo que escribo.

—Bueno —asiento con la cabeza —pero sepa que el desayuno no lo tomo con cualquiera. —Sonríe, con esa sonrisa que hace tiritar a mi ser, un escalofrío recorre mi espina dorsal y me gusta, lo peligrosa que puede ser esa mirada diabólica con la que quemó a cupido.

Cruza las piernas y vuelve la mirada al lienzo.

—Solo usted sabe con quien despierta, pero yo creo...usted entiende, que ver el amanecer conmigo no es tan fácil, yo escojo con quien verlo, no siempre con usted, pero usted sí, siempre escoge verlo conmigo.

—¿Min? —el delgado joven golpea la puerta. —Perdonen la interrupción —dice mientras se reclina en la cerradura de la entrada. — Debemos irnos. —Extiende la mano hacia la mujercita.

—Fue un gusto Sr. Kalman. —Vuelve a tomarme de la mano y se acerca ligeramente. —Nos vemos pronto. —Un beso fugaz en la mejilla y se voltea hacia donde está él.

—¿Se van ya? —Victoria me deja frente a la lámina que ha robado en complot con mi mujer, entretanto Minerva me tortura con su presencia.

—Debemos irnos Vic., mañana tengo una reunión muy temprano.

—Ella se apoya en su hombro, y agarra su rostro con la mano derecha, acariciando el lugar donde debería estar la barba que se ha rasurado. — Volveremos mañana para el almuerzo.

—Pero... —mi sobrina está confundida, pero al mismo tiempo alcoholizada, tal vez por amor...y puede que solo por eso se haya olvidado de lo sucedido.

—Mañana Vic. —se inclina y le da un beso en la frente. Min se repone y le deja la mejilla a Victoria, quien la besa y luego continúa.

—Los veo mañana.

XVI

Kalman se ha detenido frente a la estación central. Ciertamente no sé cómo hemos llegado hasta aquí. Mis piernas solo han seguido órdenes del hombre quien me acompaña y a quien la factura de una carrera solitaria le ha llegado al fin. Las banderas bajo los focos de luz, los vagabundos con los coches de supermercado, el hombre que vende pretzels y las bicicletas de alquiler nos envuelven en una noche poco estrellada, en donde las memorias pertenecen a las conversaciones del presente.

—Detestaba a esa multitud Doc., y ella era ese pecado que destruiría al gentío. —Termina de fumarse el último cigarr.

—Eso con lo que morirían los secretos en la boca de muchos; las amantes saldrían al descubierto, las vacaciones de invierno, los días de shopping, las salidas nocturnas a bares en terrazas de vidrio, los coches con cientos de caballos de fuerza y los tacones de diseñador, se olvidarían. El mundo de una sociedad asesina estaba en mis manos Doc. y yo estaba dispuesto a hacerla temblar.

Arroja la caja vacía de cigarrillos en el tacho de basura más cercano. Continúa caminando y sus pasos cada vez son menos precisos, sus pies zigzaguean ligeramente, su destino apunta a Times Square, la manija del reloj sigue dando vueltas y aún la historia no ha acabado.

—Esa noche me encerré en la habitación de mi sobrina, pedí otra botella de cava, cartulinas blancas, crayones y una caja de habanos para acompañar.

Me senté sobre el suelo alfombrado frente a un espejo que reflejaba mi imagen. Me quité la corbata, desabroché los primeros botones de la camisa, remangué los puños y comencé a imitar el lienzo frente a mí. Horas que se volvieron hacia ella, minutos que no regresarían, se los regalé. Si bien no dormía conmigo su energía me acompañaba, y entretanto ella remplazaba a mi cuerpo con el de alguien más, su mente recordaba mi boca, mi cuello, mis manos, mi pecho; su físico podía olvidar, pero su alma no. El dibujo entre mis dedos era un obsequio de esos que no tienen valor monetario, aquel regalo significaba mi grado de humanidad, el último que tenía, y quería regalárselo a ella; porque no existía alma más pura que la de esa mujercita Doc.

Encendí un puro. Terminé de difuminar los colores sobre el pedazo de

papel. La música en el exterior pronto fue bajando, las voces disminuyendo. Me puse de pie. Recogí mis pertenencias y abrí lo único que me dividía del resto.

—¡Pero si sigues aquí! —Mi hermano se aproximó a mí. Victoria ya no estaba.

—Me he quedado un rato.

—Me alegra verte Reg. —me abraza de costado. —Nada es lo mismo sin ti —aprieta fuerte mi hombro. —Empiezo a ahogarme en un vaso de agua hermano. —Parece que va a llorar. —Mi madre alguna vez dijo que lo último que quería era vernos distanciados.

—No lo estamos. —Me apresuro en responder.

—Reg. No lo estamos. —Concluyo y me libero de sus brazos.

—Pero hermano.

—¡No lo estamos! —exclamó entretanto me alejo hacia el ascensor.

—¡Algún día tendrás que hablar conmigo! —será para avisarte que no volveré a hacerlo —susurró hacia mí mismo.

Llamo al ascensor que llega rápidamente e ingreso en esa caja eléctrica que me transporta hacia la salida. El otro Kalman no era de los mejores socios para convivir. Cuando éramos jóvenes sus fiestas patrocinadas por mi padre solían ser reuniones de chicos con plumas, aretes, lazos de castidad, fotos de jovencitas en tetas, genitales descubiertos, bragas pequeñas, y coca. Cuando llegaba del colegio lo encontraba masturbándose junto a sus amigos de miembro corto, y comiendo de un bol de palomitas. Entraba en mi habitación, echaba llave a la puerta, prendía la música al máximo y trataba de escribir ideas que me habían dado vueltas en la cabeza durante la escuela. Él era de esos chicos malos que abusaba de aquellos que no tenían protección. Me tocó presenciar alguna vez una escena desagradable, una de esas que no implica solo un pene y una mano, sino que hablan de culos, y varios hombres. Si bien el otro Kalman no era homosexual, aprovechaba el apellido que tenía para descuartizar la dignidad de otros. Mi padre y yo no éramos muy cercanos, no obstante, cuando tenía alguna oportunidad de contarle sobre el lugar en donde estaba viviendo, llegaba mi hermano y arruinaba eso que yo llamaba “charla”. Contaba sobre los deportes que él practicaba y yo no, sobre los trofeos que había llevado a casa recientemente, sobre la chica rubia con porte de modelo que salía con él, y de las universidades que lo habían invitado a visitarlas. Era obvio que el Kalman de más edad lo escuchara a él y no a mí, así que terminaba huyendo de la escena para perderme entre la

vegetación que rodeaba la casa de campo en donde estaba asilado el último militar de nuestra familia. Vagabundeaba por los descampados buscando material para mis historias, hacía tiempo para no volver a casa porque advertía lo que me esperaba. No puedo decir que mi hermano alguna vez se extralimitó conmigo en la intimidad, mas no puedo negar que se aprovechó de circunstancias para golpearme hasta dejar mis labios reventados, mis mejillas moradas, mi nariz partida, mi cabeza estrellada y partes del cuero cabelludo peladas. Terminaba asomándome por la puerta del cuarto de mi madre pidiendo auxilio, ella curaba mis heridas, y luego me pedía que volviese a la cama, que al día siguiente iríamos a ver al doctor del pueblo y las cosas se arreglarían. Era lógico que esa noche no pudiera conciliar el sueño porque el dolor era extremadamente fuerte, y los calmantes que guardaba conmigo habían sido ingeridos por el regordete que dormía en la cama de al lado y se hacía llamar parte de mi familia. Por la mañana, manejaría mi bicicleta hasta donde alguien pudiera ayudarme con mis lesiones, pagaría la consulta con el dinero de mis ahorros y volvería para el almuerzo. Mi madre me esperaría con un plato sobre la mesa, una sonrisa en el rostro y unas palabras de consuelo: “Es tu hermano Thomas. Él te ama.” Acariciaría mi rostro, me daría un beso en la frente y finalizaría con un: “No lo dejes nunca hijo mío, no lo dejes nunca.” Pese a que quería matarlo, me resistía tan solo porque conocía el dolor que podía causarle a ella, y no me apetecía verla llorar. De eso trataban mis vacaciones; golpes, charlas no concluidas, doctores, gastos, comida caliente para uno, besos en la frente y jardines inmensos. De vuelta en la ciudad, la película se repetía. Evidentemente este hecho llegó a agotarme, así que brevemente conseguí una ocupación. Invertí mi tiempo en ayudar al padre de un buen amigo en la editorial que manejaba. Me dio la función de mensajero y me destinaron a recibir y entregar encargos. Fue uno de los mejores trabajos que jamás obtuve. El hombre me dio un espacio en su casa, desayuno por las mañanas, almuerzo en las tardes, cena por las noches y salidas familiares los fines de semana; pronto deje de visitar a mis padres por vacaciones, ya no los necesitaba, y gracias a mi fidelidad con la empresa, empezaron a darme mejores cargos. Mi padre no me llamó una sola vez en más de cinco años, mi madre se comunicó conmigo mediante letras que llegaban a mi nuevo hogar cada dos semanas los martes después del colegio; me comentaba sobre la salud de mi viejo, el nuevo auto que habían comprado, la lancha que estaba estacionada en la casa de la playa a la que no íbamos, y de los cargos que

habían sido presentados a nombre de mi hermano. Me escribía sobre dinero que era mío, pero del que no quería saber nada, me rogaba por un número de teléfono donde comunicarse conmigo, me pedía que visitara al otro Kalman que vivía en Nueva York, me preguntaba si la universidad era buena, si la familia que me había acogido me trataba bien. Nunca respondí a ninguna de esas cartas. Por lógica, mi padre falleció. Lo enterraron en el cementerio a espaldas de TrinityChurch en Wall Street, sin embargo, yo no asistí. Después de aquel evento, me visitó mi madre, la vi unos minutos porque iba de salida para la universidad, le di un abrazo como los que me había dado ella cuando estaba adolorido, la besé en la frente y la dejé bebiendo té con la esposa de mi jefe. Fue la última vez que la vi con vida, a los pocos meses me enteré que había muerto dormida. Creo que después de esa noticia mi mente me pidió un descanso del olvido y fue entonces que fui a buscar su cuerpo a la casa de campo en donde ella había pasado el resto de sus días. Volví a caminar por los lugares recónditos de mi infancia, a cocinar en la olla de barro donde ella preparaba mis comidas, herví agua en la tetera morada que mi viejecita había comprado, preparé café en la taza de ladrillos coloridos con mis iniciales que había guardado hasta su muerte, limpié mi bicicleta que conservaba en la sala como un recuerdo mío, y revisé sus pocas pertenencias que había dejado dentro de una caja con mi nombre. Su cuerpo estaba envuelto en seda, y reposaba en un ataúd en la iglesia más cercana. Después del funeral volví a donde había dejado mi vida en plena construcción. Me llevé conmigo un camión de flores que guardaba en su ropero, un rosario de madera bautizado en el vaticano, un espejo de cartera con las esquinas astilladas, un perfume en botella diminuta que me recordaba al de Alicia en el país de las maravillas y una agenda en donde llevaba los números de mi familia anotados. Como comprenderás, mi hermano no se presentó a despedirse de ella, ni si quiera envió una letra diciendo el por qué. Ya en casa, me enfoqué en mis labores; en escribir la columna en el periódico donde estaba trabajando, y dedicarle un par de horas a la editorial que me había dado cobijo cuando lo necesitaba. A los pocos meses del descenso de mis padres llegaron los testamentos, un abogado me citó a su despacho y me pidió que firmara una cantidad de papeles. En ellos solamente estaba mi nombre inscrito, había cheques con cantidades exuberantes de dinero, autos de diferentes marcas, propiedades en las que mi padre había invertido casi todos sus años de vida, y porcentajes de empresas de las que yo no sabía nada. Claramente habían confiado en mí más de lo que debieron, no obstante, las palabras de mi madre retumbaron en mi

cabeza y opté por entregarle la mitad de esa herencia a mi hermano que no veía hacía años. Le otorgué poder al abogado y pedí que hiciera los trámites como a él le parecieran mejor, que él fuera el intermediario entre nosotros, y que vendiera al mejor precio mis acciones en esos negocios turbios de los que prefiero no hablar. Pasaron los meses y con la cantidad que guardaba en el banco terminé mi carrera, pagué mi boda, escribí libros, pagué publicaciones, compré editoriales, seguí invirtiendo, perdiendo, ganando, volviendo a perder y estabilizando mi economía en una cifra todavía pretensiosa, pero con la que podría convivir. Llegué a un punto en donde escribía a tiempo completo y tenía gente encargada para lo que venía después de crear. Mi mujer al año me dijo con que no podía tener hijos, buscamos soluciones, no se encontraron; se embarazó, lo perdió, volvió a embarazarse y lo volvió a perder.

Me cansé, me cansé de los bebés muertos, de las almas en mi espalda y no la volví a tocar. Tuvimos sexo, después ya no, me agencié viajes, tuve más sexo, amantes, zapatos, ternos, comidas caras, volví a Nueva York, lo volvimos a intentar, no pudo, me molesté, lloré, escribí, la maldije, volví a escribir, la golpeé, tuvimos sexo y la dejé. La ciudad poco a poco fue perdiendo su color... así como yo.

Continúe leyendo libros, comprando negocios, revendiéndolos, volviendo a invertir, despilfarrando, ahorrando, viajando, teniendo sexo, tetas, de nuevo zapatos, regresando a Nueva York, pidiéndole perdón a mi matrimonio, volviendo con ella, embarazándola, y nuevamente la ruleta giraba a su conveniencia. Más muertos en mi espalda. La mujer loca, cada vez más banal, detestando las luces al anochecer, a los turistas, a Times Square, a ella, y de pronto, encontrándome con una historia que quería comprar. En cierto modo ese suicida, esas lágrimas, esa chica de melena negra y esa canción que suena de fondo... volvió a quererme humanizar.

El escritor se detiene. La gran manzana se refleja en su iris. Pese a sí mismo la razón yace en los acontecimientos que ha narrado, el por qué, está oculto en ese universo que lo rodea.

—Mi madre era una buena mujer Doc. —quita la mirada de la ruidosa imagen publicista. Gira hacia la pista en donde los autos circulan con dificultad. —No vaya a llevarse otra impresión. —La tienda de chocolates que trasmite capitalismo nos tiene hipnotizados. —Tampoco la culpe por mi fatalidad. Esa me pertenece a mí y a nadie más.

—¿Y su hermano?

—Él será siempre mi hermano Doc. y eso ni el dinero puede evitarlo.

—¿Lo quiere?

—No.

—¿Lo odia?

—Menos.

—¿Qué siente por él?

—No me gusta encargarme de los desperdicios.

—¿Cómo?

—Es indigno. Lo que tiene que ver con suciedad es la miseria más pura. La basura, los escobillones, la comida rancia y el polvo acumulado por la polución, todo eso y más, son las razones por las que procuré no perder un centavo, y si lo perdí, lo recuperé. Yo no estaba hecho para responsabilizarme de la mugre, mis padres me catequizaron así. Por ende, mi hermano no fue mi problema, él era su problema, el de la sociedad, no el mío. Pese a que me hubiera complacido quitarle mi apellido, no me sentí responsable de su vida, así es que no tuve la necesidad de defenderlo con corazón. —Ingresa en la tienda de chocolatinas. —El otro Kalman es una avería de la vida.

La indiferencia con la que ha dicho lo último hace tiritar a mi ser. Toma una canasta para rellenarla con bolsas de azúcar.

—El día después del cumpleaños de Victoria me fui a confinar en el apartamento ubicado en Park Avenue. Por ese tiempo ya tenía la mira en el que tengo ahora, así es que mi asesor emprendía las ofertas y ellos contra ofertaban. Las hijas de un ex diseñador de modas estaban rematando el lugar en donde vivo ahora, por lo tanto, no fue tan engorroso el asunto.

Esa mañana escribí la primera frase que daba pie a la novela sobre ella: “Enséñame de eso que haces, porque la magia con la que amas no agita al corazón mas si enloquece al alma”. Fue el comienzo del fin. Ya le he dicho antes que escribir sobre lo que no quieres que acabe es suicidio. Si bien nuestro romance no podía prometerse un final feliz, no necesariamente tenía que dejar de tener un para siempre. Debe aceptar que los para siempre no existen. Son una más de las frases trilladas usadas por románticos solitarios, de esas que te hacen sentir seguro cuando no lo estas, de las que te engatusan con una verdad más relacionada a la mentira que a la verdad. Los para siempre no existen, son como Santa Klaus, el ratón Pérez y todas esas otras vehemencias creadas por magnates del negocio. Es lamentable que gente del siglo XXI siga creyendo en ello, no obstante, es preferible creer en mentiras. Así es que bueno, este “para siempre” dio inicio a esa historia de rumores que envuelven mi vida.

—Ahora cuénteme usted, ¿qué paso durante esos días que ella desapareció?

XVII

Padre nuestro líbrame de todo pecado.

No juzgue al arte porque la belleza no reside en él. Juzgue a la belleza por que no puede compararse al arte.

—No quiero herirlo Kalman, pero usted sigue haciéndome preguntas que temo responder. Mas sé, que si no lo hago dejaré que esa mente suya siga merodeando por lugares desconocidos donde el arte se derrite y se fusiona con los elementos. La verdad entristece, desenmascara los miedos. —Nos detuvimos frente a un coche plata. —Ciertamente ella y él estaban juntos. Él había logrado presentar ese proyecto del que habló con su sobrina la noche anterior. Ella preparó los waffles de avena que solía comer por las mañanas; cortó una banana en pedacitos, untó mermelada de arándanos, mantequilla de maní, colocó fresas, chocolate derretido y chantillí sobre los ingredientes y se sentó con las rodillas recogidas en el mueble frente al televisor ubicado en el hall del segundo piso. Con el dedo índice comió de la crema blanca que había añadido en cantidades desmesuradas. Las caricaturas en la pantalla la hacían sonreír. Ambos omoplatos descansados sobre el respaldar de gamuza perla, los senos cubiertos por una camiseta blanca cortada por la mitad que dejaba ver su ombligo y las bragas rosadas, las piernas bronceadas artificialmente y las uñas de los pies pintadas de blanco. Entretanto, la chica de la limpieza en el primer piso, corregía los errores cometidos la noche anterior. Minerva había retrocedido un par de años, regresado a esa etapa de su vida en donde todavía no conocía la vida; la chica de los 20's frente a una tira de dibujitos animados que la atontaban e ignoraba el dolor que sus extremidades sentían, lo angustiado que estaba su corazón y lo afligido que se encontraba su útero. De repente no tenía más inseguridades, ni si quiera por los dientes de coneja, los caninos enormes, y otros de ellos un tanto desacomodados que en cierta época de su existencia le habían molestado. Omitía la falta de rigidez en sus senos, las estrías cuarteadas en sus caderas, y solamente se preocupaba en engullirse los waffles caramelizados con ayuda de sus dedos. Se llenaba la boca con esos carbohidratos humedecidos por los ingredientes con los que los había decorado. Hasta el punto en que los cachetes se le hinchaban, entretanto masticaba con lentitud sus desayuno-almuerzo a las dos de la

tarde, y de vez en vez sonreía con los labios cerrados por que no podía con la cantidad de comida que se había embutido.

Acto seguido, el sonido del ascensor la sacó del trance.

—Buenas tarde Sr.

—Buen día Ana —dejó las llaves en el bol marroquí que yace en el recibidor, la billetera y una caja de chicles de menta. —¿Has almorzado?

—He comido del dulce que preparó la señorita.

—¿Dónde está?

—Arriba.

—Prepárate algo más —se quitó los zapatos en la entrada. —La dieta de ella no tiene que ser la tuya. No me dejes de comer Ana, lo necesitas.

—¿Desea usted algo de merendar?

—Estoy bien, gracias. —remangó los puños de su camisa. —Voy a ducharme y luego tomaré una siesta. Cuando tengas que irte, toma dinero del primer cajón de la derecha pegado a la puerta en la cocina.

—¿Quiere que venga mañana?

—Siempre Ana. Ella necesita un poco de compañía.

Sube las escaleras revisando los correos en el teléfono. La mucama continúa limpiando, mientras Min lo espera terminando de tragar un pedazo de fruta. Llega al segundo piso; camina por el pasadizo iluminado por los fluorescentes en el techo. Responde a uno de los e-mails que ha considerado importantes y que no puede esperar. Asoma la cabeza por la puerta entre abierta del dormitorio, ella no está. Prosigue. Escucha el sonido del aparato y la ve en el espacio que parte al corredor en dos y que han convertido en el cine de la casa. Sonríe. Se acerca para luego ladearse hacia ella guardando el aparato en el bolsillo trasero del sastre. Le da un beso. Uno que ha estado esperando durante varias horas. Las manos embarradas con comida lo toman de las mejillas, las yemas de sus dedos sienten los huesos detrás sus cachetes. Él vuelve a sonreír.

—Puedes embarrarme un poco más si quieres.

—No me tientes. —responde.

Lleva los brazos hacia su cuello. Entrelaza los dedos detrás de este. Sus labios empiezan a salirse de los límites y pronto besan sus mejillas acarameladas. La lengua se desliza por la piel llevándose consigo los restos de dulce. Él apoya ambas palmas contra el mueble. Los cabellos largos de la mujercita le hacen cosquillas. Su cuello se estremece.

—Te he extrañado. —la voz de Minerva se entrecorta al decir esto —no

te vayas nuevamente. —Lo toma con firmeza de la nuca. Se levanta con el cuerpo de Ed que vuelve a su posición anterior. El plato a un lado del sofá se tambalea y las puntas de sus pies se sostienen del filo del cojín. Lo besa. — Hazme eterna —susurra entre dientes. La toma de los muslos. La carga. Ella rodea su espalda con las piernas. Alza los brazos, la camisa deja ver los senos con los pezones dispuestos. Continúan besándose. Ed empieza a descender hacia la alfombra.

—Sempre eterno... —susurra en italiano mientras la coloca como una muñeca de porcelana en el suelo.

—Tienen sexo —interrumpe Kalman entretanto sube al auto.

—No —subo con él. —Hacen el amor. —Presiento que lo último que he dicho puede haberle dolido más de lo que me esperaba —cuando haces el amor, las relaciones toman otro sentido. Entonces “Sempre eterno” es siempre eterno y anda dile eso al resto para que de ellos se mueran de celos... —la mirada perdida por culpa del amor o de cupido, por el universo o la suerte. Kalman está solo y su alma lo sabe. —Era cierto... Ella lo amaba.

—No se atormente Reginald. Ella lo amaba a usted también.

—La vi después de tres días Doc., ella llevaba una bolsa de m&m en las manos. Fue precisamente en Times Square. La espere en este mismo auto. Subió. Llevaba unos jeans rasgados, una camisa de algodón blanca ceñida en el torso que dejaba ver parte de su cintura. Un abrigo militar y un gorro que cubría sus orejas.

Aquella tarde su mirada no era más la misma. La música que quería escuchar ya no iba con nosotros. La cava parecía estar más dulce cuando la bebíamos juntos. Ese día había planeado entregarle lo aretes que tenía guardados para ella, sin embargo, no pude hacerlo. Minerva se sentó en una silla de la barra de la Kitchenette y abrió una cerveza.

—Sabe Kalman —dijo de pronto —usted podría ser el hombre de mi vida —su rostro trágico bajo las luces tenues del apartamento exponían su confusión. —Usted podría haber sido el hombre de mi vida Kalman. —Estiró su brazo hacia mí. Dibujó con el dedo medio partes de mi rostro. —Pero debió haberme conocido antes. —Tenía los ojos saturados de lágrimas. —En esa vida donde capaz yo era hombre y usted mujer.

La luna había poseído a la ciudad e ingresaba por las vitrinas que nos rodeaban. Inclino su cuerpo hacia el mío y rozo con sus labios los míos. Tomó mi quijada con la misma mano que había recorrido mi cara.

—Míreme bien, porque no voy a volver jamás. —Se dio media vuelta.

Empezó a moverse lentamente al ritmo de la canción de pop barroco que sonaba en ese momento en el reproductor de música. Abrió sus pantalones y sonrió. Sus cabellos azabaches remecían con la melodía. Se quitó la blusa. Sus senos al descubierto mirando a Nueva York y Nueva York mirándolos a ellos. Sonrió. Tarareaba la canción. Volvía a sonreír.

Me daba cuenta cada vez más que no quería perderla, aunque en mis escritos hubiese desarrollado un amor suicida. No obstante, en aquel momento Ed ya había tomado su alma, y por lo tanto me era difícil romper esa unión. Yo no podía amarla y ella no podía amarme... Entiéndame Doc., no fue culpa mía perderla, no fue culpa de nadie, o tal vez simplemente fue culpa de todos; un alma tan pura como corrompida por el dolor tan inoportuno de la niñez. La gente la juzgaba sin saber en realidad quien era ella; usted debe de saber bien la historia, de eso no tengo duda, y puede usted mismo sacar sus conclusiones; ¿Cómo no iba a volverse loca? Un padre suicida y asesino pero el héroe de su vida, una muerte estridente en las manos de aquel ser quien la hizo a su imagen y semejanza, una mujer que no era su madre y que había sido enterrada en sigilo, una noticia y la depresión que seguía esparciéndose por sus células, más la separación de sus padres y después una muerte abrupta de ese ser a quien amaba locamente fueron la catástrofe definitiva para matarla en vida.

—Venga Kalman, ¡baile conmigo! —exclamó.

Tenía la piel bronceada y los ojos cerrados. Caminé hacia ella con la botella de cerveza que había dejado. La puse entre sus dedos. Me envolvió con sus brazos, apoyó su rostro contra mi pecho, la tomé de la cintura y por un momento fuimos uno. Usted la conoce, ella contagia de ese arte que la conforma, no se conoce a sí misma, pero pretende hacerlo, aunque esa imagen que le he narrado puede describir el adiós perfecto, no lo fue, no fue nunca un adiós, fue siempre un hasta luego y por eso brindo. Por esos hasta siempre, porque no terminan en un nunca y está la posibilidad latente de volverse a encontrar y querer de nuevo. Mientras bailaba, me adueñaba de ese olor que le pertenecía a ella, el alcohol en sus venas, la nicotina en los pulmones, el perfume embriagante y la loción de coco con la que rociaba su piel. Minerva era todos esos sabores juntos. Un elixir delicioso y al mismo tiempo fatal. Arrulle su cuerpo danzante. Ella regresó la mirada hacia mí, tomó mis manos y con las piernas cruzadas se sentó en esa alfombra debajo de los muebles.

—Siéntese conmigo Reg. —hizo un gesto con la mano e

inmediatamente procedí a complacerla. —¿Cómo no adorarlo?.

—Vuelve a tomar mi rostro con sus manos. —Dios Kalman. —mete su dedo en mi boca y con la saliva rehidrata mis labios.

—¿Cómo fue que no lo conocí antes? —Lleva el mismo dedo ensalivado sobre los suyos para luego relamerlo.

Los segundos están contados. Son fotografías que se difuminan con el pasar del tiempo. Las imágenes no se volverán cuadros, aunque podrías hacer de ellas lienzos. Podía dibujarla, mi arte iba más allá, así es que la dibujé dentro de esa mente mía que usted dice no quiere dañar.

—Sepa usted que a partir de ahora quedaré tatuada en el iris de sus ojos. Porque lo que se vuelve arte no puede borrarse nunca.

—Llevó la palma de mi mano hacia uno de sus pechos y la subió hasta el corazón. —¿Sientes?

—Palpita —contesté.

—No solo palpita.

—¿Qué hace?

—Ama... —Al decir esto su gesto decae ligeramente. Una sonrisa mal dibujada penetra en su rostro. —Amar está mal Kalmansuspira. —Las almas infestadas de gérmenes no deben amar porque entonces corromperán al amor. —Su mirada se pierde—. Que pecado Kalman, que pecado más grande yace en el amor corrompido.

—Min.

—No —niega con la cabeza. —Que error Reg., que error amar cuando no mereces hacerlo —estrangula mi brazo. —Dios, dame vida para no morir de amor. —Las lágrimas pronto dejan sus ojos e irrumpen desde sus mejillas hasta su cuello. Recorren sus pechos y se pierden en su estómago. —Él me ama, ¿sabe? —se forma un nudo en mi garganta. —Yo lo amo también—. El nudo empieza a reproducirse, a ahorcar al músculo hueco que bombea mi sangre. —Mas no puedo evitar lo que siento por usted. —Mis arterias van desconectándose. —¿Será que lo amo también?— Nuestras manos entrelazadas están sobre sus piernas. —Las noches son de insomnios que tienen nombre suelta mi mano. —¿Pero como amar de tres? —Bebe de la birra que ha dejado a un lado. —¿Usted ha amado alguna vez.

Créame Doc. que las respuestas no son de las preguntas, son las preguntas de las respuestas. Esa noche no pude contestarle, tal vez el otro yo quería resguardarse ante una clara situación en donde podía salir herido. Un hombre de cuarenta años frente a una jovencita de los veinte, haciéndose

preguntas que le pertenecen a los libros, hablando de amor efímero que se traduce en deseo. Soy escritor porque escribir libera a mis demonios. Es la planta mágica de la vida, cuando escribo, esos recuerdos guardados en mi cerebro se desatan y puedo sanar esas memorias enfermas de una niñez violentada, el abandono de la misericordia. Querido Doc., escribir es el Ayahuasca de mis días, porque entonces sin éste podría morir... sin embargo, es una terapia dolorosa, donde me conecto con esos muertos que pienso he olvidado, con esas almas que aparentemente he perdonado, con ese yo que supuestamente conozco, con el mismo que me muestra al otro ser que vive en mí. Soy escritor porque el universo me dio una vida distinta; una de esas que llevan al cine, donde la sala se llena, las palomitas se venden, la gente ríe, llora, enmudece, entiende, no entiende, y siente. Soy escritor Doc., así que no debe confiar plenamente en mí.

—Min.

—¿Que?

—Amar no es para todos —sus ojos cafés se destruyen frente a un romance imposible. —A veces no hay que saber lo que sentimos para sentir verdaderamente. A veces solo el miedo nos conlleva al amor, es mejor sentir antes que amar, y escribir de eso que sientes. —Besé sus nudillos. —Pertenece a esos momentos en donde vuelvas a ser humana.

Se puso de rodillas. Sujetó con ambas manos mi rostro. Su frente chocó con la mía. Fusionando nuestras miradas, prosiguió:

—Entonces siéntase humano conmigo Kalman. —Volvió a besarme.

Su cuerpo cayó sobre el mío. La alfombra de testigo. Se arrastró por mi cuerpo. Desabrochó mis pantalones, bajó mis calzoncillos. Manipuló mi miembro descubierto con sus manos. Pronto lo llevó entre sus labios y fue ingiriendo desde la punta hasta el fondo. Movimientos circulares con la lengua. El labio inferior besando el tronco erecto. El labio superior haciendo el resto del trabajo. Su paladar cálido rozaba a mis genitales, para luego empujar hacia su garganta. Vaya túnel que ha formado. Succiona. Saborea. Jala. Esconde sus dientes para no dañarme. Me mira de vez en cuando, con las manos alrededor de éste presiona con fuerza hacia mí y vuelve a repetir los movimientos. Acelera. La lengua se vuelve un arma mortal, esa que las mujeres deberían saber usar y con la que un hombre puede conectar contigo sin necesitar a nadie más. Pronto mi pene se calienta. Ella tira de él con la boca como una aspiradora. Está sonrojada. Se detiene. Sonríe. Se auto reemplaza con la mano. Se acerca a mí. Me besa. De esos con sabor a ti

mismo, pero también a ella. Sigue manipulando. La necesidad de venirme crece. Con la otra mano libre baja sus jeans y las bragas, sus piernas se separan. Paulatinamente rodea mis caderas. Se levanta levemente. Permite a mi sexo entrar, es un proceso lento. Sostiene su cuerpo con sus brazos, con las palmas apoyadas en mi abdomen y cierra los ojos. Arruga los párpados, frunce el ceño, entre abre la boca, jadea. Entra y sale. Vuelve a entrar. Aligera la situación. Gime. Presiona mis órganos. Sale nuevamente. Lo deja adentro por un segundo entretanto se acerca a mí para besarme. Sus genitales extasiados sufren. Resisto un poco más. Sangra. Es como la primera vez y de repente me vengo. Dentro. Sin miedo. Ella es como un cofre de tesoros, la eyaculación sabe diferente, mi estómago se ha quedado con un vacío delicioso, una soga en mi garganta aprieta con fuerza, pero seguridad. Fue un sexo estupendo Doc., sin embargo, no hicimos el amor.

Más tarde esa misma noche, se recostó al lado mío; nos quedamos allí, en silencio. Nueva York a nuestro alrededor, olor a Godiva, champaña Moët & Chandon y algunas lágrimas saladas. Entrelazo sus piernas con las mías y sostuvo mi mano con la suya. Al poco tiempo se durmió. Me quedé viéndola. Tomé su cuerpo y lo llevé hasta esa habitación en donde alguna vez dormimos juntos, la dejé allí y bajé a continuar de esa novela en la que ya había tenido participación.

“Vuelve a mí en otra vida y te juro que serás la única”. —Kalman en esa novela que lo llevó a la muerte inminente.

Cuando uno escribe las horas pasan más rápido que en la cotidianidad. Un escritor vive el mismo tiempo que un animal. Los segundos, las horas, los días, no sirven de nada para determinarle el tiempo a un libro. Los libros le determinan el tiempo al tiempo. Escribí unas cuantas páginas, hasta que el amanecer penetró en el living. Fumé un cigarrillo viendo al sol resplandecer frente a una ciudad gélida. Las frases que retumbaban en mi cabeza tenían que salir, así es que aproveche el deseo para tomar un baño —de los que ya le hablé —de esos que permiten tener una nueva vida, me vestí de traje, camisa blanca, corbata a cuadros, me peiné con la raya a un costado y gel para evitar que la brisa producida por los rascacielos en la ciudad me despeinara. Finalmente, rocié algo de loción sobre la ropa y me acerqué a darle un beso en la frente.

—Ya vuelvo.

Entenderá que mis recorridos en la ciudad son largos.

Tengo que presentarme en casa, aceptar un nuevo cambio hecho por la

mujer con la que sigo casado, probar de esos queques en la cocina, dejar encargado al personal de limpieza algunos trajes sucios, pedirle al pintor que no vuelva a venir a la casa y que deje por un tiempo el color con el que está decorando mis paredes, para después escribir una nota diciendo que voy a la oficina. Indicarle a Thompson que me deje en el despacho, revisar los diseños de portadas, hablar con el jefe de publicidad, entregar un nuevo escrito, beber café en la sala en el comedor, decirle a la secretaria que volveré en una semana, marcharme. Pasar a visitar al asesor que está dirigiendo la compra de mi nueva propiedad, pedirle que sea pronto, quiero mudarme al Olympic Tower cuanto antes y me gustaría tener la oportunidad de mostrárselo a ella. Me pide dinero. Le hago un cheque. Estrechamos las manos. Me dice que en una semana el papeleo estará resuelto. Me voy. Hago una lista de mis requerimientos para la semana. Se la entrego a Paul Thompson. Compró flores en el establecimiento cerca de casa. Continúo. Me bajo en el pálido edificio en donde ya no quiero vivir. Subo por el ascensor. Tengo la bolsa celeste de la joyería. Entro en mi apartamento. Me apresuro en llegar al segundo piso. Llego y ya no estaba Doc., la mujercita semi desnuda sobre las sabanas ya no estaba y yo sí. Recuerdo como la sangre se enfrió, las arterias se obstruyeron, mi glándula timo se amarró, la cabeza me pesaba kilos y un dolor en la boca del estómago me invadió. Lancé con pesadez las rosas perlas que había comprado sobre la cama. Caminé hacia el Walk in Closet, guardé los pendientes en el primer cajón de la cómoda de pantalones. Desaté mi corbata. Abrí los botones de mi camisa. Volví hacia la habitación, me detuve a admirar la energía que su figura había abandonado sobre el edredón de plumas. “Estas muerto Kalman. Felizmente muerto”, la otra voz en mi interior repetía esta frase con vacilación. En seguida, me di la vuelta y bajé por las escaleras. Necesitaba de ese licor burbujeante. Una embriaguez que me hiciera desatender a mis sentimientos. Abrí el refrigerador. Extraje una botella de champán Brut. No quería saber de dulces, necesitaba de un alcohol que congeniara conmigo. Me serví en una copa. Tomé asiento sobre el sillón que me permitía ver a la ciudad bajo la que ambos nos resguardábamos. Fue entonces, cuando entendí que no escoges al amor, el amor te escoge a ti. Me ladee hacia la mesa de centro con los ojos cerrados, junte mis manos en símbolo de oración.

—Dios, hazme arder en llamas, pero líbrame del infierno que significa amar y no ser amado de vuelta.

Sé que va cuestionar lo que he dicho porque la coherencia no caracteriza

a mis palabras, no obstante, créame que usted no sabe lo que ella puede hacer sentir. El humano no es suficientemente capaz de lidiar con ese ser que la habita. Tiene la habilidad de evangelizarte a su gusto. Es mejor tenerla de amiga que de enemiga porque sus palabras son conjuros que el universo escucha, obedece y transforma en realidad.

Paul Thompson entró en el lugar, llevaba las bolsas del supermercado, ordenó los víveres mientras yo bebía del olvido. Se aproximó hacia mí y me extendió una carta. Volvió a la cocina.

—Lo han mandado para usted —abrió la puerta y se fue.

Sin nombre ni remitente. Abrí la cartulina que había sido sellada por cera roja en forma de corazón. Extraje el papel de arroz del interior del sobre. Querido T. R. Kalman,

Aunque ya no se escriben de estas, se debería seguir haciendo. Si bien ya no se dicen las cosas que uno piensa, y se piensa las cosas que uno debe decir, se deberían seguir diciendo. Por más que la gente ya no viste como quiere, se tendría que seguir vistiendo...hay tantas cosas que hemos venido reprimiendo que no deberíamos seguir viviendo. Hemos castrado a nuestro ser de una manera tan sangrienta que me hace tiritar con tan solo imaginar. Tanto tú como yo sabe el daño que la sociedad puede hacernos, el pesar que genera en nuestras almas, el miedo en nuestros ojos y el amor restringido que hemos aprendido a dar. Lo siento Reginald, lo siento por haberte conocido en un siglo en donde el físico interesa más que la esencia, en donde el dinero es símbolo de poder, el egocentrismo la base de la belleza y el arte la revolución. Perdona a mi alma por haberte buscado en esta vida cuando alguien más estaba en tu corazón. Vuelve donde está la que te espera en casa, esa misma que llora porque no duermes con ella, la mujer que sueña conmigo, la que se retuerce en engaño y que te ama hace muchos años.

Sé que ahora piensas que destruí ese universo que creamos juntos, pero no olvides que las memorias que gustan se guardan para la eternidad, y a pesar de mis palabras, no puedo prometerte un hasta nunca; mas sí, un hasta siempre... Porque las almas que están destinadas a ser, no pueden perderse, por ende, esto no será lo último que sabrás de mí. Solo te pido qué si te veo, no te conozco, si me vez, tampoco lo haces, si nos vemos, besémonos y volvámonos a perder.

Sigue escribiendo de esa novela en donde has tatuado mi nombre, esa historia de película que es más tuya que mía, ponle un buen título y seguirás acercándote al cielo.

Feliz muerte Kalman.

M.

—¿Lo volvió a ver?

—Lo hizo y usted lo sabe.

—¿Por qué escribió la carta entonces?

—Porque a veces hay que re afirmarnos quienes somos pues existen ciertas mentiras en las que estamos perdiéndonos.

—Por el contrario.

—Así es. Ella estaba re afirmándose una mentira Doc., para que la culpa no la mate...porque de pronto lo había vuelto a amar a él, y él fue el fin del hasta siempre.

XVIII

No voy a hablar puntualmente de los días posteriores porque de ellos no existe nada digno que contar. Continúe con mi rutina. Volví a las subastas. El otro ser que habitaba en mí me pedía que ignorara haberla conocido. Me dediqué a mi siguiente publicación. Empecé a colaborar con mis dibujantes. Beber más seguido café en el comedor. Sentarme en ese escritorio de vidrio que tenía una amplia vista de la ciudad Tuve horas extras para dedicarme al diseño de mi nueva vivienda. Expliqué al detalle como quería que fuese el diseño de interiores de mi nuevo escondite. Un escondite no tan oculto. Fui a la capilla de San Patricio, recé; con el ego por los cielos, pero el alma por los suelos. Dios no me escuchó, así que recurrí a su madre por un perdón más misericordioso. Salí de allí. Tomé el auto que me esperaba en la puerta. Nos detuvimos en Wall Street. Caminé hasta el cementerio en donde yacía enterrado mi padre y fue la primera vez que lo volví a ver. Era un parque con poca vegetación. Las tumbas sucias, sin flores. Caminé hasta él. Me puse en cuclillas y apoyé uno de mis codos sobre mi rodilla. Nos quedamos en silencio, tan solo por unos segundos, examinándonos cautelosamente.

—Todo este tiempo muerto y sigues sin poder charlar conmigo—. Hice una pausa. —Todo este tiempo enterrado bajo mugre viviendo con tus demonios, y sigues sin reconocerme. —Sonreí. Con esa angustia que mataba a mis células. —Tantos años pudriéndote y sin poder querer a tu propio hijo. —Negué con la cabeza. —En cambio, a él...a él sí ¿verdad?, a él sí. Con esos errores en la espalda, con las denuncias en la comisaría, con la muerte en sus manos, con los gritos de otros en sus genitales, con esa basura que a ti y a él les divertía. Más Varonil. Más Varonil, eso es lo que te falta a ti Tommy. —La lengua se me enrosca. —¿Qué hubiera pasado padre si alguna vez te hacían lo mismo que a tu hijo? ¿Qué tal si hubiera sido yo quien te mandaba a la cárcel? ¿Por qué no fui yo padre? ¿Por qué? —Su nombre tallado en la lápida vibraba en mis ojos.

—Desearía haberte puesto en el estrado y verte responder frente a juicios que tú mismo buscaste. —Aprieto los dientes. —¿Qué consuelo debes tener tú en ese infierno en donde hasta Satanás te aborrece?. —El nudo en mi garganta comienza a soltarse. —Ojalá te hayan violado a ti también padre. Alguno de esos amigos del otro Kalman quienes disfrutaban de esos juegos.

Esos juegos que ejecutaban sobre aquellos a quienes el dinero les faltaba, o a los que su color de piel los denigraba. Ojalá te hayan violado hasta las lágrimas padre, porque esos chillidos de los que mis oídos fueron testigos no pueden abandonarme. Más aún cuando en la iglesia ya no me escuchan, cuando me han desterrado por haber sido hijo tuyo. —Lagrimas insolentes recorren mis mejillas. Lagrimas que no puedo detener. —Ahí va él. El retoño del gran Kalman, del gran Kalman... ¿gran? ¿gran, padre? ¿Qué tanto te mereces ese título? ¿Qué tanto? —Mis labios tiemblan. —Juro Kalman que vivo para que el universo perdone tus pecados. Me retuerzo como un demonio sin amor porque la vida no me ha permitido tenerlo. Y siento, siento tanto que mi alma sale de su templo para no sentir más. El corazón se me congela, y entonces soy un fantasma sin dirección, uno de esos que divagan por la tierra en busca de misericordia. Me puse de pie cuando la noche se había adueñado de Nueva York.

—Oh padre mío, no me olvides, porque iré por ti a donde estés, y el carbón tatuará tu rostro, mientras sangras por detrás. —Le di la espalda a medida que caminaba hacia donde se encontraba Thompson.

—Ha llamado su esposa. —Camina a mi lado.

—¿Qué necesita?

—Lo espera esta noche.

—¿Qué hay esta noche?

—Es su cumpleaños.

—Cierto —me pierdo en esa bruma invernal que toma Nueva York. Si mi cumpleaños me importará en realidad tal vez iría a esa reunión sin sentido que mi esposa lleva planeando hace un tiempo y por la cual ha cambiado todo el estilo del departamento por milésima vez. Sin embargo, no importa si tengo un signo zodiacal que rige a mis demonios o si un astrólogo me dijo que moriría joven, que no tendría hijos y que me enamoraría solo una vez; lo único que quiero es estar con ella. —Encuentra a Minerva, dile que quiero verla.

Ingreso en el coche que me espera estacionado a un lado de la pista. Los chocolates Godiva en la caja todavía sellada me observan desde el asiento de al lado, no hay fresas, pero pronto habrá.

“En el instante que pierdes el ansia de encontrarte, tu espíritu empieza a desempolvase y tu verdadero yo, renace. Preocúpate cuando pierdas las ganas, porque será allí en donde te enfrentarás con el dilema de gustarte verdaderamente u odiarte profundamente. “-Kalman en ese

libro que hasta el día de hoy guarda entre los machotes inconclusos.

La necesitaba a ella, de todas las formas, sabores, texturas y ciencia. La quería a ella para cumplir con la intención de vivir, para curar esas heridas infringidas por mis antepasados. Quería tener el poder de crear a Dios a mi imagen y semejanza. Deseaba transgredir la bruma gris de las tinieblas para enfrentarme a ese espécimen que fue partícipe de mi nacimiento.

Llegué al Olympic Tower, estaba por evaluar el Pent House recientemente remodelado; el diseñador estaba ansioso por enseñarme la pieza de arte trabajada para Reginald Kalman.

—Para usted —digo, mientras interrumpo la ilación de la historia.

—Para Reginald Kalman, el escritor —sostiene el cigarro entre la comisura de sus labios —En aquel momento, yo era un mortal más, no era digno de ese lugar, ni de ese título...ella ya no estaba y mis súper poderes se habían extinto.

El piso era tal cual lo conoce. Ingresabas por la galería en donde yacían las piezas de arte psicodélico y pop que había comprado en las últimas subastas, un pequeño espacio abierto mostraba el living que introducía a la biblioteca, después estaban las cortinas perlas con pliegues que junto con la vista panorámica de la ciudad te acurrucaban en los sillones tapizados con terciopelo gris, para luego invitarte a disfrutar de la alfombra plana en el suelo o de la dimensión de novelas prestigiosas que encarnaban diferentes mundos y yacían decorando aquel espacio hueco, donde había decidido vivir.

Posteriormente estaba el baño de invitados hecho con mármol Carrara beige, poseía cajones blancos y cerraduras plateadas, además contaba con toallas felpudas bordadas con mis iniciales. Frente a éste, los portones abiertos de par en par te introducían ante una mesa larga de tonos claros, con sillas bañadas en plata, una araña de cristal que colgaba del techo te transportaba algunos siglos atrás, acuarelas de diversos tonos de azules maximizadas sobre la pared, vitrinas encapsulando Nueva York, y dentro del mismo ambiente un bar que te preparaba para sumergirte al interior de la cocina minimalista, estigmatizada por las alacenas y los secretos que cada una guardaba. Cerca de la explosión de colores creada por mi imaginación, estaba una zona estrictamente para el personal.

Debo confesar que jamás he visitado ese ambiente, sin embargo, puedo continuar explayándome sobre la adaptación más próxima al edén; Unas escaleras a la mano izquierda de la entrada te desplazaban al segundo piso. Nuevamente un recibidor conformado por obras de arte adquiridas en

subastas. Después estaba un pasadizo con recortes de periódicos emblemáticos en donde yo he aparecido. Seguidamente, podemos ubicar la puerta del dormitorio principal que rodea la esquina del edificio, donde yace uno de mis cuadros preferidos, en el cual lucen los demás rascacielos, y que es enmarcado por una vitrina de cristal. Suelo alfombrado, sillones, una cama arropada con telas griegas. De pronto, te pierdes en el clóset; ganchos de cuero negro de donde cuelgan mis trajes seleccionados por colores, cajones con divisiones internas para guardar los relojes, otros para corbatas, pañuelos, entre otras cosas, y luego está la repisa resguardada con llave donde está mi colección de gemelos, anillos y cadenas. Un espejo que retrata la mitad de mi cuerpo rodeado por focos que alumbran mi figura, un armario de dos puertas de pared a pared donde están los zapatos y para finalizar otro espejo que fotografía toda la magnitud de mi closet. Al lado de éste, tienes la puerta del toilette con vista a la ciudadela, cajones blancos, detalles plata, un sofá tapizado con gamuza, una bañera York sostenida por sus patas bañadas en oro blanco, la puerta escondida hacia un balneario de piedras calientes, vapor, y colores cálidos.

El resto del piso estaba también conformado por habitaciones egocéntricas. Estaba mi oficina y el cuarto de visitas que incluía una piscina circular de mármol que eliminaba sales marroquíes y burbujeaba perennemente.

Estreché la mano del diseñador de interiores que estaba parado al lado mío. Ambos nos quedamos observando la imagen de Nueva York frente a nosotros. Estaba igual de pasmado que usted cuando vio el esplendor de esa ciudad tan enviciada con excesos. Cruzó los brazos, suspiro y de pronto se escuchó la voz de ella.

—¿Hola? ¿Kalman? —Sonreí con los labios cerrados y con cierto placer de poder.

—Parece ser que... —en seguida lo silencié con un gesto. Saqué un cheque del bolsillo interior de mi chaqueta y se lo entregué.

—Puede irse —le dije en susurro. —Salga por la puerta del personal.

—Le indique con el dedo y sin dirigirle la mirada y todavía observando la majestuosa imagen de mi ciudad, se retiró. Acto seguido ella volvió a hablar.

—Buen día.

—Buen día —le replicó él.

—¿Puedo? —Asumo que señalo la entrada al living.

—Por favor... —respondió.

La suela de sus zapatos sobre el piso de madera me transportaba hacia memorias que mi mente se rehusaba a olvidar, y hay cierta nostalgia en esos pasos que ella da.

—¿Que ha pasado Reginald? —me dice desde la galería.

—Deseaba verte. —Saco las manos de los bolsillos del pantalón. Volteo la cabeza hacia un lado para poder admirarla con el rabillo del ojo, pero sin perder autoridad.

—¿Por qué me ha enviado a traer por Thompson? ¿Por qué no ha venido usted a buscarme? —Ingresa con paso tembloroso en la sala que pronto bautizaré con su nombre. —Sabe que no me gusta verle. ¿Por qué ha querido disgustarme Kalman? —Vuelvo la mirada hacia mi lienzo con movimiento añadido.

—Porque estabas con Ed... y no quería ser inoportuno.

—Le dije que la condición para volvernos a ver sería si el destino lo quisiese así... —se desvía hacia los estantes de libros. —Ha desobedecido Kalman. —Las yemas de sus dedos rozan el lomo de los tomos. —Y ahora no podré volverlo a ver. —Toma uno del librero y lo abre por la mitad. —Estoy enamorada Reginald. Deje usted de intervenir en mi corazón, deje de confundir a mi mente. —Cierra el machote con ambas manos. Vuelve a meterlo en el espacio hueco.

—Quien te escuchara pensaría que me quieres olvidar. —Regreso la mirada hacia ella, directamente a los ojos cafés de la mujercita. Sus labios están entre abiertos. Todavía hay una grieta entre nosotros. —Lamento informarle que cuando gente como nosotros se encuentra, el olvido es imposible. —Extiendo el brazo, le entrego mi fuerza, sujeta mi mano. Las puntas de nuestros zapatos se tocan. Alza levemente el rostro para poder verme.

Me gusta fotografiar los detalles de su rostro con la mente. Admirar eso que los demás no ven. Hacerla mía con la energía que mi cuerpo emana. Nadar junto a ella en ese océano donde las ondas de las olas te cubren enteramente, el miedo golpea tu estómago, los animales marinos huelen de eso que los va a alimentar. La sensación de una desgracia recorre tus nervios, tu cerebro es avisado del próximo ataque, sin embargo, la tienes allí, sosteniéndote, como un salvavidas, dándote la calma que necesitas para morir en paz. Appreciar ese mundo en su interior te hace vibrar el alma.

—Lo he echado de menos Kalman

—No vuelva a perderse Minerva.

Sonríe. Ella es consciente del arma letal que significa para mí.

—A veces hay que perderse primero para luego encontrarse a medida que uno va creciendo. —Suelta mi mano y rodea con ambos brazos mi cuello. —Sepa que quiero perderme, así es que no me detenga. —Sus labios topan los míos.

Vuelva al comienzo de la secundaria conmigo Doc., aquel tiempo donde me distraía con las horas infinitas. Atiborrado con palabrería escueta. Dibujando líneas sobre hojas rayadas limitantes y mirando el pizarrón verde manchado con tiza blanca que producía jaqueca. Regrese a esa época de zapatillas, mochila en los hombros, gorra para el sol y frenillos. Ese periodo en el cual lo mejor de la escuela eran las alumnas del colegio que colindaba con el mío. Las faldas pequeñas, cabellos sueltos, blusas desabotonadas. Entienda que no hablo de las chicas de mi mismo grado, sino de aquellas que me buscaban para que les ayudara con sus ensayos, con los folletos que tenían que llenar, con los deberes escolares que no querían hacer; esas que estaban a puertas de acabar los estudios.

Ya sabe usted de la historia de mi vida. Trabajaba desde joven. Me mudé pronto de casa. Me alejé de mi familia. Y buscando eso que llamamos “calidad de vida”, encontré esto: senos a cambio de tareas, besos por ensayos, masturbación oral por clases, penetración por las respuestas de los exámenes; me estaba haciendo un hombre y utilicé a mi mente para convertirme en uno. Estas situaciones se presentaban por doquier. Se convirtió en mi pasatiempo. No me mire así Doc., no estoy hablando porque sí. Quiero llegar al punto, a ese segundo en que alguien me besó, y cambió el sentido del tiempo.

Fue en vacaciones de invierno, una chica le pregunto a un amigo por mí. Trajo su caso a una cafetería en el alto Manhattan. Me propuso varios besos con lengua por clases de literatura, quería aprender a escribir. Si bien me negué al comienzo, sus tetas grandes, la falda corta, las medias largas, los escaarpines y sus labios carnosos que eran mi debilidad, me hicieron ceder. Ella prometió que marcaría mi vida con uno de sus besos. Usted entiende que las mujeres tienden a exagerar las cosas, ¿cierto?; así es que no le presté interés y accedí a echarle una mano. Un día de esos en los que le hablaba sobre mi estilo, dijo que quería besarme y luego, se desnudó. No me pregunte por qué, ni si quiera tuvimos sexo. Abrió sus piernas y se sentó sobre mí. Tomó mi cara con su mano derecha, acarició mi quijada con las yemas de sus dedos, metió el índice y el del medio en mi boca, los hizo jugar un rato.

Pensé que trataba de impresionarme, de modo que no manifesté afán. Estimulaba sus genitales sobre mis piernas con lentitud, después aceleró el proceso ligeramente, emitía sonidos con la garganta, cerraba los ojos, abría la boca y luego de unos minutos extrajo sus dedos para zamparme un lengüetazo, una mordida, un beso, un orgasmo, una sensación extraña en mí. El líquido proveniente de su vagina manchó mis pantalones de pijama. Probablemente, en otra situación esto me hubiera consternado, pero esa vez no fue así. Está rubia me regaló un beso verdaderamente único, por eso fue que con ella me casé. Mi consciencia ahora vive con ello, con esa promesa que solo duró un beso, porque no volvió a besarme igual jamás.

En fin, volviendo a Minerva, ese intercambio de salivas que tuvimos fue estremecedor. Cuando sus labios tocaron los míos, una especie de corriente energética se descargó sobre nosotros. Llegué a sentir las patéticas mariposas en el estómago, ¿mariposas?, sí Doc. Como un niño de catorce años sentí mariposas, y eso, fue realmente espeluznante. Entienda porque volví tantas veces a ella. Era imposible no hacerlo. No después de las sensaciones subnormales que inyectaba en mí.

Ese encuentro acabó con el padecimiento de nuestras almas. Las energías volvieron a conectarse. Mi cuello succionado por su boca. Las manos sobre mi torso. Los cuerpos desnudos, estrenando ese espacio frente a las magnéticas luces de la noche, con la metrópoli de fondo. Los cabellos sueltos cubriendo su espalda sombreada por frases escritas en dolor. Movimientos lentos, de los que le gustan a ella, con posiciones que la hacen sentirse segura. Lunares ocultos. Jadeos. El tapete manchado por orgasmos femeninos, estrujado por manos delicadas. Colchón de crímenes premeditados. Ella bautizó el espacio en donde la imaginación siempre era más poderosa que la realidad. En aquella oscuridad sentí de eso que no quería sentir. Estaba ella debajo mío, con las piernas enroscadas en mi espalda. Una flor crecía en mis órganos. No hablo de metáforas, hablo de realidad. Me detuve. Desvíe la vista. Las mil caras iban cayendo. Mi mundo interno desvistiéndose sobre la mujercita.

Tomó mi rostro

—¿Qué sucede? —preguntó.

Saben solo las galaxias lo que sucedía en ese yo que no conocía.

Mi corazón retumbaba hasta mis oídos. Mi garganta con sabor a hormonas, no sé a qué saben, pero deben saber a eso... la lengua seca. Los ojos perdidos. Así como cuando mueres. Las memorias invadidas por la

tumba de mi padre, el orgasmo de mi mujer, mi pantalón de pijama manchado, las lágrimas de mi madre, el sexo violentado por mi hermano, el niño violado, Ed, más sexo, escritos, máquina de escribir, lapiceros, flores, semen, bosques de colores, ella. Ella y sobre todas las cosas ella, amar a ella, desear a ella, dibujar a ella, escribir de ella. El padre, cemento, lagrimas, angustia en mi pecho estrangulando mis entrañas, el cántico al fondo de esa película mal grabada que originaba horror.

—Reg., ¿qué pasa? —Se apoya en sus codos.

Padre nuestro líbrame del mal.

Lo vi. Sentado en una mecedora. Cigarro en la mano. Lentes circulares. Un libro antiguo sobre el regazo. La habitación estrambótica. Los lienzos de un Cristo cargando la cruz, María ensangrentada, comida y gentío. Una biblioteca arrullando el cuarto. Olor a chocolate suizo, a alcohol y nicotina. La iluminación tenue. Cadenas en los tobillos. Ese hombre volvía a la vida cada vez que veía a su hija en angustia; yo era esa angustia perenne de Minerva, ese ser que no debió cruzarse en su camino, que no tenía que recoger su cuerpo rendido ante las lágrimas el día de la subasta, yo no estaba destinado para ella, Ed sí.

—¡Reginald Kalman! —me empujó.

Amén.

—Min.

—¿Qué sucede contigo? —acomoda sus cabellos hacia atrás.

—Minerva.

—¿Qué?

—Creo haber tenido una alucinación.

—¿Y eso?— Alzó una de las cejas.

—Me he transportado dentro de un recuerdo tuyo.

—Basta.

—No. Es verdad.

—¿Y qué has visto entonces?

—A tu padre en una silla. Lo he visto con un cigarro en la mano, una chata en la otra. Rodeado de arte religioso.

Cruza los brazos delante de sus senos. Envuelve sus genitales con sus piernas.

—¿Lo has visto?

—Sí.

—Lo he visto también —agacha la vista. —Pero no hoy. Es una

alucinación que viene y va.

—¿Pasó?

—Cuando era niña —el tono de su voz disminuye. —Cuando él y mi madre... —Piensa, se hunde más en sí misma. —Es suficiente Reg. no quiero hablar de ello. —La voz vuelve a incrementarse, resguardando cada parte del ser que aún le queda. Se pone de pie. —Está muerto, ¿sabes? Que siga muerto... —Empieza a vestirse. Abotona sus pantalones negros. Se agacha para levantar el sujetador. Lo engancha en la espalda. —Que siga muerto Kalman, no quiero volver a verlo. —Saca unas pastillas del bolsillo. Las mete en su boca. —Si lo visita, dígame que puede irse, que no lo necesito más. —Las palabras que ha escupido son polvo. Partículas de un pasado turbio. —Pídale que aleje a esos espectros de la casa, que tampoco los quiero a ellos. —Termina de cubrirse con una casaca blanca con salpicadura de acrílicos de colores. Unas cuantas lágrimas han escapado de su control.

—Min. —Paso ambas palmas por mis calzoncillos a cuadros.

—No sabe con lo que lidia Kalman. No debería entrometerse—. Su mirada parece haber perdido sentido. El Xanax ha tomado posesión de ella. —Déjelo. —Toma lo que queda de sus pertenencia.

—No vuelva a verlo. —Hace una pausa. —A su mujer sí, pero a él no. Se lo prohíbo. —Marcha hacia la puerta. Regresa por última vez la vista. —Si vuelve a verlo, no me volverá a ver a mí.

Se va. El sonido de la puerta retumba. La calefacción encendida no sirve cuando lo que yace en el lugar son energías universales congeladas. Ella no sabía Doc., no hasta ese momento... que cada vez que la veía, lo veía a él. Porque como usted sabe, él vive en ella.

XIX

—Verá Doc., después de ese acontecimiento subí a mi despacho para proseguir con la novela. Sin embargo, mi concentración era nula. Apenas conseguí redactar un par de líneas que borraba para volver a escribir. Bajé a la cocina, bebí café, un vaso con agua. Caminé hasta la sala, cogí un libro, lo ojeé, leí de un capítulo, volví a guardarlo. Subí nuevamente. Me senté en la silla de cuero declinable. Pase las manos por mi cabeza. Pronto entendí, que lo que me pasaba iba más allá de mi control. —Prende un cigarro que ha encontrado en la guantera del automóvil. —El sentir es una maldición bendita...cuando la conocí, la quise sin saber, con eso de lo que uno no busca, pero sí... con la locura de un amor a primera vista, sin desacierto. El tiempo siguió su curso, de modo que me apropié de su risa para escucharla cuando se hubiese ido. Dibujé sus labios para besarlos en sueños. Encontré su sexo en otras dimensiones. Esperé atento a esa muñeca rota para volverla a armar. Me gustaba acariciar sus cabellos cuando dormía. Regalarle flores que nunca recibió. Sentir de eso que yo no conocía, pero la simpleza de mi alma no fue suficiente. Cuando el amor está enfermo, no puede amar igual. —Le da una pitada al cigarrillo. —Quizás no era amor. Quizás era soledad. Porque entonces yo había perdido el sentir... tal vez fue eso, la necesidad de volver a sentir. Marcar mi vida nuevamente, con tristeza o con felicidad. Con cualquier intención que me hiciera sentir humano. —El humo se aleja por la ventana entre abierta, perdiéndose entre los rascacielos. —¿Cómo pedirle un acto tan heroico a la vida como el ser, humano? ¿Cómo pretender serlo sin transitar primero por los pasajes del amor? —Fuma. —Me enamoré Doc., del sentido que podía tener el amor cuando amas verdaderamente. —Cierra los ojos. Inhala el aire glacial que ingresa por la rendija del auto. —Y me maldije por amarla. Porque mi persona no era digna de amor. No en esta vida. Probablemente en otra. Pero no en esta. Yo solo debía cumplir con los pecados que debía redimir.

Estaba tan exhausto. El hombre quien vivía de la apariencia que diseminaba en los medios, no cabía en él mismo. Su ímpetu se había fundido con los matices de la cotidianidad. Miraba derrotado a la raza frente a sus narices. De pronto, el hombre en ese Pent House había cambiado roles con éste que con los hombros caídos me hablaba de amor. El escritor que vivía en

él seguramente estaría decepcionado. El propio Kalman se miraría desde aquel piso en el Olympic Tower y seguramente querría acabar con su vida. Por lo tanto, tomé la iniciativa de aprovechar la vulnerabilidad para acercar mi mano a su omoplato y brindarle mi afecto indirecto por la historia que compartíamos.

—Todo el mundo tiene miedo a algo... —me arrinconé en la puerta.

—Usted le tiene miedo al amor.

En efecto, el hombre teme por su virilidad al instante que cree que el amor lo hace débil, sin embargo, no hay pensamiento más errado que éste. Amar solo puede hacerte más fuerte, dotarte de un poder tan compacto como el del universo, concediéndote el privilegio de elegir, es allí donde te enfrentarás con las dos caras de la moneda. Pero quien usa el poder del amor de manera equivocada, tendrá que pagar las consecuencias, porque entonces el poder lo habrá rebalsado y tendrá que enfrentar sus propios miedos.

—Ella volvió a casa esa noche Señor Kalman. —Regreso a la comodidad de mi anterior postura. —Él cocinaba. Victoria fumaba al lado de la barra. Minerva dejó sus llaves en la entrada, se quitó los zapatos y se aproximó hacia ellos.

El sonido de la radio en reproducción aleatoria no les permitió escuchar los pasos de la mujercita. Su contorneada figura pide a gritos atención. Su sobrina bebe del whisky que le han servido. Ed voltea con la sartén en mano, el trapo sucio en el hombro, los puños de la camisa remangados y el cuello descubierto.

—Has llegado por fin... —Vic. examina cada célula de su amiga. Hay cierta cantidad de envidia en el resplandor de su pupila. —¿Dónde has estado.

—En ningún lugar. —Besa su cachete bermejo por el sarpullido que le ha causado la alergia al alcohol que trata de encubrir.

—¿Y ese olor? —La toma del gollete de la casaca.

—Suelta Victoria —se libera de las uñas acrílicas con manicura francesa. —Qué pesada estas hoy —se quita la chaqueta, la lanza sobre el mueble y se acerca hacia él. El pop barroco en el mix suena estrepitosamente en los oídos de Min —Cómo me has hecho falta. —Eleva los brazos para apretarlo con ganas. Ed. deja la cacerola sobre la barra de granito. —Mucha falta. —Apoya su rostro contra su hombro.

—Mi amor.

—Mi vida. —Lo aprieta contra ella. Besa su piel descubierta. Se

estremece de cosquillas. —Mmm, me gusta este perfume. —Pasa su lengua entre algunas pecas en su cuello. —Podría hacerte el amor en este mismo momento.

—¡Por favor! —exclama la otra jovencita. —¡Paren con tanto...!

—¿Te molesta? —Minerva voltea hacia ella, con sonrisa maliciosa.

—¿Qué tanto te molesta Vic? ¿Qué tanto? —Se relame la comisura de los labios. Camina puliendo la mesa con sus dedos. Se detiene frente a ella, rozándole la ropa. —¿Qué tantas ganas tienes Victoria? —Juguetea con el cachete de su amiga. Restriega el suyo contra el de ella. —Cógeme una teta Victoria, sé feliz. —Le susurra al oído. Toma la mano que ésta ha dejado sobre su regazo y la obliga a manosearle el seno derecho. Con la punta de su lengua toca el lóbulo de su oreja. —Mete tus manos aquí. —Agarra las muñecas de la rubia e irrumpe con ellas en su cuerpo. Inicia un toqueteo excitante sobre sus senos. Aprovecha el momento para tomar los Jeans con sus manos. La arrincona contra la barra. Mete sus dedos en las bragas de la chica. Ingresa en los genitales. Ed se apoya contra la alacena a sus espaldas, su miembro empieza a erigirse. Los dedos medio e índice penetran en la vagina de Victoria. Cierra los ojos. Se sostiene del mostrador. Minerva mete los dedos con habilidad, como si se tratase de un miembro masculino. Jadea fuertemente inhibiendo los gimoteos de su amiga. —¡Córrete Victoria! ¡Córrete en mí! —Sin sacar los dedos, empuja su cuerpo contra el de ella. —Tócame Vic.... —Jadea. La jovencita de ojos claros obedece las órdenes y apretuja los pezones de la diosa con sus manos. Min se mueve con seguridad, masturbándola con fogosidad. Una mezcla electro estalla en los parlantes. —¡Vamos Vic, sobre mí! —Presiente que sus genitales están cada vez más calientes. La presión quiere liberarse. —Una vez más, carraspea. —El líquido gomoso explota sobre la mujercita. La ropa interior se moja. Los pantalones se ensucian y ella quita la mano de allí. Aleja su cara de Victoria para verla con claridad. Lleva sus labios a su frente y le da un beso. —Te quiero amiga. —Seca sus manos con la toalla sobre Ed. —Tengo hambre amor. ¿Qué cocinaste? —Asoma la cabeza sobre las cacerolas.

—Pasta.

—Ya veo. —Le da un beso en la mejilla. —¿Comemos?

Su sobrina está avergonzada. La ha tocado una chica y no cualquier chica, su mejor amiga. En la casa del hombre que le gusta. Ha gimoteado al ritmo de la masturbación. Se ha venido en los pantalones.

—Perdonen. —Intenta guardar sus cosas en el bolso para irse.

—No pasa nada Vic, te he hecho un favor, lo necesitabas. Enrosca fideos en un tenedor y se los mete a la boca. Mastica. Traga. —Él no lo iba hacer. Él no puede hacerlo. No podías quedarte con las ganas. —Abre el refrigerador. Destapa una botella de cerveza y bebe de ésta. —No te sientas mal. —Se da media vuelta y observa a Victoria con aires de malicia. El rostro de su sobrina se ha ido tornando de color rojizo, le tiemblan las manos y los labios hinchados por la alergia al alcohol.

Victoria quería ser como ella, incluso fingía serlo cuando nadie estaba viendo. Se probaba los vestidos que Min había olvidado en su casa, los tacones que había comprado en la misma tienda, se maquillaba exactamente como lo hacía ella y jugueteaba frente al espejo con luces alrededor que estaba en medio de su walk in closet. Tenía botellas de champagne escondidas en un baúl a los pies de su cama; solía sentarse sobre la alfombra gris a beber del espumante que enfriaba dentro de una cubeta con hielo. Escuchaba pop barroco mientras fantaseaba con esa novela titulada: Victoria, que nadie había escrito. No era mala, no la malinterpreté, pero había sido contagiada por esa demencia que Minerva iba compartiendo con el universo. Si bien Vic., no deseaba escuchar por la radio del 911 que su padre acababa de caer desde las alturas, que la sangre se había esparcido alrededor de su cráneo, y que restos de materia cerebral estaban salpicadas en su ropa, ella si quería una vida trágicamente de película, para que así la gente se fijara en ella. Durante el tiempo que viví entre ambas, sabía los verdaderos sentimientos que tenía Vic hacia aquella morocha que decía adorar tanto, pero que en realidad quería ver en ruinas. Cuando el padre de Minerva falleció fue el comienzo del fin y ella se dedicó a ser testigo de la ráfaga de cosas malas que vinieron consigo y disfrutó desmesuradamente del distanciamiento entre Ed. y Min, quienes en alguna vida vivieron felices para siempre, pero que en esta, murió la amada y vivió el príncipe.

—Te amo Ed., por el resto de mi vida —lo tomó de la quijada y lo besó sublimemente.

Victoria se les quedó viendo y por un instante se imaginó que era ella y no Minerva. Había querido a ese chico desde el día en que lo conoció; su cabello cobrizo, las pecas en las mejillas, en la nariz, los labios delgados y sus amables ojos verdes, un principito de traje azul metálico en Manhattan. Hubiese deseado que la escogiera cupido a ella y no a Min., había creído tanto en esa amistad que habían formado ambos que se había olvidado cuanto hubieran podido ser y se maldecía profundamente por no haberle dado un

beso aquella noche en la que durmieron juntos.

Estaban echados sobre el cubrecama gris de seda, rodeados de almohadas doradas, Victoria sostenía un peluche y él la miraba con las manos entre las piernas recogidas.

—Estoy cansado de coleccionar corazones —suspiró. —Nadie entendería lo que se siente no querer a nadie como quisieras poder querer.

Ella se dio media vuelta para poder mirarlo. La ventana abierta del dormitorio dejaba ver las estridentes luces de una ciudad que nunca duerme, y esos rascacielos que algún día serían el escenario de suicidios recurrentes.

—Si fuese la correcta, la amarías sin dudar.

Bastaba con ver los ojos de vuestra sobrina para saber cuánto lo adoraba.

—Si ella pudiese verme, yo la vería también y la amaría tanto como no ame a nadie. —Toma el control del parlante sobre la mesa de noche del dormitorio y sube un poco el volumen. —Le dedicaría canciones, le escribiría poemas, le regalaría flores, pendientes, la desvestiría y la llevaría a la tina que seguramente habría llenado con agua tibia, y espuma de su color preferido.

Cerraron los ojos mientras los sonidos penetraban en su interior. Ella llevó ambas manos a su corazón y lo sostuvo fuerte para que no latiese tan veloz... lo transportó ligeramente entre sus senos hasta la boca del estómago y apretó suavemente, para pedirles a las mariposas que revolotearan más despacio, porque ese amor no era suyo, porque esos ojos no la veían y ese sentimiento debía morir, porque él no la amaba. Pobre Victoria, ella no sabía que él no sabía quién era todavía, que no conocía la vida y que lo siguiente que sucedería sería un infierno y no amor.

—Quiero soñar con ella Vic. —tragó saliva—. Quiero verla desnudarse frente a mí, quedarse en lencería, que sonría, que suspiré, deslizar las tiras del sostén por sus hombros, desabrocharlo, admirar sus senos y bailar con ella... —tomó aire—, con esa mujer que aún no conozco.

Las lágrimas fueron cayendo por las mejillas de la pequeña rubia, incapaz de decirle lo que sentía, secándolas en silencio, se mordió el labio inferior para minimizar el sonido de sus arcadas, apretó los dientes y entonces casi sin poder respirar, balbuceó.

—Afortunada ella.

—Afortunado yo —abrió los ojos y Vic. se dio la vuelta.

—¿Vic.?

—Estoy bien —escondió su rostro en la almohada.

Intentó reconfortarla y tocó su hombro, pero ella simplemente se alejó

más. Ed. se quedó callado, dejándola llorar en la tranquilidad de su espacio y luego se puso de pie, tomó su chaqueta de la silla, abrió la puerta, volvió a mirarla y con cierta melancolía se marchó. Le aseguro Kalman, que él no entendía lo que sucedía, y aunque su subconsciente lo supiera, él no quería saber, porque no quería enfrentar la verdad y es que su corazón no la amaba y su cerebro no pensaba en ella, sino en aquella mujercita que su alma sabía que pronto conocería.

Aquella noche salió del edificio, prendió el último cigarrillo que quedaba en la cajetilla, mandó un mensaje de texto a su chofer porque no tenía ganas de caminar hasta su apartamento, y espero en la cera a que pasase a buscarlo. No sé si a usted alguna vez le hablaron de los amores destinados, del hilo rojo, de la historia escrita, pero Ed. no sabía nada de eso, Ed. solo quería amar y fue esa noche en la que el universo decidió escucharlo.

—¿Tiene fuego? —le preguntó una voz ronca proveniente de atrás suyo.

Volteó a mirar quien era, y se topó con una jovencita con la máscara de pestañas corrida, un cigarro entre los labios, un vestido plata, tacones en la mano, medias negras, no llevaba cartera y parecía que había bebido más de la cuenta por el olor que de ella emanaba. Ed. metió la mano en el bolsillo del pantalón y extrajo un encendedor, lo aproximó hacia el pitillo y cubriéndolo del viento lo encendió, ella lo miró directamente a los ojos y mientras inhalaba, sonrió.

—Gracias. —Exhaló el humo hacia un costado y extendió el brazo. —
Minerva.

—Ed. —estrecharon las manos.

—¿Solo Ed.?

—De preferencia.

—Me gusta Ed. —volvió a esbozar una sonrisa y él también sonrió—.
Me gusta su sonrisa.

Era tan suelta, decía lo primero que se le venía a la cabeza, sin intentar coquetear, ligera, ese flirteo venía con ella; su mirada dormida por las sustancias que había consumido, sus labios rojos por los labios que había besado, los pies doloridos por los kilómetros que había recorrido, y su garganta seca por la falta de líquidos. Llegó el Mercedes azul marino a recogerlo, un hombre moreno bajo del piloto.

—Debo irme.

—¿Tan pronto? —cruza las piernas entretanto continúa fumando. —Me hubiese gustado conocerlo.

—¿A dónde va?

—¿A dónde va usted? —él sonrió.

—A casa.

—A casa.

—¿Aquí?

—No.

—¿A mi casa? —sus mejillas se tornaron color rojo y en el movimiento cubrió la mitad de su rostro con los cabellos azabache.

—Le diría que no es tan fácil llevarme consigo a casa, pero me gusta su sonrisa y el color de sus ojos verde tornasol, así es que no tengo problema de acompañarlo, si es que usted quiere, y si tiene un espacio en el auto. —El joven abrió la puerta del coche, ella volvió a reír.

—¿Nadie la espera?

—No realmente —su sonrisa cayó ligeramente. —La gente vive, sin importarle lo que le suceda al resto —suspiró. —Pero no quiero hablar de eso ahora, tendremos toda la noche para que me cuente quién es y descubra quién soy... —tiró el cigarro en el cemento y Ed. hizo lo mismo.

—Tengo champaña.

—¿Y fresas?

—Apuesto que sí.

—Champaña y fresas... con algo de Sinatra, mmm, me gusta. —La tomó de la mano y la ayudó a subir primero en el auto, dejó que el chofer cerrara la puerta y fue por el otro lado. —Miró una última vez hacia el edificio donde vivía Victoria y entonces, era como si la viese observándolos por la ventana, cerró los ojos y solo atinó a irse.

No quiero que confunda a mi personaje, él la quería y mucho, pero ella no era necesariamente el amor que él necesitaba. Eran amigos y eso estaba bien, reír, jugar, hablar, dormir, sin embargo, no había intimidad, no había deseo y Ed. necesitaba de eso, así es que Minerva era la indicada, incluso cuando su padre murió, ella siempre fue apasionada, intensa y aunque a su manera risueña.

Ese recuerdo que tomó la mente de Victoria entretanto los observaba pronto acabo.

—Debo irme. —Toma el abrigo del perchero.

—Como quieras. —Sigue bebiendo.

—¿No vas a quedarte a cenar?

—Gracias Ed., otro día. —Llama al elevador. Suena el timbre que indica

su llegada —hasta luego.

—¡Cierra tus jeans nena! —Exclama Min. mientras la observa irse. Bebe nuevamente. A los pocos segundos, grita —¡Espera! —Corre hacia la salida. Victoria detiene el ascensor. —Agradécele a Kalman por la ayuda con los libros. —Se queda pasmada. Minerva le quita el dedo del botón y espera que las puertas de acero cierren. Vuelve hacia él.

Usted la conoce, ella se deja llevar por las ondas de viento, renace en la morbosidad y muere en la santidad. Estas situaciones generaban furor en ella, la adrenalina recorría sus venas, se sentía inhumana, capaz de poder hacerlo todo, ser dueña de sí misma, incluso de otros, este sentimiento encapsulado suscitaba supremacía, alimentada por el ego, ella subsistía, adorando a santos inexistentes y creando villanos cada vez más fuertes.

Se aproxima hacia donde está él. Acaricia con la yema de sus dedos su rostro pequeño, las ojeras bajo sus ojos, las pecas sobre los pómulos, la nariz con el tabique un tanto desviado, los labios delgados y la línea que atravesaba su mentón. El aire acondicionado une aún más a sus figuras.

—Te amo Ed., por el resto de mi vida. —Su boca emana olor a cerveza.

—Hasta que la muerte nos separe. —Apoya su frente contra la de ella, y sus líneas de expresión se funden.

—En la otra vida también. —Aspira de la energía de aquella mujercita que engatusa sus memorias. —En esa eternidad dentro de otra dimensión, donde las almas se conocen antes de nacer. Aquel sitio en el cual siempre, es siempre, y nunca, es nunca.

Roza sus labios... así como lo hizo con usted. En ellos guarda el hechizo, por eso no debe besarla, no si no quiere que acabe. Estoy consciente de lo hermosa que es su boca, los pliegues que la conforman, el murciélago que marca una especie de letra del alfabeto, la suavidad de la piel rosada que moja con saliva y los besos que colecciona en los tatuajes energéticos sobre esos labios.

—Va a gustarte esto. —Se enfoca en la sartén, donde hay una salsa con hongos chinos, pimienta, salmón acaramelado y más verdes. Minerva coloca la mano sobre su espalda, Ed. la mira de reojo y continúa sonriendo.

—Sé que sí —se le queda viendo entretanto él revuelve la pasta con la mezclanza que ha preparado. Para finalizar, rocía aceite de oliva y sal rosada.

—Pásame unos platos —dice señalando la repisa.

Sirvió comida en las vajillas para luego subir al segundo piso. Prendió el

televisor mientras Min se quitaba los pantalones y se vestía con una camiseta holgada. Con las piernas a un costado se acurrucó en él. Ed., enroscaba los tallarines con el tenedor, unos para ella, otros para él. Pinchaba un pedazo de pescado naranja para ella, luego otro para él. Bebía de la botella de alcohol, le daba de beber. Usaba las caderas de la mujercita para apoyar los envases, quien paulatinamente fue cerrando los ojos ante imágenes que atontaban a su mente. Él terminó de comer, delicadamente apoyó su cabeza sobre un almohadón azul, levantó los desperdicios, bajó las escaleras, dejó los trastes en el lavadero, sacó otra birra, la destapó y se sentó en el mueble a revisar el teléfono. La música aún encendida a volumen bajo le daba la sensación de estar acompañado. Se sentía a gusto en la soledad. En esa soledad a la que había sido expuesto desde niño.

Ed. era un buen tipo, usted mismo lo ha dicho, o creo haberle escuchado cierta clemencia al referirse de él. No puedo negar que estaba atrapado en la oscuridad de recuerdos que no le concernían, mientras que tampoco puedo desmentir el deleite que éste tenía al ser partícipe de la película. Era consciente del amorío que estaba teniendo su mujercita fuera de casa, ese que usted mismo ha dicho que él conocía. Ciertamente hay que ser corajudos para no detestarla después de tanto, hay que tener valentía para no matar por amor, porque matar por amor es la opción más sencilla para deshacerte del dolor. Finalmente creo que Ed. relacionaba a Minerva con su madre, con esa mujer que lo había abandonado a los ocho años, la misma que había decidido encontrar su espiritualidad en medio del cáncer de su marido.

Al cumplir los dieciocho, Ed. se enteró que había ido a parar en un país del medio oriente, que caminaba con un cuenco detrás de un maestro espiritual, que vestía una bata blanca, que había cortado su cabello, que estaba en votos de mudez y que buscaba el propósito de la vida. Decían que ella amaba la risa, no obstante, le había quitado a su hijo la suya. Quién podría imaginarlo, una madre puede romperte el corazón en vez de arreglarlo, destruir en vez de construir, y entonces, él se preguntaba: ¿Por qué tenían hijos esas madres? ¿por qué repartir dolor y no amor? En fin... esa era su vida, una madre ausente, un padre adinerado, al tanto de las opiniones, un hombre de carcasa dura: “Los huesos aún están fuertes” —decía a medida que el cáncer se esparcía por sus órganos. Ed tenía ansias de demostrarle a su padre que era lo suficientemente bueno, que había valido la pena quedarse con él desde que su madre huyó, que el tiempo y dinero invertido en su educación, serían recompensados. El muchacho, recordaba las tardes que

llegaba de clases para almorzar con él, se sentaba al costado de su camilla médica para leerle un libro, podía ser Poe o tal vez Borges, y otros tiempos, dependiendo del ánimo, se sumergía en un mundo romántico como el de Cortázar y en un español masticado narraba los capítulos salteados de Rayuela hasta verlo dormir. Esos instantes en los cuales su padre se olvidaba de quién había sido, quién era y quién sería, dejándose tomar por los sueños, soltando la soga que lo detenía, olvidándose esos errores que había cometido, incluso la enfermedad que ahora cargaba por culpa del dolor, porque solo entonces, Ed sentía la profundidad de la muerte, la bondad del descenso, “Morir enfermo, eso quiero” —le decía a Minerva mientras escuchaba a Bach en el reproductor de música, “Despedirme de quienes amo, tener la oportunidad de perdonar, de perdonarme...” —Morir enfermo, eso hubiese querido Min., que su padre hubiese muerto enfermo, porque tal vez hubiese podido abrazarlo una vez más, disfrutar de su vulnerabilidad, amarlo en la enfermedad, escuchar su voz hasta en el último segundo, prometerle que lo vería pronto y dedicarle su corazón, “Como no moriste enfermo papá” —pensaba la mujercita.

Ed se le quedaba viendo, digiriendo la inevitable muerte, consciente de que ese cuerpo se evaporaba y algún día no quedaría nada más; ¿Cómo fue que se consumió tan rápido? ¿qué la velocidad no tiene piedad con nosotros? ¿por qué el dolor mata? ¿por qué el amor duele? ¿tendría que doler el amor? Todas esas preguntas venían en ráfaga, colmadas de frustraciones; se quedaba solo, y la soledad siendo eterna es martirio, duele el espíritu al verla llegar, así es que por las noches, para no escuchar voces, se zambullía en papeles de trabajo que ahora le pertenecían, y se adueñaba de problemas para resolver. Sentado frente al computador en su dormitorio, contaminando a su mente con estrés inoportuno, que había decidido tomarlo antes de tiempo a causa del destino, y gracias a enfermedades que no discriminan, mi querido personaje, bebía de la cerveza helada que había destapado, entretanto leía documentos que le costaba comprender, sin embargo, de vez en cuando, volteaba hacia su balcón, donde yacía ella, con un vestido traslucido que había comprado en la quinta avenida, uno de esos que le gustaban a él, fumaba mirando las calles Neoyorquinas intentando encontrar sentido en el tráfico causado por los autos y personas que querían llegar hacia algún lugar del cual no comprendía.

Ya en esos tiempos, Minerva había empezado a perder la razón, no obstante, era el apoyo incondicional con él que Ed. contaba, no solo le hacía compañía, si no que era una especie de Oasis en medio de tanta enfermedad,

incluso, fue ella quien tuvo la idea de cambiar el curso de las cosas, y forzar a Ed. para llevar a su padre en una aventura campestre, donde ambos pudiesen conectar, tanta fue su insistencia, que éste decidió llevarse a la caravana de enfermeros tras ellos, mientras iban de visita a esa casa de campo a la cual no volvían en años. Se sentaban en el porche para tomarse unos Whiskys, entretanto admiraban los matices del cielo, disfrutando del olor de las plantas, olvidándose por un segundo de la ciudad y el gentío, de la vida y la muerte. Tenían tardes de charlas a lado de la chimenea, rodeados de cojines, galletas, y té; Minerva siempre hablaba de lo maravilloso que era su padre, de su reciente aventura en tierras habaneras, de las antigüedades que había conseguido, de los libros que estaba leyendo en latín, decía que convertía el polvo en dinero, y que casi y atiborraba a su madre de documentos del siglo dieciocho, Ed estaba alucinado con el hombre que hacía poco había conocido, el delgado tipo con rasgos asiáticos, con lentes de botella, con mentón partido, ese que con rara vez sonreía y que andaba con un bastón por razones que solo él sabía. El padre de Ed. escuchaba atento a la pequeña mujercita y le encantaba lo apasionada que era, aunque a veces temía por sus pensamientos divagantes sobre la vida, le asustaba su mente extremista y le costaba aceptar que su hijo se quedaría con ella cuando él ya no estuviera, con esa chica de melena negra que repelaba la sociedad, la mujercita que satisfacía sus necesidades con dinero, la cineasta que colmaba su vida de dramas, la escritora que destruía al amor, la niña enamorada de un padre asesino y la Diosa suicida, Minerva era tantas y más mujeres atrapadas en un cuerpo colmado de personalidades, y aunque Ed. la amaba a ciegas, su padre sabía quién era.

—Ella no es para ti Ed. —fue lo que le dijo una vez habían vuelto a la ciudad.

—¿Por qué dices eso?

—Es una bomba de tiempo, tarde o temprano va a explotar. —replicó— si la bomba explota contigo a su lado, entonces no planees no salir herido.

—No planeo nada... estoy en el punto de mi vida donde he dejado de planear, ¿por qué? Porque hoy eres tú, mañana yo, y pasado otros, porque no sabes quién te quiere, quien se queda, ni para qué, porque un día naces con madre y padre, y otro día no tienes a ninguno, porque ahora tienes dinero, pero después ya no, entonces, ¿para qué hacer planes? ¿para que vivir por algo que es incierto? Mejor hacer lo que se puede y pasártela bien. Ah bueno, amar también, amar siempre, amar todo, amarla a ella, amarlo a él, y si me

preguntas: ¿Qué sabes tú del amor? Pues yo no sé nada, pero quiero saber. Así que, sí Pa, ella no es para mí o sí es, ¿quién decide eso? ¿un Dios que no está pero está? No sé y no me importa saber, lo único de lo que estoy seguro es de que cuando estoy solo, no lo estoy, cuando no hay música ella la enciende, qué si me duele, a ella le duele también, que si no puedo dormir se queda despierta conmigo, que si me caigo me intenta levantar, y si no se acuesta conmigo, que cuando los pensamientos toman mi cabeza, ella me lee un libro para olvidar, que cuando lloro, me abraza y me dice que todo estará bien papá... Cuando la realidad es que nada estará bien, te vas a morir y me quedaré solo, por tu culpa, por culpa de mamá, por culpa del amor, y entonces la vida vuelve a decirme que no, no es así, que ella estará, que la soledad no es soledad cuando es compartida y que la vida no es tan mala cuando alguien te ama.

Ed. se quedó fumando en la ventana del dormitorio de su padre, pensando en lo poco que entendía a la vida y lo injusta que a veces podía ser. La muerte estaba allí cuando él lloraba, mirándolo sin titubear y vaya uno a saber lo que le dice a la muerte cuando la tiene tan cerca, sus manos temblaban, los labios resecos y la nariz mocosa eran insolentes frente a la muerte digna que había tocado a la puerta. Ed secó sus lágrimas y por un momento deseó haber nacido en otra familia, con un padre sano, una madre presente, tal vez hermanos o hermanas, tíos que lo visiten, primos, sin embargo, está era su vida, no podía hacer otra cosa.

—Te amo Ed. —le dijo su padre mientras lo veía sollozar. —Esta es la ley de la vida, los padres estamos predestinados a irnos antes que ustedes. Sé que es más pronto de lo que esperabas, pero es lo que hay, y que mejor que morir enfermo. —Se acomodó ligeramente en la camilla. —Puedo decirte que te amo y que fuiste lo mejor de mi vida —Ed. regresa la vista hacia él. —Soy feliz por morir a tu lado, a causa de una enfermedad, en mi casa, dejando en orden tu vida —Ingiere el resto de licor que queda en el vaso. —No sé si la amas, o te aferras a ella para tener un corazón donde ahogar las penas. Sin embargo ¿cómo le dices a tu hijo que se rehusé a lo único parecido al amor que le queda? Y finalmente... ¿quién soy yo para aconsejarte de amor? Solo espero que encuentres el camino, y que con ella o sin ella no te destruyas frente a las adversidades de la vida. —Deja el vaso sobre la mesa al lado suyo. Ven hijo, dame un beso.

Ed. se quedó mirándolo, tan viejo, tan desgastado, pidiéndole un beso a quien no había besado en tantos años, y entonces la rabia quería contestar por

él, y negarse a sus requerimientos, no obstante, lo humano en él era más poderoso de lo que creía. Aunque quería romper en llanto, se mantuvo fuerte y se acercó a su padre.

—Sé feliz, Ed., sé feliz sobre todas las cosas. —Lo besó en la frente.

—Gracias Pa. —La voz se le entrecortó—. Te amo.

Toma asiento en el sillón de su lado, y coge un libro.

—Léeme Ed., por favor.

Éste asiente con la cabeza, toma el libro al lado suyo, se cruza de piernas y empieza a leer un cuento de Allan Poe. Aquella noche fue tranquila, su padre solamente pidió un vaso de agua en la madrugada y después volvió a dormir. Ed durmió con el cuello torcido, pero compartiendo colcha con el anciano que le había dado la vida, no obstante, la mañana siguiente, Ed. despertó y su padre no.

El auto se quedó estancado junto al resto de transportes que no podían moverse en medio del tráfico, y eso, ni el mismo Kalman podía evitarlo.

XX

“Cuando la muerte me llegue, solo quiero verte a mi lado, para tatuar tu recuerdo en mi alma y volverte a buscar en la próxima vida”.
—Kalman, en la novela que escribió antes de morir.

—El amor inevitable yace entre ellos. No sería capaz de quitárselo, no. Usted lo intentó, lo creo valiente por ello, mas no pienso que éste condenado por los pecados de sus ancestros, pero sí por haberle robado dos almas al amor. —Tomo un receso. El coche avanza como puede.

—Bajemos aquí —dice Reginald.

—¿A dónde vamos?

—Ya verá.

—¿Entonces?

—Prosiga.

—Él volvió al segundo piso. Ella seguía dormida en el sofá. Se puso a su lado de cuclillas. Llevó el mechón que cubría su rostro alargado detrás de la oreja. La cubrió con una manta azul aterciopelada.

La admiró conscientemente entretanto soñaba. Se acostó a su lado en la alfombra sin quitarle la vista. Ella sabía que él estaba allí, no temía más a la dimensión desconocida. A los pocos minutos, abrió los ojos, se arrastró hacia el suelo, se metió entre sus brazos, se acurrucó en su pecho. Él termino cuidándola. Sus manos en el estómago. Ella cogida de sus dedos. Las luces de la ciudad penetraban en el área. Nueva York tan pendiente, tan propia de sí misma, un cofre atesorado de acontecimientos. Ese sueño no contó con pesadillas, ni recuerdos favorables ni desfavorables, fue placentero, de los que no te acuerdas de nada. Ella se levantó antes que él y fue al primer piso. Las vajillas impecables, los suelos relucientes, las repisas desempolvadas, la coyuntura del día anterior borrada como si nunca hubiera existido. Se sirvió en un bol un puñado de cereal, medio vaso de leche, lavó una manzana, la picó en trozos, la ordenó en un plato y se sentó en la barra.

—Buenos días señora —dijo.

—¿Cómo te va Ana? —Sigue embutiéndose los alimentos como si fueran a terminarse.

—Hoy quiere mantener la línea —sonríe.

—De eso nada —introduce un pedazo de fruta en la boca. —Después de

esto me voy por unos waffles con crema de avellanas, chantillí por montones y un capuchino con leche entera.

—Vaya.

—¿Vamos? —La chica de la limpieza la observa nerviosa.

—Estoy bien señora.

—No vuelvas a decir eso —empuña el cucharón.

—Perdóneme. No he querido molestarla.

—“Señora”, para las viejas. Esas estiradas con amantes jóvenes. Para mí: Min.

—Que así sea.

Vuelve a tomar otro poco de leche con cereal, lo mete dentro de su boca entretanto su mente divaga; no sé en realidad en que pensaba, pero puedo creer que en la muerte prematura de sí misma, en la tenebrosa imagen de un futuro prospero y llegar a probar de la vejez que aborrecía.

—Bueno —termina de deglutir. —Ahora sí, póngase los zapatos y vayamos por ese desayuno que le he provocado. —Se pone de pie, lleva el pijama aún puesto y el desayuno recién empezado.

—No debería.

—Le estoy dando permiso, Ed no se va a molestar.

—Pero.

—Pero nada Ana, vamos.

—¿Y si...?

—Tráeme un gabán del clóset y unos tacones. —Coge una botella de agua del refrigerador. —Preferiblemente perlas. —La mucama asiente. — ¡Voy llamando al ascensor! ¡Apresúrese! —Sube velozmente las escaleras, entretanto procura no despertar a Ed. Toma el abrigo estilo detective y unos zancos con pedrería de Swarovski. Baja prácticamente deslizándose y la alcanza cuando las puertas de acero empiezan a cerrarse. —Bien Ana. —Se coloca los zapatos sosteniéndose de los hombros de la empleada. Luego se quita el camión, y queda totalmente desnuda para luego cubrirse con el saco. —Tienes buen gusto. Podrías ayudarme a escoger la ropa. —Llegan al estacionamiento.

—¿Va a manejar?

—Así parece.

—¿Quiere que llame al chofer?

—No.

—Está bien.

—He tomado una de las llaves que ha dejado en la entrada. —Busca en medio de los carros. —Supongo que alguna alarma se activará cuando presione el botón.

—Creo.

—Veamos. —A los lejos se escucha un sonido. Lo busca con la vista entre los autos apiñados en la parte posterior del lugar, camina tambaleándose como si hubiese tomado algunos analgésicos, y vuelve a hacer sonar el timbrado; Es un Maserati blanco de la colección Ghibli. —Hemos tenido suerte.

—Sí. —La chica se sonroja sin entender de marcas ni cueros.

—Sube Ana, que tengo hambre.

La regordeta mucama abre la puerta del coche he intenta subir sin golpearse las caderas contra los demás autos. La mujercita se acomoda en el asiento de cuero con iniciales escritas en el respaldo, acomoda los espejos de ambos lados para procurar no chocarse, se agacha a recoger la botella vacía de champaña y la tira en la parte trasera. Vuelve la atención hacia el retrovisor del medio, y lo coloca con dirección al suelo, Ana se queda viéndola y ella le regresa la mirada culpable.

—Tranquila Ana, no va a pasar nada —enciende el auto y sin importarle los sentimientos cruzados de la empleada, arranca a velocidad en un estacionamiento rodeado de figuritas coleccionables, de ángulos estrechos y de luces estridentes.

XXI

El tráfico está en cada avenida, cada calle, cada pista, le provoca soltar el volante y acelerar, pero luego recuerda que la tiene a ella, a la rusa regordeta que limpia la casa de Ed. desde hace siglos; así es que le sonríe, tratando de transmitirle de la paciencia que carece.

—¿Sabe Ana? Ésta es una de las pocas veces que me hago cargo del volante. Me gusta más cuando él maneja. Lo hace ver varonil, en control del mundo. Lo hago por ti Ana, porque sé que quieres de esos waffles más que yo. —Se desvía en una esquina. —No volveré a hacerlo. Quiero pedirle que venga por nosotras. Así comemos tranquilas, bebemos champaña, nos reímos de las anécdotas y lloramos un poco. Me cuentas de dónde vienes, te cuento más de lo mío, porque siento que quiero hablar. Tengo miedo, ¿entiende?, miedo real, no del que ves en las pelis, no del que tienes cuando eres virgen y vas a tener sexo, no ese de cuando besas a una chica y no la quieres besar, ni cuando inhalas del polvo blanco por primera vez, si no del que sientes cuando el alma se muere, y pronto el cuerpo lo hará. Siento que mi edificio se destruye, que el peso del universo se me viene encima. Lo amo. Lo amo tanto que temo perderlo. Perder eso que él me da, eso que él le da a la gente: Calma. Silencio profundo en medio del bullicio. Mi padre cayó de un edificio, ¿comprende?, imagine lo que es presenciar una muerte. No una muerte cualquiera, sino la suya misma. Porque el ser está conectando con ese origen nuestro, por ende, somos lo que nuestros progenitores son. Sé que me tiene temor. No debe temerme, no soy mala, soy triste, y aunque debo admitir que un alma triste mata más rápido que un germen; no hace daño, solo mata. Así es que sí, mi padre se destrozó el cráneo contra el cemento jodidamente inerte, los sesos dispersados en una calle sin sentimientos, la camisa salpicada de sangre, ¿puede creerlo?, mi héroe humillado frente a ojos insolentes que no tenían que verlo. Suicida. Asesino. Enfermo. Digno, eso era. Usted no lo conoció, no sabía, nadie sabía, nadie entendía, lo que yo veía. Un bien a la humanidad. Bravo, se fue el supervillano. No, ningún villano, un héroe, uno sin capa, sin rostro... —las lágrimas caen por sus mejillas empalidecidas por recuerdos que se rehúsa a olvidar. —Él me salvo, en todas las formas que alguien puede salvarte, de la muerte inminente ante una vida que pasa factura según Karma. Adiós Pa, hasta nunca, hasta pronto, hasta que mate a alguien

más para poder encontrarme contigo. Sí, el tal vez la mato, pero nunca por odio, si no por amor. A mi madre no, a ella no, porque ella no está, ella está, pero no está, es joven, la entiendo, a veces no. Él la amaba, a ella también, a la mujer con la que se acostaba antes que con mamá. Hablaron de una maleta, de un triturador, dijeron que fue por un balazo o por un ácido. Mi padre no la mato, ella murió por culpa de un amor, pero anda dile eso al mundo, para que de nosotros se burle el resto. Asesino, así lo titularon. Mi familia tenía dinero, ella no, mi padre enfermo, ella muerta, sin pruebas. Libertad, eso paso. Pasaron años, él se olvidó, sin embargo, la sociedad no y él cayó, en esta enfermedad sin perdón de Dios. —Relame las lágrimas que bordean sus labios. —Lo peor de este cuento no es el asesinato, ni el suicidio indecoroso, si no ese tonto que de mi padre escribió. No es de amigos, valerse de una historia que no es la tuya y menos si es de terror. En fin, a él no le deseo nada, o tal vez sí; ojalá mi héroe lo persiga en sueños de anticuarios, y locura solemne que él mismo creo, espero vea su muerte repetidas veces como el mismo escribió y entonces un adiós bondadoso podré darle a ese padre que la vida quitó —suspira. —¿Cómo es que le quitas a un niño la teta? ¿cómo es que arrancas a un bebé de un vientre? ¿por qué es que naces sin madre? ¿por qué es que naces sin padre? No quiero detenerme, no en la luz roja, si no en este tema. Estoy exhausta Ana, exhausta. Mi vida es una puta historieta de horror; mi padre es un asesino, mi madre nunca me quiso, no tengo tíos ni otros, lloro por las noches y nadie me escucha. ¡¿Oyó?! ¡Nadie! —golpea contra el timón forrado con cuero blanco. —Me retuerzo en la condenada soledad como un bicho sin alma —murmura. —¿Se dio cuenta? ¿cómo es que no voy a estar muerta? ¿cómo es que el mundo no me odia? Oiga Ana, merezco lo que tengo, ahora sí, con todos esos pecados que fui acumulando con los años, reconozco que debo sufrir, ahora, no ayer, no cuando mi padre mató una mujer, no cuando mi madre se divorció de él, no cuando me dijo que ese dinero no era mío, no cuando vi hombres que no me amaban en mi casa, bajo mi techo, no cuando papá se lanzó del último piso del puto hotel donde me había citado, no cuando su sangre teñía mi vestido, entonces, no merecía nada de eso. Era una niña Ana, recién empezaba a ver la vida, pero la vida ya me había visto la cara a mí —tiene los labios pegados en el timón, alguna que otra lagrima se escapa de su mirada fúnebre, los fluidos debajo de la nariz se deslizan por el labio superior. —No sé qué hago aquí. Soy un experimento de un mundo cruel, soy una idea de un psiquiatra, soy un personaje en una película de terror, pero no puedo ser humana. Basta Min,

basta. Eso digo. Para de llorar. Ah no Ana, no me mire como una loca —seca sus mejillas húmedas con fuerza, raspando sus cachetes y tornándolos rojos. —Yo la quiero Ana. Por cómo es con él, porque sé que si no estoy yo, estará usted, así con sus hijos atrás. A veces no me gusta que tenga hijos, porque le quitan tiempo... de nosotros. Y no quiero, no quiero que nos deje, no a él, a mí no importa, a mí todo el mundo me deja. —Sigue conduciendo. —No tiene sentido. Soy bonita, tengo un buen culo. Puede tocarlo. ¿Qué caso tiene Ana? ¿qué caso tiene ser bella y no tener a nadie? Sí, sé que lo tengo a él, pero no quiero. Quiero a alguien nuevo. No me entiende. No alguien nuevo, sino...bueno, alguien que me quiera, sin cuerpo, sin mente, por lo que hay dentro. Para siempre. No. Mejor no para siempre. Porque “siempre” no existe. No crea en los siempre. Patrañas. Te prometen el cielo y no te pueden dar ni la tierra. —Suspira. —Vaya...estamos cerca. Puedo oler la grasa del caramelo exprimirse en medio del postre. Quiero champaña, con fresas, chocolate y waffles. —Deja el automóvil en la puerta, el Valet parking recibe las llaves. La mucama está pasmada. Siente pena, pero no lo dice. La observa. Menea sus caderas al compás de sus pasos. Las puertas se abren y le dan la mesa de siempre, la que no es eterna, la que casi nunca está libre, donde es la primera vez que se sienta.

El lugar está pintado con pasteles. El mesero se acerca a tomar la orden: dos botellas de Rosé, dos waffles con chocolate de avellanas, frutas, crema blanca, galletas de avena y trufas de cacao. Cruza las piernas. Apoya el codo sobre la mesa, luego el rostro en el puño.

—¿Había venido antes?

—Nunca.

—Me alegra que sea yo con quien viene por primera vez.

—A mí igual.

—Las primeras veces son buenas. No en el sexo, claro. Hay sangre.

Genitales nerviosos. Gestos inseguros. Después pasa, usted me entiende. Tiene hijos. A mí me gusta.

—¿Los hijos?

—¡No! —exclama—. Los hijos nunca. El sexo. El sexo es bueno. Si tuviéramos más sexo andaríamos menos fatigados. La gente volvería a casa deseoso. Habría menos amoríos. Los amantes se quedarían sin empleo. Eso es bueno. Menos corazones rotos. —El alcohol llega a la mesa. —¿Ha tenido alguna vez un...? —Les sirven en las copas.

—¿Un segundo?

—Sí.

—Nunca.

—No sabe de lo que se pierde Ana. Tiene que probarlos.

—¿Cómo dice...?

—Sí Ana. Ya le dije que lo amo, lo amo realmente. Sin embargo, no puedo evitarlo. Ya sabe, ese escritor del que le hablé el otro día.

—¿Kragmal? —Echa una carcajada ahogada. Se lleva el borde de la copa a los labios.

—Me hace reír rusa. Me hace reír mucho, pero no. Kalman, es Kalman. —Una mujer al lado suyo voltea. La jovencita se esconde entre las palabras y susurra. —Lo veo de vez en cuando, le dije que no lo volvería a ver tan a menudo. Usted sabe. He descubierto que lo amo. No al escritor, claro. Tendría que haber perdido un tornillo. Sino a Ed., lo amo de verdad Ana. Cuando duerme, lo observo, lo acaricio un poco; se mueve, se retuerce, me dice que no y luego me duermo. Me gusta verlo sonreír. A su padre también le gustaba verlo sonreír. ¿Entiende? Le gustaba verlo sonreír, conmigo no, a mí no, a él. No me quería, para nada. Ni de cerca, ni de lejos. Perdona las pausas, los puntos. Ahí va, otra vez, si estuviera escribiendo pensarían que no sé lo que hago. No es eso, así hablo, así escribo. Son las pastillas. ¿Ves? Ahí va de nuevo. Paro y no siento nada y de repente vuelvo a sentir. Le decía; las pastillas, un poco de Prozac, otro de Rivotril, quizás Xanax, mézclelas todas, veamos qué pasa. Vaya...cuantas pastillas, tantos doctores. Jamás pensé en ser doctora, quería ser todo, menos eso, no podría, no yo, él sí, Ed pudo. Ed pudo tantas cosas...sin mí, claro, sin mí, por supuesto. Y si su padre siguiera con vida, no estaría yo, porque él sabía que yo era del veneno letal, la manzana de aspecto lindo pero agujereada por dentro. Que rico, manzanas. Mi fruta favorita no es la manzana, es la fresa. Usted ya lo sabe, lo saben todos. Mi padre no, mi padre creía que yo amaba las manzanas y era cierto, yo por él hubiese amado cualquier cosa. Pero bueno, él murió. Eso ya lo sabe, para que se lo cuento de nuevo. Mi madre no, mi madre está viva, aunque a veces no parece estarlo. Comprando arte, yendo de viaje, sonriendo en la internet, diciéndome que vaya a terapia, que está cansada, que prefiere estar lejos porque mi energía no va con la suya. Vaya, hasta pienso que la madre de Ed., le ha contagiado su locura. La última vez que me senté con ella no dejaba el celular, yo hablaba y ella estaba en sus cosas, como si no existiera, no la persona del celular, si no yo. Se reía, sin compartir la risa. Siempre fue así, por eso papá no la soportaba. Bueno, quizás sí, por amor, pero por amor

yo comería manzanas. No es que no me gusten las manzanas, es que las manzanas no son mi primera elección. Mamá si lo era. Él no era la de ella. Él era la mía. Mi primera elección. Mi única elección. No quiero hablar de mamá. Ella no quiere tener que ver conmigo. Yo tampoco quiero tener que ver con ella y si por el dinero no fuera, no nos veríamos las caras. ¿Qué le importa a mamá? ¿Qué le importa a ella si mañana me muero? No le importa, le importa algo, un corazón, pero nada más. Ella no me ama como yo amaba a papá. Yo no amé a nadie como amé a papá. Casi ni me enamore de Ed., aunque se lo debe a Kalman. El hombre del que le hable, él que estaba saliendo conmigo. Nos escapábamos de vez en cuando a su apartamento y nos revolcábamos un rato. No, no, Ana. No me mire así. Solo unos minutos, horas, una noche... Más tarde volvía donde Ed., me acostaba a su lado y tenía sexo con él. Inténtelo. Verá que es atractivo. —Ríe como un ratón cuando se soba las patitas. —Mentira. No era sexo entero. A veces hacíamos el amor, y cuando haces el amor, todo simplemente es mejor, sin embargo, pasaban los días, tenía ganas, volvía donde estaba él. Hasta que la culpa fue llegando. Escribí una carta. Sin embargo, ya lo había vuelto adicto. No sé qué hago. Sinceramente no lo sé. Quisiera saberlo, así podría compartirlo. —Llegan los platos de comida. —Gracias. —Sostiene los cubiertos. Empieza a cortar la masa azucarada. —Son ricos. Van a gustarle. No tanto como el sexo ya le he dicho, no de la manera en que le gustará el sexo de a tres, no al mismo tiempo. Lo he probado. No hay intimidad. No hay atención para ti. A mí lo que me gusta es la atención. —Deglute. —Ed. no sabe preparar panqueques, en cambio, yo sí. Es un complemento. Es bueno buscar los complementos; también a los que no lo son. Así puedes tenerlos, como a Kalman. No me mal interprete. No lo uso. No haría algo como tal. Me gusta. Me gusta la forma en que me abraza, es fuerte. Me trae memorias de cuando niña. Mi padre me abrazaba así. Sus ojos son verdes, asimismo azules. Tendría que conocerlo. Va a gustarle. Usted no, usted está descuidada. Pero es buena, buena mujer. Siga con su esposo Ana, no cometa lo que yo. Terminará sola. La locura no es mala, no es la mejor opción; sin embargo, te salva de la muerte, o te acerca a ella, de algún modo te ayuda. No estoy loca Ana, solo enferma. —Continúa comiendo. —Me he prometido no volver a verlo ya se lo he dicho. No lo haré. A menos que lo encuentre, porque entonces no puedo oponerme al destino. No sería sensato. Tiene esposa. Eso es malo. Una con la misma edad que mi madre. Es rubia. No puede tener crías. Así es que a él no le gusta. Dicen que tiene un romance con su chofer. Se parece un poco a esta de acá

que me observa tanto. —Señala a la señora del costado. —No la conozco. En realidad, no recuerdo. Tu sabes Ana, mi memoria falla. No siempre, no con temas sobre papá. Tal vez, sí la he visto, pero no me acuerdo. Se parece a ella, eso sé yo. —La distinguida fémica bebe de la taza de café entretanto examina a Minerva de pies a cabeza. —Por otra parte, esta Victoria, a quien le gusta Ed., anoche presentí que quería quitármelo. Se lo daría. Sí. Mejor no. Ella no es como yo, no podría complacerlo. Lo tengo en mí. Ya le dije. Ese poder que los mantiene a mi lado. No sé qué es. Lo enseñaría. Ah perdón, pienso que ya le dije esto. —Mientras habla, despedaza la comida y la deja esparcida alrededor de las vajillas. —Beba más champaña. Beba más y coma, coma. Lo necesita. Ed me ha dicho que conmigo pasa hambre. Así que coma, le hace falta. No a usted, a su alma. —Se acaba el espumante de un porrazo. —Este estaba bueno. La temperatura a la perfección. Ay Ana, usted no ha bebido. Queda del otro, aún queda tiempo para terminarlo. —Se lleva con el índice chantillí a la lengua. —Victoria, esa amiga mía; enamorada de mi chico. Pobre. Está sola. La entiendo. Comprendo su miseria, su falta de amor, sus ganas de demostrarle al resto que ella es suficiente, que está buena. Un cartel de “toquen-me” debería tener. Si tuviera más pechos, otro poco de culo, si su estómago no fuese tan flácido, si sus ojos fueran ligeramente más pequeños, entonces tal vez, sería como yo. No quiero que sea como yo, pero no debería querer lo que tengo yo. Ella no sabe, no me hace daño, se hace daño. A parte de mis muertos. No la estoy maldiciendo. Tranquila Ana, respira, la comida no te va a hacer provecho. Esa Victoria, debería ser mejor amiga, dejar la putería. No como yo, lo mío esta en mí, soy así, no lo fuerzo, en cambio ella no. ¿La viste? No la has visto, bebiendo al lado de él, haciéndose la linda, tomando trago corto y con sarpullidos en la cara. Ayer le enseñe de lo mío, se puso rígida. Basta Ana, siento que me juzga. No la he humillado, he querido que entienda que no será como yo. Amigas sobran, pero no de las buenas y si sigue en ese camino mejor que se extinga. Ojalá no. No me gustó mucho, sin embargo, él se excitó. Eso es bueno Ana, es maravilloso, me motiva, me ayuda para la autoestima. Me siento una muñeca real, ¿me entiende, cierto? Me hace sentirme la mujer de los sueños de cualquiera, la pesadilla de muchas, una modelo de piernas largas, sin estrías ni venas marcadas, con glúteos torneados, con abdomen plano, con senos firmes y rostro pequeño, me hace sentir la mujer que no soy, o que quizás solo un poco. Está bien, no me molesta ser alguien más. No quiero dejarlo Ana. Que quede claro. Quiero estar con él, siempre. No, no siempre. Yo y esa

palabra. —La campana sobre la puerta emite el sonido regular que hace, cada vez que ingresa un cliente. Ella está enfocada en la mucama; bebe champaña nuevamente. —¿Estoy cargándola con todo esto no? Mejor cierro el pico. Usted debe tener mejores anécdotas para contarme. —Sirve más champaña —. Será mejor que llame al señor.

—No. Estamos bien.

—¿Minerva, ¿verdad? —la mujer de cabellos claros con mirada dulce y algo quebrada le habla a veces.

—He escuchado de usted.

—¿Sí? —se sonroja, más por el exceso de alcohol que por el estrellato.

—Sí.

—Me alegro. La gente habla de mí. Entiendo que me reconozca.—Bebe más champaña—. Mi padre no mató a nadie, ¿sabe?, me refiero... si lo hizo, no fue realmente asesinato, fue pasión. ¿Quién no fue apasionado alguna vez? —sonríe. La señora golpea la mesa con el traqueteo de sus uñas con la misma mirada de clemencia que tiene usted frente a Ed. —Él murió ya. Sus pecados se fueron con él. Agradezco el reconocimiento, no obstante, no lo quiero. Puede quedárselo. Invítele una copa a ese escritor que anda escribiendo historias sobre mi padre. Él se lo agradecerá. Capaz hasta la retrate en alguno de sus libros. Aunque es muy vieja. Ósea no, no es tan vieja. Es guapa, bien conservada. Solo que le falta vida. No vaya atragantarse como esa chica de la novela, la que se atiborró de libros hasta desfallecer. Mi madre creo. Pero ella no está muerta. Está viva. —Bebe otro poco del líquido burbujeante. —Este escritor es bueno... no mejor que Kalman, a mí me gusta Kalman; mas no puedo negar, que éste otro escribe bien. Aunque de lo mío, de lo que no le corresponde. Me gustaría ver que piensa si yo escribiera de él, de esa depresión que capaz ya no tiene porque la luz que su novela le trajo se la quitó, sin embargo, espero que la depresión viva en su interior y algún día lo mate. A Kalman no, al otro. —Sirve de la botella de Moet&Chandon lo último que queda. —Ha sido bueno. Este intercambio de palabras. Que tenga buen día o quizás no. —Termina de beber lo que resta en su copa.

—Debe pedir un deseo —le dice apuntando a la botella.

—No lo necesito. —Mueve su cabeza reiteradas veces, en ondas, en círculos, en un trance etílico. —Estoy casi muerta, no necesito de deseos. Usted sí. Tome se la regalo. —Se la extiende. La rubia, sostiene la botella.

—Gracias.

—No le doy mi suerte. No sería capaz de resistirla, pero sí mi vida, así

tal vez viva más tiempo, incluso más que yo. Porque yo estoy desfalleciendo. —La mirada perdida de la mujer vestida de traje naranja está ida. La examina de pies a cabeza y la garganta se le anuda.

—Es joven Minerva, no creí que tanto, sin embargo, las sorpresas caracterizan a este paraíso amargo. —Min la mira y le toma de la mano que sostiene el envase de vidrio.

—Pida el deseo.

—Voy a hacerlo. —La agarra con la otra mano. Ambas dejan sus huellas en el frasco. Minerva prepara una servilleta. —Pediré por usted y por mí. En voz alta, para que escuche; para que escuche más allá de sí misma. —La empleada se fija en el anillo de compromiso en la mano pálida de la desconocida. —Por usted Minerva —aprieta los dientes. —Por Reginald —murmura. —Por mí —la mirada se le quiebra. —Para que dejemos de sufrir —sopla en el pico de la botella y derrama una lagrima que detiene con la palma de su mano —Para que en la próxima vida nos amen bien. —Min detiene la energía con la tela con la que sella el pico del vidrio. —Para que el mundo no nos enseñe con dolor. —Agacha la vista hacía sus zapatos de tacón. —Ojalá seas feliz, ojalá el amor te encuentre y no te vayas a morir como quieres. Porque entonces entenderás que no es lo que parece y no es tan malo vivir. —La mujercita suelta el recipiente y la rubia lo toma entre sus brazos. —Esto es mío. Lo he cambiado por él, un bonito deseo por un retratista, mejor no ser inmortalizado si es que vas a sufrir. —Se pone de pie. —Te he perdonado niña, porque no eres como me habían contado. No puedo condenarte con maldiciones porque ya te han maldecido, no obstante, puedo regalarte mi perdón. —Saca dinero del bolso y lo coloca sobre la mesa. —Adiós Min, que le vaya bien. —Se retira a paso lento, con un contorno sutil, afuera del restaurante su chofer la espera y le abre la puerta del Mercedes, que antes fue de Kalman.

—Adiós —susurra Minerva.

No podía ni moverse; miraba a través de los vidrios a la nada, el dolor profundo de la sensatez había tocado fondo, haciéndola olvidar su propósito: romper un última alma para poder volver con papá. Su mujer le había perdonado, frente a razones imperdonables, había escuchado lo que pensaba sobre usted y, sin embargo, no había accionado, o por lo menos no con balas de guerra sino con flores de funeral. Había vuelto al principio, la habían absuelto del pecado, un nuevo comienzo o el fin total. Lo bello que es Nueva York cuando la gente actúa con corazón, mi pequeña estaba confundida ante

tal actuación, no obstante, todo eso era una obra más del destino, y tal vez era su padre quien luchaba por ella. Sintió ganas de llorar, eso me dijo, muchas ganas de romper en llanto frente a gente que no conocía, pero de pronto la vergüenza y el rencor no la dejaban. Bebió de un porrazo lo que quedaba del champan, la comida dispersada en los platos sin haber sido ingerida, los recuerdos de un amor joven, una amiga fácil, una madre ausente y un padre muerto la marcaban, quizás lo que ella no sabía, era que nunca fue la vida y siempre fue ella. Me gustaría que escribiera la historia suya, la que pasaba por esa mente tan retorcida, donde yacían las ideas de suicidio con objetos del diario, donde se encontraban las canciones de lógica mediocre, donde estaba el alcohol fermentado, allí donde ella deseaba una historia a lo Poe. Se sacó los zapatos de pedrería fina, y camino descalza en medio de las mesas, abandonó a Ana sin escucharla, abrió la puerta del local y le entregó al valet parking su billetera, siguió andando, así como un humano sin certeza, sacó una cajetilla de cigarrillos, puso entre sus labios un pitillo, pidió fuego y prosiguió su camino, unos minutos después el abrigo le fue pesando y se lo sacó, lo dejó sobre el cemento, lugar de múltiples pasos, anduvo sin rumbo, fumando entre líneas, pensando en memorias, con la piel de gallina a causa del frío, el corsé ceñido, las bragas de encaje, las ligas sin medias, las medias sin ligas, haciendo de Nueva York su casa. Algunos la miraban, otros no tanto y entonces nadie veía su belleza y ella era hermosa, una pieza de arte, una pintura de subasta, con los hombros en alto, la quijada bien puesta, las pestañas largas y los ojos achinados. Crea en mí, Kalman, yo la hubiera amado en cualquier estado, y más en ese, donde necesitaba ser protegida.

—No volvió donde Ed., ¿verdad?

—¿Qué lo hace pensar eso?

—Fue esa noche.

—Oh no, se equivoca —susurro.

—¿Perdón?

—Lo amaba Kalman. A pesar de ella.

—Ella vino a mí.

—Así es.

—¿Entonces? ¿qué quiere decir?

—Ella fue donde usted, pero primero pasó a despedirse de él.

—Miente —asegura.

—Volvió donde Ed., ese día como todos los demás días. Esta vez no tan glamorosa, ni tan loca, sino partida, con esos grilletos en los tobillos que le

molestaban más que nunca y ahorcada con una soga, sin embargo, sin faltar un solo día. —Nos detenemos frente al mausoleo de Trinity Church en Wall Street.

—Ella me amaba... —murmura.

—Lo hacía —tomo un respiro mientras contemplo la penumbra entre las lapidas. —A su verso, bajo la opacidad de la habitación, oculta entre los arbustos del traidor. Amando entre frases y retratos que cualquiera no puede resistir.

—Lo amaba a él también. —Caminamos entre fantasmas que no conozco, pero a quienes probablemente este interrumpiendo en estos momentos.

—Sepa que aquella tarde ella lo despertó entre besos con sabor a alcohol.

El silencio en la casa marcaba los pasos de la huida del amor. Las luces tenues enfocaban las sombras del romance. Los cojines de los muebles tatuados con orgasmos secretos y las botellas de licor enfundaban los dolores entre cuerpos distantes. Minerva se recostó a su lado viéndolo dormir; tal y como él lo había hecho. Acarició sus cabellos con las yemas de los dedos. Deslizó su mano por la mejilla del joven. Retrató las líneas de expresión en su mente, para no extraviarlas en la otra dimensión.

—Las linternas alumbran el camino. Las ruedas de mi vida está desgastadas frente a las memorias que se van velozmente al recorrer ese pasadizo que me aleja de ti, pero que me acerca a él— . Enrosca las piernas entre las tuyas. —El olor del pan recién salido del horno me provoca llegar temprano a casa. Los fantasmas esperan junto a mi padre que extiende la mano al final del corredor. —Las pastillas que ha ido tomando paulatinamente le generan arcadas, el útero le duele, una sensación caliente invade las cavidades genitales, el sangrado a causa de medicamentos sin prescripción ha comenzado a escurrirse. —Tengo miedo. Miedo de un sin fin de heridas. Pero entiendo que el tiempo es el tiempo, el maestro del universo, y que ahora es mi turno. Porque de pronto las lesiones ya no lastiman como antes. Porque el cielo se aclara con el pasar de los minutos. Porque el sol va a salir. Porque Nueva York ha perdido la promiscuidad frente a mis ojos. —Lagrimas densas caen por sus mejillas. —Ay mi vida, si no hubiéramos vivido tanto... —La piel se le pone de gallina. —Si solamente nos hubiéramos amado... —se da la vuelta y queda mirando al techo.

—Quisiera prometerte una danza perpetua bajo las estrellas de Nueva

York, las que no se aprecian por la cantidad de iluminación de la ciudad. Quisiera que las fresas con chocolate fueran nuestra tradición, pero no lo son. Desearía besarte profundamente para abastecerme de ti y no de otros. Quisiera tanto, pero doy tan poco. —Agarra su mano entre la suya. —Gracias alma mía, porque tu amor es mi sanidad. —Besa sus nudillos.

Querida Min, insania bajo la que te riges. No temas, que volveré a sentirte para continuar amándote.

Las noches sin ti son penumbras de luz, mas tengo certeza que será pronto cuando vuelva a verte y podremos reír de la

El sol ha salido, Nueva York no llora, no caen las hojas, no se estremece más. Siento que esta estación te hubiera gustado... Lastima que tuviste que partir antes.

He comprado fresas con chocolate en Godiva, las he comido sentado en una banca en el Central Park, le he tomado unas fotografías a unos turistas que me lo han pedido; “Siempre tan amable Ed.” — hubieses dicho y casi que lo he escuchado. Después he continuado comiendo. Ana me ha hecho compañía silenciosa, se ha acordado de tus dulces por las mañanas y ha roto en llanto. He tenido que consolarla, contarle una historia sobre ti, he tratado de que sea un buen recuerdo, una fotografía de cuando sonreías, he hablado un poco sobre tus danzas en la madrugada y la música electrónica que te gustaba. Se me ha caído la baba cuando hablaba sobre tus labios seductores, los besos con sabor a miel, tus dedos gélidos con los que me despertabas y tus glúteos firmes. Le he devuelto la compostura y prácticamente ha sonreído. Luego ha cogido otro poco de tus fresas ya que le han encantado. Ahora no faltan de esas en casa, son mi remedio del día, a veces y vamos a ese lugar tuyo donde venden los wafles y pedimos lo que siempre ordenabas. No obstante, ella ha debido marcharse, tenía que ir por esos hijos a quienes detestabas. Tenías razón, por ellos es que me abandona, pero no importa, porque es buena; Ojalá mi madre hubiese sido así. Me he quedado solo en casa, he puesto algo de tele para distraer la mente, no ha cualquiera se le va el amor de su vida, y queda bien. Ha estado dando Forrest Gump y he

imaginado que has estado a mi lado, incluso me he volteado a verte, y te he dicho en murmuró: ¿Por qué no me diste un hijo Min? Uno, nada más, uno igual que tú. ¿Te imaginas el niño que hubiese sido? ¿O lo que lo hubiese amado? Ay, pequeña como te has ido.

Me he puesto de pie, para no seguir alucinando. He subido las escaleras hasta el cuarto y me he cambiado la ropa, lavado los dientes, peinado el cabello, deambulado por el segundo piso entretanto deseaba verte llegar; he recordado el sonido de tus tacos, tus abrazos y lo que producías en mi cuando dormíamos juntos, sin embargo, lo único que he conseguido es poder dormir.

Al día siguiente ha venido Victoria, me ha dicho que me echa de menos, que la vida no es fácil, que ha ido a visitarte, que no hablas con ella, que nadie te ha ayudado a bañarte y que no tenías flores. Ha visto a tu madre llegar, vistiendo de negro, con chocolates en las manos, que apenas la ha reconocido y ha continuado su camino. Hemos bebido champaña, de esa última botella que dejaste en el refrigerador y así como si estuviésemos bebiendo de ti.

Esta tarde he recibido una caja con tus pertenencias que me ha entregado un hombre del que no conocía; Paul, algo con Tom, Paul Tom. No lo sé. He revisado la cantidad de morbidez que dejaste guardado en ese arcón, me he reído, nos hemos reído. He seguido bebiendo alcohol, pero ya no del tuyo porque se ha terminado. Me he metido en la ducha. Ha estado fría. Me he puesto la camiseta celeste que te gustaba, los pantalones

a cuadros en los que hicimos el amor. He cogido el libro que estabas leyendo y habías dejado sobre la mesa de noche. Ese del que hablabas poco, porque decías que te traía nefastas memorias de él, no de él, no de Kalman, sino de él.

Tu padre debe estar contento de tenerte, de poderte ver, de sentirte de nuevo, no como antes, no como ese día cuando estaba recostado sobre el cemento, sino como ahora, cuando lo abrazas completo. Espero se encuentre bien. Tú también. Aunque yo no.

Amor mío, te has ido, y contigo se ha ido gran parte de mí. Seguramente parte de él también. Lo he visto. Estaba mirándonos desde un árbol en la lejanía, bebiendo de una chata plateada y fumando. Me he acercado, sé que no te hubiera gustado verlo solo. Le he tomado la mano, nos hemos saludado; estaba borracho, no sé si de tu ausencia o del alcohol. Nos hemos quedado viéndote. Has sonreído, lo sé. Él no, él solo ha callado, entonces le he dicho que le deseo lo mejor, que tu partida te hará omnipresente, y que te sienta en su soledad. Lo he abrazado, no ha querido realmente hacerlo, pero lo ha hecho. “Eres buen hombre Ed.”, me ha dicho; “tendrías que haberte quedado con ella”, ha proseguido; “debiste ser tú siempre, pero entonces estaba yo, y debí ser yo hasta la eternidad”. Sus ojos carecen de lágrimas Min, eso no lo sabía, “pero yo estoy enfermo, redimiendo culpas para volver a nacer”. Te mira como si la luna fueses tú, eso me agrada. Ha seguido bebiendo, ha esperado que el genio se retire y ha caminado hacia dónde estabas. Lo he acompañado, he querido ser el último; “si te encuentras con ella, dile que

perdone mi vida, que yo perdonare la suya, y que esa novela será mía”, Kalman está loco, eso era cierto. Se ha puesto de cuclillas y te ha tocado, o a ese cemento que cubre tu cuerpo, “te amo Min, a pesar del miedo, a pesar mí, te amo, y no puedo evitarlo”. Te ha contemplado como uno contemplaría un paisaje paradisiaco. Se ha quedado contigo, por lo tanto, me he marchado, y te he sentido venir conmigo. Gracias Min, por escogerme siempre a mí.

He vuelto a casa, en la que preparabas waffles con crema de avellanas, frutas, y chantillí, me he sentado en el sofá, a esperar por ellos y por ti. He vuelto a alucinar que has venido con tus manos caramelizadas, tomado mi rostro y besado. Vuelve min, vuelve, que estas memorias tuyas me acechan y pronto ya no sabré que hacer con ellas.

Alguien ha llamado a mi teléfono, me ha salvado, dice ser tu médico, tu amigo, alguien que tiene una historia para contar. Me ha comentado que ha visto a Kalman, que parece un muñeco programado por ti. Me he reído, de pena, con cierta cantidad de ego. Quiere venir a casa. ¿Qué debo hacer? Victoria me ha dicho que no le permita entrar, que está loco, pero entonces Kalman ha dicho que quiere acabar la novela que dejaste inconclusa, y luego mi mente cree que podría tener unas pastillas que podrían ayudarme. Le he dicho que sí, que venga, porque has aparecido en mis sueños, y me has dicho que sí. Te contare después que hemos hablado, pero primero te dejaré esta carta, un ramo de rosas perlas, una botella de Moët&Chandon Rose, fresas con chocolate amargo, y otro poco de mí, así tal vez resucites y me vengas a ver.

Buenas noches Min, desde aquí, mirando al cielo y tú desde allá sonriéndole a la vida.

Duerme profundo pequeña que te espero en los sueños.

Ed.

“Vaya uno a saber porque se enamora... vaya uno a entender al amor...” —Kalman en la novela del otro escritor a quien ayudó a escribirla.

—Estoy condenado Doc. —Me regresa la mirada. —Usted lo sabe.

—Llegamos a una tumba donde yacen rosas. Recientemente abandonaron una carta en aquel lugar con energía monstruosa que aterroriza a los vellos de mis brazos. —No debe temerle a lo que no ve. —Se sienta al filo del cemento cubriendo el nombre que está inscrito sobre el pedazo de piedra.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto.

Se acomoda. Las luces de la ciudad se difuminan. La brisa tiene mayor potencia.

—Debe temerle a lo que ve. —Traga saliva —porque solo eso puede

matarlo.

—¿Por qué me ha traído aquí Kalman?

—Porque estoy agotado. Aquí puedo reposar.

—¿Agotado de qué?

Sonríe.

—¿A dónde quiere ir?

—Lejos.

—Allí nos fuimos esa noche que llego a casa... “lejos”.

Estaba descalza, con los pies embarrados en mugre, con la ropa interior manchada en lágrimas. Las pupilas dilatadas. El corazón acelerado. Las piernas ensangrentadas por razones que no entendía. Sostenía una botella de licor y me miraba difuminada por la muerte que la llamaba.

—Perdóname.

Si todo tuviera perdón podríamos ser vírgenes, no obstante, el perdón no puede dársele a todos, porque puede que no le den importancia, por ende, el perdón y el te amó deberían ser palabras limitadas en nuestro vocabulario.

—Perdóname Reginald —repitió. —Perdóname por no poderme quedar más.

Se desplomó sobre sus rodillas implorándome amnistía, clemencia que no podía darle porque esa responsabilidad no me correspondía. La alfombra que alguna vez había sido testigo de nuestros encuentros, estaba teñida por gotas de sangre que se desparramaban por sus piernas. Ella quería que la absuelva de sus pecados para no recordar en la muerte, sin embargo, había cometido suicidio, y que cosa más insensata es matarte cuando no quieres tener memorias agobiantes durante tu descenso. La mujercita había actuado por impulso, pero ella sabía lo que hacía, así es que me agache e intente reconfortarla, me abrazó, tenía las palmas sudorosas y las mejillas colmadas de lágrimas. Allí entendí, que eso era lo que ella buscaba; morir amada. Quería ser la protagonista de la película, que mejor decisión la de quitarse la vida, por eso y más, no intente detenerla, no me mire así Doc., ¿qué podía hacer yo? ¿salvarla? No, salvarla nunca, yo con las justas podía darle cariño, y no del bueno, sino del que tenía y bien, tampoco podía eximirle de culpas, pero podía cumplirle el antojo de dejarla morir.

—Escríbeme... —hizo una pausa, su pecho se contraía por las arcadas.

—Escríbeme en tus libros. No permitas que el olvido me tome, porque solo entonces habré muerto realmente —suspiró.

El apartamento perdía su esplendor conforme ella lo iba haciendo. Soltó

la botella vacía en el suelo para luego acomodarse lentamente al lado de ésta.

—¿Reg.?

—¿Sí?

—¿Te echarías conmigo?

Me miraba y era como si la hubiese visto por primera vez, como si la hubiese rescatado nuevamente, el mismo día de la subasta, cuando lloraba cubriéndose el rostro, en aquel lugar donde le extendí un pañuelo, allí donde sucedió todo; desde la primera fresa, hasta el primer beso, su champaña favorita, y cuando le pedí ser parte de su vida.

Volvería al central Park mil veces para imaginar su recuerdo; caminando de la mano entre ese laberinto colmado de hojas en otoño, jugando a ser amantes inquebrantables que creíamos ser, comiendo un postre francés que vendían en la cuadra ocho de la avenida Madison, mientras la tomaba de la mano donde llevaba puesto ese anillo de compromiso que compre en Tiffany 's por puro impulso y seguramente también tendría los pendientes perla que combinaban con la ropa que habríamos ido a comprar en la quinta avenida. Me gustaba acompañarla, aunque no parecía, podía verla probarse una y otra prenda, observarla reír a carcajadas cuando algo no le quedaba bien, e incluso se burlaba de sí misma.

—Claro. —Me recosté con ella y tomé su mano.

—Tengo sueño Reg. —dijo entretanto sus ojos achinados se iban cerrando. Quiso ponerse de costado, sin embargo, el peso del alma no se lo permitió.

—También yo, Min. —Apreté su mano para no dejarla ir todavía, aunque por lo fría que estaba podría decirse que ya no estaba. —Pero quiero ver las luces un poco más.

Ligeramente fue cerrando sus ojos, dejando caer la sangre por la nariz, saliva por la boca, soltando mi mano y por último dejando de latir.

—No puedo perdonarte Min., no tengo de que perdonarte, perdóname tú a mí —me voltee hacia ella, sus cabellos de medusa decoraban la escena. — Tampoco puedo prometerte que olvidarás allí en la otra vida, que dejarás de sufrir. —Con el puño de la camisa sequé las secreciones que sus labios manchaban y con el pulgar limpié la sangre desparramada. —Lamento no volver a verte pequeña. Porque allí donde vas tú, van los recuerdos eternos, las cadenas oxidadas, las muertes abruptas y el ego. Allí donde vas encontraras las memorias de las que quieres escapar. —Acaricié sus mejillas aún tibias. —Te amo Min, hasta la eternidad. —Su cuerpo tembló, como

cuando alguien te da una leve sacudida, un último espasmo. —Te amo Min. —Volví a repetir.

Abre ligeramente las piernas dejando ver la dedicatoria en la losa. Prende un pitillo. Fuma.

—Minerva se convirtió en mi arte. La dibujé como quise, como debía ser; aquella noche limpie sus piernas, tome toallas de mi repisa, las moje en agua caliente y en un pocillo de porcelana las exprimí, le quite de encima las prendas vomitadas y la vestí con una de mis camisas, coloque los gemelos de oro en los puños y luego peine sus cabellos en una cola. Coloqué los aretes que había comprado para ella y más tarde le puse el anillo.

La mantuve en mi cama hasta que el humano en ella comenzó a oler mal, sus ojos perdieron brillo, los labios se pusieron morados, la piel broceada se volvió pálida, y el lienzo ante el que diariamente quería despertar se transformó en huesos. Me di cuenta que los amores eternos duran poco y que debía haberla amado antes que a cualquiera, así es que la abracé y dormimos juntos hasta escuchar los pasos de esa gente que Paul Thompson había traído en nuestro hogar; ellos no nos conocían y pensaron lo peor. Nos apartaron el uno del otro. Me llevaron a un calabozo donde me hicieron preguntas tras preguntas que no quería responder hasta esperar la autopsia, a ella a una morgue donde la examinaban como un juguete sin espíritu. Al poco tiempo me soltaron bajo fianza, y a causa de mis abogados, no obstante, mi universo se había destruido y yo debía sobrevivir, por tanto, reconstruí a mi personaje principal en mis novelas, la ame entre letras, la enterré entre pergaminos y se la entregué a Poe y Cortázar. —Se queda viendo los rascacielos que nos rodean, entretanto siente el sabor amargo del recuerdo. — A veces desearía estar con ella, pero no puedo, pertenezco al otro lado Doc., no al que usted imagina.

—¿Cómo dice?

Se aleja sutilmente de la lápida arraigada a la tierra. Sonríe, casi con ilusión.

—Thomas Reginald Kalman, hijo de... Invierno de dos mil dieciséis. — Continúa fumando. —Esa es mi historia Doc. la que ha escuchado. Ahora la noche cae, las estrellas brillan, Nueva York enloquece, y usted debe volver a casa a escribir la novela que no termine. —Echa la colilla al suelo. —Hágame un favor, envíele una copia a mi mujer, otra a mi hermano, una a Victoria y quédese otra usted. —Se aproxima hacía mí. —No crea que a usted se le ha ocurrido empezar a escribir así porque sí. Yo lo he buscado, porque lo he

escogido, porque creo en su veracidad y profesionalismo y porque además de todo, siempre ha habido algo que hemos compartido. Por otra parte, no sé dónde está ella, tampoco quiero saber, no obstante, le deseo suerte, amor eterno, al igual que a usted. —Me da un par de palmadas en la mejilla izquierda con la mano congelada y regresando la mirada hacia su lapida finaliza. —Buena vida Ed., ha sido un placer trabajar contigo.

XXII

¿Morir? ¿Para qué?, si puedes vivir eternamente en la novela de alguien.

Hoy es un día como no cualquier otro. El cielo de Nueva York vuelve a su tono natural y olvida las almas que lo han dañado. Me siento en mi despacho a revisar la información que he obtenido. La secretaria me sirve café en una taza con las iniciales del consultorio. Abro el cuadernillo con su nombre; este es un periodo en el que sé que este bloc de notas se terminará, entonces la historia llegará a su fin, como en las películas, como los amores felices, como lo hace la vida. Me fumo un cigarro de la cajetilla negra que me dejó Kalman. Casi puedo ver su figura en cada exhalación. Es invierno de nuevo, hace falta un poco de compañía, un abrazo cuando duermes, quedarse echado el fin de semana viendo una película en la tele, ordenar comida al apartamento, reír, escuchar música, esconderte entre cuatro paredes con alguien a quien puedes ver cuarenta y ocho horas al día sin sentirte acorralado. Me hace falta ella y que me pida fuego. Voy pasando las hojas de ese machote mal redactado del cual no me responsabilizo, han sido puros recuerdos de personajes inexistentes que colman la habitación de sentimientos escalofriantes, es una historia de hechos reales plasmados tal y cual sucedieron. Esta novela no ha traído más que depresión y ciertos intervalos de cordura.

Las letras desteñidas por el pasar de los años yacen sobre papeles corrompidos por crónicas extremadamente inhumanas, no pretendo ganarme un novel ni tampoco aplausos por este libro que ni siquiera sé si se venderá. Lo único que busco es que conozcan mi historia, la suya, tal vez es la tuya, no obstante, creo que deberías tomarte unos cuantos medicamentos después de leerla. En medio de folios con escritos, he encontrado una fotografía, teñida en oleos, sobre una tela rígida, que tiene a la mujercita retratada; la mitad de su rostro, los cabellos atados en un moño desgredados, los ojos dilatados, las ojeras ensombrecidas por insomnios sin pausa, los pómulos huesudos, las mejillas hundidas, los huecos de la nariz sombreados con tinta roja y los labios gruesos sostienen un cigarro como el mío. Su mirada tiene cierta magnitud indecorosa, me quedo atontado viendo como tiembla su figura frente a mí y la recuerdo sentada en el sillón a mi delante, contándome de esa

historia que nadie cree y negándose a reconocer quien soy.

—Hola Min —susurró.

Las memorias fluyen dentro de mí; de pronto tengo a Thomas Reginald Kalman caminando a mi lado, buscando un restaurante donde cenar. Está hablando sobre ella, del amor, del universo, empapándose en ese romance suyo que lo llevo a la muerte. ¿Cómo? ¿Cómo murió el escritor del siglo? Muerte natural dijeron, o es que fue un tropiezo estrepitoso desde el ultimo piso de un hotel en Nueva York; puede que amaré demasiado a ese hombre que le dio la vida a Minerva y finalmente se convirtió en él.

—Feliz muerte Kalman. Entonces está Ed., el jovencito de cabellos cobrizos redactando una carta; llora al igual que un niño declarando su amor, bebiendo de la última botella de champaña que ella dejó en su refrigerador y come de las fresas con chocolate que compró.

—Resiste Ed —digo dentro de mí. —Falta poco.

Lamento la vida de ellos, del sueño que no volverá, de las luces que ya no verán y de los que dejaron atrás. En la mesa donde estoy trabajando hay un retrato de ellos, no de todos, de Min y Ed., la sonrisa de Minerva en el retrato no es la misma cuando me acarició por ultima vez y aquel vestido que llevaba puesto se esfumó.

Un último recorrido por la ciudad de Nueva York, eso quiero, uno no tan nostálgico, de la mano de quien me quiere, la otra mujer que me espera fuera de este lugar. Así es que hoy me despido de los que partieron, del padre de Minerva, de la mujercita, de mi padre y por último, de Kalman, el escritor no tan anónimo que adorna mi novela.

Tocan la puerta de mi despacho, la manija se mueve y entra la secretaria

—Disculpe que lo moleste. —Agacha la mirada. —Su madre lo espera.

Todos ellos complementándose con las cosas a su alrededor, derritiéndose para enlazarse con el pavimento, almas en pena que a partir del día de hoy ya no están, que conjuntamente con este escrito, llegan a su fin; a quienes les agradezco profundamente por lo que me ensaaron, por la persona en quien me convirtieron y a quienes les debo mi futuro desconocido. Feliz muerte chicos.

Somos quienes el mundo cree que somos, pero a veces no. A veces solo somos quienes queremos ser. —Yo, mientras termino de redactar los sucesos de los que no fui testigo, pero sí.

Por un mundo con amor, menos muertes, creatividad hasta los tuétanos y más de ella.

Hasta siempre.

—Ed. —el autor y el único sobreviviente de esta historia.